

El hijo maldito
Honoré de Balzac

Traducción, prólogo y notas de Elena Preciado

Prólogo

A través de hermosas descripciones y una amena lectura, Honoré de Balzac nos cuenta una trágica historia de amor, odio y muerte ambientada en los últimos años del siglo XVI.

El duque de Hérouville aborrece a su hijo porque cree que es producto del amor entre su esposa Jeanne de Saint-Savin y su primo. Por ello lo repudia, maldice y trata de matarlo al nacer. Etienne, el hijo maldito, sobrevivirá gracias a los cuidados y la astucia del doctor y la madre; conocerá el amor más puro y maravilloso, ése que les da sentido a los sonetos de Petrarca... pero siempre estará bajo la terrible sombra del odio paterno.

Tanto en español como en francés, *El hijo maldito (L'enfant maudit)* encierra en su título una dualidad interesante. De entrada, el lector puede pensar que se trata de un hijo perverso, con malas intenciones, malvado, pero al adentrarse en la lectura se dará cuenta de que es una víctima, es maldecido por su padre, condenado y castigado por la simple y sencilla razón de nacer sietemesino en una época y una región ignorante de los procesos biológicos del embarazo.

Esta pequeña novela está llena de temas diversos e interesantes para los jóvenes lectores, por ejemplo, las guerras de religión, los hugonotes, la arquitectura, la moda, la poesía, la región de Normandía, el aborto, la ignorancia, el dinero, el sistema feudal y el poder, entre muchos otros.

El libro que tienes en tus manos es parte de la inmensa *Comedia Humana*. Es uno de los 20 estudios filosóficos donde encontramos títulos como *La obra maestra desconocida* y *La piel de zapa*.

Todos los que se han adentrado en la obra de Honoré de Balzac saben lo inmenso, prolífico, acertado y vigente que es este autor.

El creador de *La comedia humana* nació el 20 de mayo de 1799 en Tours, Francia. Hijo de una familia acomodada que no apoyaba su dedicación a las letras,

supo enfrentar a sus padres, dejar su carrera de leyes y convertirse en uno de los escritores más importantes de la literatura universal.

Balzac representa, además de todo lo que significa para las letras, un ejemplo de tenacidad y trabajo constante. Nunca perdió de vista su objetivo. Luchó contra todo para lograr su meta. Trabajaba de dieciséis a veinte horas diarias, tomaba café, casi no socializaba, en fin, dedicó la vida a su proyecto.

La comedia humana es el título que le dio, en 1942, al conjunto de 94 obras que describen la realidad de Francia en el siglo XIX. Las 85 novelas y 9 relatos o ensayos están divididos en tres grandes partes: Estudios filosóficos (donde encontramos *El hijo maldito*), estudios analíticos y estudios de costumbres. Esta última parte se subdivide en seis escenas de la vida: privada, provincial, parisina, militar, política y campesina.

Balzac murió el 18 de agosto de 1850 en París. Su obra es y será vigente porque escribe sobre la sociedad. Así como en el mundo animal hay diferentes especies (león, jirafa, pez, perro, etc.), en el mundo social tenemos al artista, al comerciante, al político, a la madre, al médico, etc. Mientras exista el hombre sobre la tierra, *La comedia humana* será un reflejo de la vida, de sus pasiones, de las actitudes y de las tragedias sin importar en qué siglo se lea.

Bibliografía

Traducción directa de:

BALZAC, Honoré de. *Œuvres complètes. Études Philosophiques. L'enfant maudit.* Michel Levy Frères Librairie nouvelle, Paris, 1867.

Se encuentra en la biblioteca de la Maison de Balzac en París. Ubicación: 16Cc117.

Nota histórica

Esta novela se ubica en Francia, durante las guerras de religión de 1562 y 1598, por eso presenta términos y acontecimientos propios de la época. Para entenderlos mejor, recordemos qué sucedió en agosto de 1572.

En ese entonces, había dos grandes bandos: por un lado, estaban los católicos, quienes formaron la Liga para imponer el catolicismo y eliminar el protestantismo en Francia. Por el otro, estaban los protestantes calvinistas, también llamados hugonotes o “los de la Religión”.

El 18 de agosto de 1572, se llevó a cabo el matrimonio entre Margarita de Valois (católica, hija de la reina madre Catalina de Médici) y Enrique III de Navarra (príncipe protestante, también llamado Enrique de Borbón, que después se convertiría en el famoso rey Enrique IV).

Para la boda, llegaron miles de protestantes a París, lo cual molestaba mucho a los católicos. Sólo se necesitaba un pretexto para que empezaran los problemas... y apareció: el 22 de agosto, Gaspard de Coligny, líder de los hugonotes, sufrió un atentado.

La noticia se esparció de inmediato, la gente creía que los hugonotes se vengarían matando a todos los católicos. Entonces, Catalina de Médici y el rey Carlos IX tomaron la decisión de acabar con los protestantes. Pusieron a salvo a Enrique y Margarita, cerraron las puertas de la ciudad, dieron armas al pueblo y sacaron a los hugonotes del Louvre para que los asesinaran.

En la madrugada del 24 de agosto, día de San Bartolomé (*Saint-Barthélemy*), empezó una matanza que duró varios días y se propagó por otras ciudades. Al final se calcula que murieron alrededor de 10,000 hugonotes.

EL HIJO MALDITO

A la baronesa James Rothschild

La vida de la madre

Una noche de invierno, alrededor de las dos de la mañana, la condesa Jeanne de Hérouville padeció unos dolores muy fuertes y, aunque no tenía experiencia en el asunto, supo que pronto daría a luz. El instinto que nos hace esperar una mejoría al cambiar de posición le aconsejó sentarse, tanto para estudiar la naturaleza de estos nuevos y desconocidos sufrimientos como para reflexionar su situación. Era presa de crueles miedos, causados por los peligros que le esperaban al bebé, más que por los riesgos de un parto primerizo, lo que horroriza a la mayoría de las mujeres. Para no despertar al marido acostado a su lado, la pobre mujer tomó unas precauciones minuciosas parecidas a las de un prisionero que se escapa, originadas por un profundo terror. Aunque los dolores se hacían cada vez más intensos, dejó de sentirlos por su concentración en la difícil empresa de apoyar las dos manos húmedas sobre la almohada y quitarle a su adolorido cuerpo la postura sin energía en la que se encontraba. Al menor crujido de la inmensa colcha de muaré verde bajo la que dormía muy poco desde su matrimonio, se detuvo como si hubiera escuchado el tañido de una campana. Forzada a espiar al conde, dividía su atención entre los pliegues de la escandalosa tela y la gran figura oscura cuyo bigote rozaba su espalda. Si los labios de su marido exhalaban alguna respiración ruidosa, le inspiraba repentinos miedos que reavivaban el brillo bermellón de sus mejillas por la doble angustia. En la noche, el criminal alcanza la puerta de su prisión y en una implacable cerradura trata de girar sin ruido la llave que encontró. Cuando la condesa se vio sentada sin haber despertado a su guardián, dejó escapar un gesto de alegría infantil que revelaba la conmovedora ingenuidad de su carácter; pero la sonrisa medio formada en sus labios, rápido fue

reprimida: un pensamiento ensombreció su frente y sus grandes ojos azules retomaron su expresión de tristeza. Suspiró y volvió a poner las manos (con las prudentes precauciones) sobre la fatal almohada conyugal. Además, como si por primera vez desde su matrimonio fuera libre de sus acciones y pensamientos, miró las cosas a su alrededor, alargando el cuello con ligeros movimientos parecidos a los de un pájaro enjaulado. Al verla así, fácil se podía adivinar que antaño era toda alegría y jugueteo, pero que de súbito el destino había segado sus primeras esperanzas y cambiado su ingenua alegría en melancolía.

La recámara era una de esas que, todavía en la actualidad, algunos porteros octogenarios anuncian a los viajeros que visitan los viejos castillos diciendo: “He aquí la recámara oficial de Luis XIII.” Tenía hermosos tapices, casi todos de un tono oscuro, enmarcados por grandes bordes de madera de nogal cuyas delicadas esculturas se habían ennegrecido con el tiempo. En el techo, las vigas formaban artesones adornados de arabescos con el estilo del siglo pasado y conservaban los colores del castaño. Las decoraciones, llenas de austeros tintes, reflejaban tan poca luz que era difícil ver sus dibujos, incluso cuando el sol daba de frente a esta recámara alta, grande y ancha. La lámpara de plata colocada sobre el manto de la gran chimenea alumbraba de forma tan débil, que su tembloroso resplandor se podía comparar con esas estrellas nebulosas que, por momentos, traspasan el velo grisáceo de una noche de otoño. Las figuras esculpidas en el mármol de la chimenea daban de frente a la cama de la condesa y le ofrecían figuras tan grotescamente horribles, que no se atrevía a mirarlas porque temía que se movieran o escuchar una risa saliendo de sus bocas abiertas. En ese momento, una horrible tormenta retumbó por la chimenea que repetía sus débiles ráfagas dándoles un sentido lúgubre. La anchura de su cañón la comunicaba con el cielo de tal manera que los numerosos tizones del fogón parecían respirar: brillaban y se apagaban de cuando en cuando según la voluntad del viento. El escudo de la familia de Hérouville, esculpido en mármol blanco con todos sus lambrequines y las figuras de sus poseedores, daba la apariencia de tumba a esta especie de edificio que formaba el equivalente de la cama, otro monumento elevado

a la gloria de la casada. Un arquitecto moderno no sabría decidir si la recámara fue construida para la cama o la cama para la recámara. Los dos amores que jugaban sobre un cielo de nogal adornado de guirnaldas parecían ángeles y las columnas, de la misma madera que sostenían este domo, presentaban unas alegorías mitológicas cuya explicación se encontraba tanto en la Biblia como en las *Metamorfosis* de Ovidio. Quitando la cama, ese cielo bien podría coronar el púlpito o el banco de obra de una iglesia. Los esposos subían tres escalones para llegar a esta suntuosa cama rodeada por una plataforma. Estaba decorada con dos cortinas de muaré verde con grandes dibujos brillantes llamados *ramages*, tal vez porque los pájaros que representan se supone que cantan. Los pliegues de estas inmensas cortinas eran tan duros, que en la noche se podía tomar esta seda por un tejido de metal. Bajo el terciopelo verde adornado con cenefas de oro que formaban el fondo de esta cama señorial, la superstición de los condes de Hérouville puso un gran crucifijo donde su capellán, el *domingo de ramos*, colocaba una nueva palma y cambiaba el agua bendita de la pila incrustada bajo la cruz.

A un lado de la chimenea estaba un armario de madera preciosa y labrado de forma magnífica. En provincia, las jóvenes todavía lo reciben el día de sus nupcias. De estos viejos baúles, tan buscados en nuestros días por los anticuarios, las mujeres sacaban los tesoros de sus adornos (tan ricos como elegantes). Contenían los juegos de ropa blanca, los encajes, las enaguas, los cuellos altos, los vestidos de gala, los limosneros, las máscaras, los guantes, los velos, es decir, todas las invenciones de la coquetería del siglo XVI. De forma simétrica, al otro lado estaba un mueble parecido donde la condesa metía sus libros, papeles y joyería. Antiguos sillones de damasco y un gran espejo verdoso fabricado en Venecia, ricamente enmarcado en una especie de baño móvil, finalizaban el mobiliario de esta recámara. El piso estaba cubierto con un tapiz persa cuya riqueza demostraba la galantería del conde. En el último escalón de la cama se encontraba una mesita sobre la que su doncella servía todas las noches, en una copa de oro o plata, un brebaje preparado con especias.

Cuando hemos dado algunos pasos en la vida, sabemos la influencia secreta que ejercen los lugares en las inclinaciones del alma. ¿Quién no se ha encontrado en instantes malos donde ve signos de esperanza en las cosas que le rodean? Feliz o miserable, el hombre otorga una fisionomía a los objetos de menor importancia con los que vive, los escucha y los consulta porque es supersticioso por naturaleza. En ese momento, la condesa paseaba su mirada sobre todos sus muebles como si fueran seres, era como si les pidiera auxilio y protección, pero ese lujo sombrío le parecía inexorable.

De repente la tormenta aumentó. La joven no se atrevió a augurar nada favorable al escuchar las amenazas del cielo. En esa época de credulidad, los cambios eran interpretados siguiendo las ideas o los hábitos de cada espíritu. De repente, buscó las dos cruces en la ojiva que estaba al final de la recámara, pero la pequeñez de los vitrales y la abundancia de láminas de plomo no la dejaban ver el firmamento y reconocer si se acercaba el fin del mundo, como pretendían algunos monjes hambrientos de donaciones. Podía creer con facilidad en sus predicciones porque el ruido de la mar furiosa, cuyas olas atacaban los muros del castillo, se unió a la gran voz de la tormenta y los peñascos parecieron estremecerse. Aunque los dolores eran cada vez más fuertes, la condesa no se atrevió a despertar a su marido, pero analizó sus rasgos, como si la desesperación le hubiera aconsejado buscar un consuelo contra tantos pronósticos siniestros.

Si las cosas estaban tristes alrededor de la joven, esta figura parecía todavía más triste, a pesar de la calma del sueño. Agitada por las oleadas de viento, la luz de la lámpara que se extinguía a los lados de la cama, iluminaba la cabeza del conde por momentos, de manera que los movimientos de la débil luz sobre la cara en reposo simulaban los conflictos de una mente tormentosa. La condesa se tranquilizó al reconocer la causa de este fenómeno. Cada vez que una ráfaga de viento proyectaba la luz sobre esta gran figura sombreando las numerosas callosidades que la caracterizaban, parecía que el marido fijaba sobre ella dos ojos de un rigor insoportable. Implacable como la guerra que se peleaba entre la Iglesia y el

Calvinismo, la frente del conde era amenazadora incluso durante el sueño; numerosos surcos producidos por las emociones de una vida de guerra le imprimían un vago parecido con esas piedras vermiculadas que adornaban los monumentos de la época; unos cabellos grises antes de tiempo, parecidos a los musgos blancos de los viejos robles, la enmarcaban sin gracia, y la intolerancia religiosa mostraba ahí sus brutalidades fanáticas. La nariz aguileña parecida al pico de un ave rapaz, los contornos negros y arrugados de un ojo amarillo, los prominentes huesos de un rostro demacrado, la dureza de las profundas arrugas, el desdén marcado en el labio inferior, todo indicaba una ambición, un despotismo, una fuerza aterradora sobre todo cuando la estrechez del cráneo revelaba una falta absoluta de espíritu y un coraje sin generosidad. Este rostro estaba horriblemente desfigurado por una gran cicatriz transversal cuya costura parecía una segunda boca en la mejilla derecha. A la edad de treinta y tres años, el conde, queriendo destacarse en la desgraciada guerra de religión cuya señal fue dada por la Saint-Barthélemy, fue herido de gravedad en la Rochelle. El infortunio de su herida, para hablar con el lenguaje de la época, aumentó su odio contra los de la Religión, pero por una disposición bastante natural, también abarcó a los hombres hermosos. Antes de esta catástrofe, ya era tan feo que ninguna dama quería recibir sus cortejos. La única pasión de su juventud fue una mujer llamada la Bella Romana. La desconfianza que le dio su nueva desgracia lo volvió susceptible al punto de no creer que podría inspirar una pasión verdadera y su carácter se volvió tan salvaje que, si tuvo éxito en la galantería, fue por el miedo que inspiraban sus crueldades. La mano izquierda que este terrible católico tenía fuera de la cama terminaba de describir su carácter. Extendida de manera que protegía a la condesa como un avaro guarda su tesoro, la enorme mano estaba cubierta de vellos tan abundantes y ofrecía una red de venas y músculos tan notorios, que parecía una rama de haya rodeada por los tallos de una hiedra amarillenta. Al contemplar la figura del conde, un niño reconocería al ogro de las terribles historias que cuentan las nanas. Para adivinar sus gigantescas proporciones, bastaba con ver la longitud y la amplitud del espacio que ocupaba en la cama. Sus gruesas cejas entrecanas ocultaban los

párpados de manera que resaltaba la claridad de su ojo, donde surgía la ferocidad luminosa como la del lobo al acecho en el bosque frondoso. Bajo su nariz de león, un bigote largo y poco cuidado, porque en particular despreciaba el baño, tapaba su labio superior. Afortunadamente para la condesa, la gran boca de su marido estaba callada en ese momento, porque los más débiles sonidos de esa voz ronca la hacían temblar. Aunque el conde de Hérouville apenas tenía cincuenta años, a primera vista se le podía pensar de sesenta porque las fatigas de la guerra habían dañado su fisonomía sin alterar su constitución robusta, pero eso sí, se preocupaba mucho de parecer *encantador*.

La condesa, que cumplía sus dieciocho años, formaba un contraste doloroso al lado de esta inmensa figura. Era blanca y esbelta. Sus cabellos castaños, mezclados con tintes dorados, jugaban sobre su cuello como nubes café oscuro y realzaban uno de esos delicados rostros descubiertos por Carlo Dolci para sus madonas de tez marfil, que casi parecen morir bajo los estragos del dolor físico. Seguro usted diría que era la aparición de un ángel encargado de suavizar las voluntades del conde de Hérouville.

—No, no nos matará —pensaba después de contemplar largo rato a su marido—. ¿Acaso no es franco, noble, valiente y fiel a su palabra?... ¿Fiel a su palabra? —Y al repetir esta frase con el pensamiento, se estremeció con violencia y se quedó como estúpida.

Para entender el horror en el que se encontraba la condesa, es necesario agregar que esta escena nocturna tuvo lugar en 1591, época en que la guerra civil reinaba en Francia y las leyes no tenían vigor. Los excesos de la Liga, que se oponían a la llegada de Enrique IV al trono, sobrepasaban todas las calamidades de las guerras de religión. Incluso, la licencia se volvió tan grande que nadie se sorprendía de ver a un gran señor mandar matar a su enemigo públicamente en pleno día. Cuando una expedición militar, dirigida con un interés privado, era conducida en nombre de la Liga o del Rey, obtenía los más grandes elogios de ambas partes. Fue así como Balagny, un soldado, estuvo a punto de convertirse en príncipe soberano a las puertas de Francia. En cuanto a las muertes cometidas en familia, si es permitido usar esta expresión, un

contemporáneo dijo que no se preocupaban y sólo daban una ofrenda de cereales con mucha paja y pocos granos. Poco antes de la muerte del rey, una dama de la corte asesinó a un gentilhomme que había dicho cosas indecorosas sobre ella. Uno de los encantadores de Enrique III le dijo: “¡Dios! Hubiera visto, Señor, ¡lo acuchilló de forma tan hermosa!”

El conde de Hérouville era uno de los monárquicos más irritables de Normandía. Con el rigor de sus ejecuciones, mantenía la obediencia a Enrique IV en toda la provincia, cerca de Bretaña. Jefe de una de las familias más ricas de Francia, aumentó de forma considerable los ingresos de sus numerosas tierras al casarse, siete años antes de la noche en que comienza esta historia, con Jean de Saint-Savin, joven señorita que por una casualidad bastante común en esa época en que las personas morían a montones, como moscas, de pronto se reunieron sobre su cabeza los bienes de las dos ramas de la casa de Saint-Savin. Los únicos testigos de esta unión fueron la necesidad y el terror. Dos meses después, la ciudad de Bayeux ofreció una comida al conde y a la condesa de Hérouville por su matrimonio. Allí surgió una discusión muy descabellada en esa época de ignorancia: se trataba de la presunta legitimidad de los hijos que nacían diez meses después de la muerte del esposo o siete meses antes de la primera noche de bodas.

–Señora –dijo brutalmente el conde a su mujer–, si me da un hijo diez meses después de mi muerte, no puedo hacer nada. Pero en su primer parto, más le vale no dar a luz a los siete meses.

–¿Qué harías entonces, viejo oso? –preguntó el joven marqués de Verneuil, pensando que el conde quería bromear.

–Le retorcería el cuello a la madre y al hijo.

Esta respuesta tan determinante sirvió de cierre a la imprudente discusión planteada por el señor bajonormando. Los comensales guardaron silencio contemplando con una especie de terror a la hermosa condesa de Hérouville. Todos estaban seguros de que si eso ocurría... el feroz señor cumpliría su amenaza.

Las palabras del conde resonaron en el interior de la joven, entonces embarazada. En ese instante, uno de los presentimientos que cruzan el alma como un relámpago del futuro, le advirtió que su hijo nacería a los siete meses. Un calor interior envolvió a la mujer de pies a cabeza, concentrando la vida en el corazón con tanta violencia que sintió como un baño de agua helada. Desde entonces, no pasaba un día sin que ese movimiento de terror secreto frenara los impulsos más inocentes de su alma. El recuerdo de la mirada y la inflexión de la voz con las que el conde acompañó su decisión, helaba de nuevo la sangre de la condesa y callaba sus dolores, pero inclinada sobre esa cabeza dormida, quería encontrar en el sueño las señales de piedad buscadas en vano durante la noche en vela. Este niño amenazado de muerte antes de nacer, le preguntaba el día mediante un movimiento vigoroso. “¡Pobrecito!” Exclamó con una voz que parecía un suspiro, pero no terminó de decir lo que pensaba, hay ideas que una madre no soporta. Incapaz de razonar en ese momento, la condesa sintió que la ahogaba una angustia desconocida. Dos lágrimas escaparon de sus ojos, rodaron despacio a lo largo de sus mejillas, dibujando dos líneas brillantes y quedaron suspendidas bajo su blanco rostro, parecidas a dos gotas de rocío sobre un lirio. ¿Qué sabio se atrevería a decir que el niño descansaba en un terreno neutro donde no penetran las emociones de la madre? ¿El pequeño no siente las horas en que el alma abraza el cuerpo y le comunica sus impresiones, en las que el pensamiento infiltra en la sangre bálsamos reparadores o fluidos venenosos? ¿El terror que agita el árbol perturba la fruta? Esta palabra: ¡Pobrecito! ¿Fue interrumpida por una visión de su futuro? El estremecimiento de la madre fue muy enérgico ¡y su mirada muy penetrante!

La sangrienta respuesta que escapó del conde era el eslabón que unía, de manera misteriosa, el pasado de su mujer con el alumbramiento prematuro. Estas odiosas sospechas, tan públicamente expresadas, lanzaron en los recuerdos de la condesa un terror que resonaba hasta el futuro. Después de la fatal recepción, disipaba con mucho miedo miles de escenas esparcidas que su viva imaginación le dibujaba con frecuencia, a pesar de sus esfuerzos. Cualquier otra mujer habría tenido el placer

de evocarlas, pero ella se rehusaba a la conmovedora contemplación de los días felices cuando su corazón era libre de amar. Parecidos a las melodías del país natal que hacen llorar a los desterrados, estos recuerdos le volvían a trazar sensaciones tan deliciosas, que su joven conciencia los reprochaba como crímenes y volvía más terrible todavía la promesa del conde: ahí estaba el secreto del horror que oprimía a la condesa.

Las figuras dormidas poseen una especie de suavidad gracias al descanso perfecto del cuerpo y de la inteligencia, pero aunque esa calma remplazara un poco la dura expresión de los rasgos del conde, la ilusión ofrece a los afligidos tan atractivos espejismos, que la joven acabó por encontrar una esperanza en esa tranquilidad. La tormenta que desataba los torrentes de lluvia sólo permitía escuchar un rugido melancólico; sus miedos y dolores le dejaron un momento de respiro. Al contemplar al hombre con el que estaba ligada su vida, la condesa se dejó llevar por una fantasía en que la dulzura era tan embriagadora que no tuvo la fuerza de romper el hechizo. En un instante, por una de esas visiones en las que participa el poder divino, pasó delante de sí las rápidas imágenes de una felicidad perdida sin retorno.

En primer lugar, de manera tenue y con la luz de la aurora en el horizonte, Jeanne empezó a ver el modesto castillo donde transcurrió su infancia despreocupada: el pasto verde, el riachuelo fresco, la recámara pequeña, escenarios de sus primeros juegos. Se vio recogiendo y plantando flores, sin entender por qué todas se marchitaban sin crecer, a pesar de su constante riego. Pronto apareció otra vez de manera confusa la inmensa ciudad y el gran palacete ennegrecido por el tiempo donde su madre la llevó a los siete años. Su burlona memoria le mostró las viejas cabezas de los maestros que la atormentaron. A través de un torrente de palabras españolas o italianas, repitiendo en su alma desde los romances hasta los sonidos de un hermoso rabel,¹ se acordó de su padre. Al regreso del palacio, iba al encuentro del presidente, lo veía descender de su mula, lo tomaba de la mano para subir la escalera, y con su parloteo disipaba los problemas judiciales que no examinaba, siempre con la toga

¹ Instrumento musical pastoril parecido al laúd, tiene tres cuerdas y se toca con arco.

negra o roja cuyo pelaje blanco con negro por malicia cayó bajo sus tijeras. Sólo lanzó una mirada al confesor de su tía, la superiora de las Clarisas, hombre rígido y fanático, encargado de iniciarla en los misterios de la religión. Endurecido por las severidades que necesitaba la herejía, este viejo sacerdote sacudía las cadenas del infierno ante cualquier declaración, sólo hablaba de venganzas celestiales y la hizo temerosa al convencerla de que siempre estaba en presencia de Dios. Al volverse tímida, no se atrevía a levantar los ojos y empezó a temer a su madre, con quien hasta entonces había compartido sus jugueteos. Desde ese momento, cuando veía que los ojos azules de esta madre bien amada se posaban sobre ella con una apariencia de cólera, un terror religioso se apoderaba de su joven corazón.

De repente se encontró en su segunda infancia, época en la que todavía no entendía nada de las cosas de la vida. Saludó con una añoranza casi burlona esos días donde toda su felicidad consistía en trabajar con su madre en un pequeño salón de tapicería, rezar en una gran iglesia, cantar un romance acompañada del rabel, leer a escondidas un libro de caballería, desojar una flor por curiosidad, descubrir los regalos que le daría su padre en la fiesta del bienaventurado San Juan, y buscar el significado de las palabras que no se terminaban delante de ella. De inmediato, como se quita una palabra escrita sobre un álbum, con un pensamiento borró las alegrías infantiles que su imaginación acababa de escoger entre todas las imágenes que sus dieciséis primeros años le ofrecían de aquella época sin sufrimientos. Pronto, el encanto de este limpio océano fue eclipsado por el resplandor de un recuerdo más reciente, aunque tormentoso. La alegre paz de su infancia le daba menos tranquilidad que una sola de las pasiones sembradas en los dos últimos años de su vida, años ricos en tesoros que sepultó en su corazón para siempre. De repente, la condesa llegó a esa encantadora mañana donde, precisamente al fondo de la gran sala de visitas labrada en madera de roble que servía de comedor, vio por primera vez a su hermoso primo. Asustada por las revueltas en París, la familia de su madre enviaba a Ruan a este joven cortesano, con la esperanza de que allí se instruyera en los deberes de la magistratura al lado de su tío abuelo, de quien recibiría el cargo algún día. La condesa sonrió de manera

involuntaria al recordar la prisa con la que se retiró al ver a este pariente esperado que no conocía. A pesar de la rapidez al abrir y cerrar la puerta, ese vistazo puso en su alma una huella tan vigorosa que podía ver de nuevo cómo apareció su rostro al voltear la cabeza. En aquel momento, sólo admiró en secreto el gusto y el lujo de un atuendo hecho en París, pero ahora, más osada en su recuerdo, su ojo iba libremente de la capa en terciopelo violeta, bordada en oro y forrada de satín, a los herrajes que decoraban los botines; y de los hermosos rombos del jubón y los gregüescos a la rica gorguera plegada que dejaba ver un cuello fresco tan blanco como el encaje. Acarició con la mano una figura caracterizada por dos pequeños bigotes levantados en punta y una barba de candado parecida a una de las colas de armiño de la epitoga de su padre. En medio del silencio y de la noche, con los ojos fijos sobre unas cortinas de muaré que ya no veía, olvidando la tormenta y a su marido, la condesa se atrevió a recordar cómo los días que parecían tan largos como años, después fueron tan plenos que el jardín rodeado de viejos muros oscuros y el negro palacete de su padre le parecían dorados y luminosos. ¡Amaba y era amada! Temiendo las miradas severas de su madre, una mañana se deslizó en el despacho de su padre para hacerle sus jóvenes confidencias. Después de sentarse sobre él y hacerle unas travesuras que provocaron la sonrisa que esperaba en los labios del elocuente magistrado, le preguntó: “¿Me regañaría si le digo algo?”. Creía escuchar otra vez a su padre, que después de un interrogatorio donde por primera vez habló de su amor, le dijo: “Bueno mi niña, ya veremos. Si él estudia bien, si me quiere reemplazar en el puesto y si te sigue gustando ¿me incluiré en tu conspiración!”. Ya no escuchó más, besó a su padre y tiró unos papeles al salir corriendo rumbo al gran tilo donde, todas las mañanas antes de la hora en que su temible madre se levantaba, ¡se encontraba con el gentil George de Chaverny! El cortesano prometió devorar las leyes y las costumbres y dejar los ricos ajustes de la nobleza de espada² para tomar el serio atuendo de los magistrados. Ella le decía: “Te

² Existían dos clases de nobleza: la *Noblesse d'Épée* (nobleza de espada) eran las familias con títulos desde la Época Medieval. La *Noblesse de Robe* (los ennoblecidos) tuvieron la calidad de nobles por cargos, decisiones reales o compras de títulos legales de nobleza.

amo más vestido de negro.” Mentía, pero este engaño le quitaba a su bien amado la tristeza de dejar la daga en los campos. El recuerdo de las artimañas empleadas para engañar a su madre cuya severidad parecía grande, le devolvían las alegrías fecundas de un amor inocente, permitido y compartido. En las citas bajo el tilo, sin testigos, la palabra era más libre, se daban los furtivos abrazos y los besos sorprendidos, en fin, todos los ingenuos anticipos de la pasión que no sobrepasaban los límites de la modestia. Reviviendo como en sueños estos deliciosos días donde se acusaba de haber tenido demasiada felicidad, osó besar en el vacío esta joven figura de miradas emocionadas y la boca bermeja que tanto le hablaba de amor. Había amado a Chaverny, pobre en apariencia, ¡pero lleno de tesoros ocultos en un alma tan dulce como fuerte! De repente murió el presidente, Chaverny no lo reemplazó, la guerra civil sobrevino resplandeciente. Por los trabajos de su primo, ella y su madre encontraron un asilo secreto en una pequeña ciudad de la Baja Normandía. Pronto las muertes sucesivas de algunos parientes la volvieron una de las herederas más ricas de Francia. Al escapar la mediocridad de su fortuna, se fue también la alegría. La salvaje y terrible figura del conde de Hérouville que exigía su mano, le parecía como una nube negra de tormenta que extendía su sombra sobre las riquezas de la tierra, hasta entonces doradas por el sol. La pobre condesa se esforzó por disipar el recuerdo de las escenas de desesperación y lágrimas ocasionadas por su larga resistencia. Ve confusamente el incendio de la pequeña ciudad, después el encarcelamiento de Chaverny el hugonote, amenazado de muerte y en espera de un horrible suplicio. Llega a la espantosa noche donde su madre pálida y moribunda se postra a sus pies: Jeanne puede salvar a su primo, cede. Es de noche, el conde regresa sangriento del combate, está listo, hace aparecer un sacerdote, las antorchas, los testigos, ¡una iglesia! Jeanne pertenece a la desgracia. Apenas puede decirle adiós a su hermoso primo liberado: “Chaverny, si me amas, ¡nunca me busques!” Escucha el ruido lejano de los pasos de su noble amigo al que jamás volvió a ver, pero guarda en el fondo de su corazón la última mirada que muy seguido ve en sus sueños y se los ilumina. Como un gato encerrado en la jaula de un león, la joven teme a cada hora las garras de su

amo, siempre levantadas sobre ella. La condesa se inventa el crimen de volverse a poner en ciertos días, consagrados por algún placer inesperado, el vestido que usaba al momento en que vio a su amante. Hoy, para ser feliz debe olvidar el pasado y no volver a soñar con el futuro.

–No me creo culpable –se decía–, pero si lo parezco a los ojos del conde, ¿no es como si lo fuera? ¡Tal vez lo soy! La Santa Virgen no concibió sin... –Se detuvo.

En ese momento donde sus pensamientos estaban nublados y su alma viajaba al mundo de las fantasías, su ingenuidad atribuyó a la última mirada con la que su amante la flechó toda la vida, el poder que ejerció la Visita del ángel sobre la madre del Salvador. Esta suposición, digna del tiempo de inocencia al cual la había trasladado su ensueño, se desvaneció frente al recuerdo de una escena conyugal más abominable que la muerte. La pobre condesa no podía tener duda sobre la legitimidad del niño que se agitaba en su seno. La primera noche de bodas le apareció en todo el horror de sus suplicios, arrastrando a continuación otras noches terribles ¡y más tristes días!

–¡Ah! ¡Pobre Chaverny! –murmuraba llorando–, ¡tan sumiso, tan agradable, siempre me hiciste tanto bien!

Giró los ojos hacia su marido, como para persuadirse otra vez de que esta figura le prometía una clemencia tan costosamente comprada. El conde estaba despierto. Sus dos ojos amarillos, tan claros como los de un tigre, brillaban bajo los mechones de sus cejas, y su mirada jamás había sido más incisiva que en ese momento. La condesa, asustada de haber encontrado esa mirada, se deslizó bajo la colcha y se quedó inmóvil.

–¿Por qué llora? –Le preguntó el conde, jalando con fuerza la tela bajo la que se escondía su mujer.

Esta voz, siempre aterradora para ella, tuvo en ese momento una suavidad artificial que le pareció un buen augurio.

–Sufro mucho –respondió.

–¡Ah! Bueno, mi bonita, ¿es un crimen sufrir? ¿Por qué tiembla cuando la miro? ¿Qué hay que hacer para ser amado? –todas las arrugas de su frente se juntaron entre sus cejas–. Siempre le causo pavor, me doy cuenta –agregó con un suspiro.

Aconsejada por el instinto de las personalidades débiles, la condesa interrumpió al conde soltando algunos gemidos y exclamó:

–¡Sospecho que tendré un aborto! Corrí en los peñascos toda la tarde, me siento demasiado cansada.

Al escuchar sus palabras, el señor de Hérouville lanzó sobre la mujer una mirada tan desconfiada que la estremeció y ruborizó. Tomó el miedo que inspiraba a esta ingenua criatura como la expresión de un remordimiento.

–¿No será que comienza un parto verdadero? –preguntó.

–¿Entonces? –dijo ella.

–Pues en ese caso, se necesita un hombre capaz e iré a buscarlo.

El aspecto sombrío que acompañó estas palabras congeló a la condesa, recayó sobre la cama soltando un suspiro arrancado por el presentimiento de su destino más que por la angustia de la crisis próxima. Este gemido terminó de probar al conde lo factible de las suposiciones despertadas en su espíritu. Fingiendo una calma que los acentos de su voz, gestos y miradas contradecían, se levantó precipitadamente, se envolvió en una capa que encontró sobre el sillón y cerró la puerta situada al lado de la chimenea por la que se pasaba de la recámara oficial a las salas de recepción que comunicaban con la escalera de honor. Al ver a su marido guardar esta llave, la condesa tuvo el presentimiento de una desgracia. Lo escuchó abrir la puerta opuesta a la que acababa de cerrar e irse a la habitación donde dormían los condes de Hérouville cuando no honraban a sus mujeres con su noble compañía. La condesa no conocía más que de oídas la utilidad de esta recámara, los celos establecían a su marido cerca de ella. Si algunas expediciones militares lo obligaban a abandonar la cama de honor, el conde dejaba espías en el castillo, lo que delataba sus ofensivas desconfianzas. La condesa se esforzaba por escuchar el menor ruido, pero a pesar de la atención que ponía, no oía nada. El conde llegó a una larga galería adyacente a su

recámara que ocupaba el ala occidental del castillo. El cardenal de Hérouville, su tío abuelo, aficionado de las obras de imprenta, reunió una biblioteca tan curiosa por el número como por la belleza de sus volúmenes. La prudencia hizo que, sobre las paredes, pusiera en práctica uno de sus inventos, guiado por la soledad o por el miedo monástico: una cadena de plata accionaba por medio de hilos invisibles, un timbre colocado en la cabecera de un fiel sirviente. El conde tiró de esta cadena. Pronto, el ruido de las botas y las espuelas de un escudero de guardia retumbó sobre las baldosas sonoras de la escalera de caracol, contenida en la alta torrecilla que flanqueaba la esquina occidental del castillo, al lado del mar. Al escuchar subir a su sirviente, el conde fue a quitar la herrumbre de los resortes de fierro y los cerrojos que resguardaban la puerta secreta que comunicaba la galería con la torre. Introdujo en este santuario de la ciencia a un hombre de armas cuyo tamaño de cuello anunciaba un sirviente digno de su amo. El escudero, apenas despertado, parecía caminar por instinto; la linterna de cuerno que tenía en la mano iluminaba la larga galería de forma tan débil, que su amo y él se dibujaban en la oscuridad como dos fantasmas.

–Ensilla mi caballo de batalla en este instante. Me vas a acompañar.

Esta orden fue pronunciada con un sonido de voz tan profundo que despertó la inteligencia del sirviente; levantó los ojos sobre su amo y encontró una mirada tan penetrante, que recibió como una sacudida eléctrica.

–Bertrand –agregó el conde poniendo la mano derecha sobre el brazo del escudero–, dejarás tu coraza y te pondrás la ropa de un capitán de migueletes.

–¡Dios Todopoderoso! Mi señor, ¿disfrazarme de miembro de una Liga? Discúlpeme, lo obedeceré, pero me gustaría tanto ser colgado.

Halagado en su fanatismo, el conde sonrió, pero para borrar esa sonrisa que contrastaba con la expresión común de su cara, respondió con brusquedad:

–Escoge en la caballeriza un caballo vigoroso lo suficiente para que me puedas seguir. Andaremos como las balas al salir del arcabuz. Cuando esté listo, te llamaré de nuevo.

Bertrand se inclinó en silencio y partió, pero cuando bajó algunos escalones, al escuchar silbar el huracán, se dijo: “Todos los demonios andan sueltos ¡Maldita sea! Me asombraría verlo tranquilo. Una tormenta parecida nos sorprendió en Saint-Lô.” En la recámara, el conde encontró la indumentaria que muchas veces usaba para sus estrategias. Después de ponerse la desfavorable casaca, que parecía ser de un pobre *reiter*³ cuyo sueldo rara vez era pagado por Enrique IV, regresó a la recámara donde gemía su mujer.

–Procure sufrir con paciencia –le dijo–. Si es necesario, reventaré mi caballo para regresar más rápido y aliviar sus dolores.

Estas palabras no anunciaban nada funesto. Animada, la condesa iba a hacerle una pregunta, cuando el conde le dijo de repente:

–¿Podría decirme donde están sus máscaras?

–¿Mis máscaras? –respondió–. ¡Dios bendito! ¿Para qué las quiere?

–¡¿Dónde están sus máscaras?! –repitió con su violencia ordinaria.

–En el baúl.

La condesa no podía evitar temblar de miedo al ver a su marido escoger entre sus máscaras una *touret de nez* que cubría los ojos y la nariz. Su uso era tan natural en las mujeres de aquella época, como los guantes hoy en día. El conde quedó completamente irreconocible cuando se puso en la cabeza un desagradable sombrero de fieltro gris adornado con una vieja pluma de gallo toda rota. Se ajustó un largo cinturón de cuero alrededor de los riñones y en la funda pasó una daga que no usaba de manera habitual. Estas miserables vestimentas le daban un aspecto tan horroroso y avanzó hacia la cama con un movimiento tan extraño, que la condesa creyó que había llegado su hora.

–¡Ah! ¡No nos mate! –gritó–. ¡Déjeme a mi hijo y a usted lo amaré!

–¿Así que se siente tan culpable como para ofrecerme el amor que me debe en rescate por sus faltas?

³ Caballeros alemanes usados en las guerras de religión.

La voz del conde tuvo un sonido lúgubre bajo el terciopelo. Sus amargas palabras fueron acompañadas de una mirada que tuvo la pesadez del plomo y destruyeron a la condesa al caer sobre ella.

–¡Dios mío! –gritó–. ¿Entonces la inocencia será funesta?

–No se trata de su muerte, le respondió su amo sacándola de la ensoñación en la que había caído, sino de hacer por mi amor propio, lo que exijo en este momento de usted. Arrojó sobre la cama una de las dos máscaras que tenía y sonrió de piedad al ver el gesto de terror involuntario que arrancó a su mujer con el choque del terciopelo negro.

–¡Sólo me dará un hijo sensiblero! –gritó–. Póngase esa máscara sobre el rostro cuando regrese. No quiero que un pobre campesino pueda presumir de haber visto a la condesa de Hérouville.

–¿Por qué tomar un hombre para este oficio? –preguntó en voz baja.

–¡Oh! Mi señora, ¿que no soy yo el amo? –respondió el conde.

–Además ¡qué importa un misterio ahora! –dijo la condesa con desesperanza.

Su amo desapareció. Esta suave exclamación no ocasionó más peligro porque muchas veces, el opresor extiende sus alas hasta donde llega el temor del oprimido. En uno de los cortos momentos de calma que separaban los ataques de la tormenta, la condesa escuchó el trote de dos caballos que parecían volar a través de las peligrosas dunas y los peñascos sobre los que estaba asentado el viejo castillo. Este ruido fue rápidamente ahogado por la voz del diluvio. Pronto se encontró prisionera en esa sombría habitación, sola en medio de una noche a ratos silenciosa y a ratos amenazante, sin ayuda para impedir la desgracia que veía acercarse a grandes pasos. La condesa buscó alguna artimaña para salvar a este niño concebido en las lágrimas y ahora transformado en toda su consolación, el príncipe de sus ideas, el futuro de sus afectos, su única y frágil esperanza. Animada por un valor maternal, fue por la pequeña trompeta que usaba su marido para hacer venir a su gente, abrió la ventana, la tocó y gritó, pero con un tono tan delgado que se perdió sobre la vasta extensión de las aguas, como una burbuja de jabón lanzada al aire por un niño. Entendió la

inutilidad de este lamento ignorado por los hombres y se puso a caminar a través de las salas, esperando que alguna salida estuviera abierta. Llegó a la biblioteca, buscó si existía algún pasaje secreto, pero fue en vano, atravesó la larga galería de libros, alcanzó la ventana más cercana al patio de honor del castillo, de nuevo hizo sonar los ecos de la trompeta y luchó sin éxito contra la voz del huracán. En su desaliento, pensó confiar en una de sus mujeres, todas criaturas de su marido, pero al pasar por su oratorio vio que el conde había cerrado la puerta que conducía a sus salas. Esto fue un horrible descubrimiento. Tantas precauciones tomadas para aislarla anunciaban el deseo de proceder sin testigos con alguna terrible ejecución. A medida que la condesa perdía toda esperanza la atacaban dolores más fuertes, más ardientes. El presentimiento de una muerte probable, unido a la fatiga de sus esfuerzos le quitaron el resto de sus fuerzas. Parecía un náufrago que sucumbe, arrastrado por una última ola, menos furiosa que todas las que había vencido. La dolorosa embriaguez de la concepción ya no le dejaba contar las horas. Cuando creyó que era el momento exacto de dar a luz, sola, sin ayuda, y sus terrores se unieron al de los accidentes que se exponía por su inexperiencia, de repente llegó el conde sin que lo escuchara. Este hombre parecía un demonio reclamando el alma que le había sido vendida al término de un pacto. Rugió con fuerza al ver el rostro de su mujer descubierta, pero después de enmascararla bien, la cargó entre sus brazos y la puso sobre la cama de su recámara.

El terror de esta aparición y su recogida, hicieron que la condesa callara un momento sus dolores, lanzó una mirada furtiva a los actores de la escena misteriosa, y no reconoció a Bertrand porque estaba disfrazado con tanto cuidado como su marido. Después de prender de prisa algunas velas, cuya claridad se combinaba con los primeros rayos del sol que enrojecían los vitrales, este sirviente se fue a la ventana y se apoyó en el vano. Ahí, con el rostro hacia el muro, parecía medir el grosor y se mantenía en una inmovilidad tan absoluta que usted pensaría que era una estatua de caballero. En medio de la recámara, la condesa vio a un hombre pequeño, gordo, todo estupefacto, sus ojos estaban vendados y sus rasgos estaban tan trastornados por el terror, que no pudo adivinar cuál era su expresión habitual.

–¡Por la muerte de Dios! Señor pícaro –dijo el conde y con un brusco movimiento tiró al cuello del desconocido la venda puesta sobre los ojos para devolverle la vista–, no te atrevas a mirar otra cosa más que la necesaria para tu ciencia; si no, te arrojaré al río que corre bajo estas ventanas después de ponerte un collar de diamantes ¡que pesa más de cien libras! –y jaló ligeramente sobre el pecho de su estupefacto oyente la corbata que le había servido de venda–. Primero examina si no es un aborto, en cuyo caso tu vida me responderá por la suya, pero si el niño sale vivo, me lo traerás.

Después de este comunicado, el conde sujetó al pobre cirujano por la mitad del cuerpo, lo levantó como una pluma y lo puso frente a la condesa. El señor se puso en el vano de la ventana, donde tamborileaba los dedos sobre el vitral, pasando los ojos de manera alternativa entre su sirviente, la cama y el océano, como si quisiera prometerle al esperado niño el mar... por cuna.

El hombre, al que el conde y Bertrand acababan de sacar con una violencia inaudita del más dulce sueño jamás cerrado por párpado humano para amarrarlo a la grupa de un caballo que parecía perseguido por el infierno, era un personaje que sirve para caracterizar la fisonomía de esta época. Por cierto, su influencia se sentirá en la casa de Hérouville.

Los nobles nunca fueron menos instruidos en ciencias naturales que en esos tiempos. Jamás la astrología judicial fue más honrada porque nunca se deseó más vivamente conocer el futuro. Esta ignorancia y curiosidad general trajeron la confusión más grande en los conocimientos humanos. Ahí todo era práctica personal ya que faltaban las nomenclaturas de la teoría, la imprenta exigía grandes gastos, las comunicaciones científicas tenían poca rapidez, la Iglesia todavía perseguía las ciencias que se basaban en el análisis de fenómenos naturales. Esto engendraba el misterio. Por eso, tanto para el pueblo como para la gente importante, el médico era una persona que encerraba seis atributos: físico, alquimista, matemático, astrónomo, astrólogo y nigromante. En ese tiempo, se creía que el médico superior cultivaba la magia y usaba los horóscopos para curar las enfermedades. Los príncipes protegían

estos genios a los que se les revelaba el futuro, los hospedaban en sus castillos y los pensionaban. El famoso Cornelio Agripa vino a Francia para ser el médico de Enrique II, no quiso pronosticar el futuro como lo hacía Nostradamus, así que Catalina de Médici lo despidió y lo reemplazó por Cosme Ruggieri. Los hombres superiores a su época y que trabajaban en las ciencias no eran muy apreciados, todos inspiraban el terror que se tenía por las ciencias ocultas y sus resultados.

En Normandía, sin ser precisamente uno de estos famosos matemáticos, el hombre llevado por el conde gozaba de una reputación ambigua unida a un médico cargado de obras tenebrosas. Era una especie de brujo que en muchos lugares de Francia los campesinos todavía llaman *curandero*. Este nombre pertenecía a algunos genios brutos que, sin estudios aparentes, pero por los conocimientos heredados y muchas veces por el resultado de una larga práctica cuyas observaciones se guardaban en una familia, *curaban* las piernas y los brazos rotos, los animales, algunas enfermedades y poseían los secretos maravillosos para el tratamiento de casos graves. El maestro Antoine Beauvouloir, tal era el nombre del curandero, no sólo tuvo por abuelo y por padre a dos famosos practicantes de quienes aprendió importantes tradiciones, sino que estaba instruido en medicina y se ocupaba de las ciencias naturales. Las personas del campo veían su consultorio lleno de libros y de cosas extrañas que daban a sus éxitos un tono mágico. Sin pasar precisamente por brujo, Antoine Beauvouloir generaba, en treinta lugares a la redonda, un respeto cercano al terror en la gente del pueblo y tenía a su disposición secretos de vida y de muerte concernientes a las familias nobles del país, algo bastante peligroso para él. Al igual que su padre y su abuelo, era famoso por su habilidad en los partos, abortos provocados y espontáneos. Pero, en ese tiempo de desórdenes, los errores eran bastante frecuentes y las pasiones malvadas lo suficiente como para que la alta nobleza se viera obligada de iniciar al maestro Antoine Beauvouloir en secretos vergonzosos o terribles. Necesaria para su seguridad, su discreción era a prueba de todo; además su clientela le pagaba con generosidad, de manera que su fortuna hereditaria aumentaba mucho. Siempre de viaje, unas veces sorprendido como en esta ocasión,

otras obligado a pasar muchos días en casa de alguna gran señora, no se había casado todavía, además, su fama impedía que muchas jóvenes se casaran con él. Incapaz de buscar consuelo en los azares de su oficio que le concedían tanto poder sobre las débiles féminas, el pobre curandero se sentía hecho para las alegrías de la familia, pero no podía dárselas. Este hombre escondía un excelente corazón bajo las apariencias engañosas de un carácter alegre, en armonía con su figura cachetona, con sus formas redondas, con la vivacidad de su pequeño cuerpo gordo y la franqueza de su habla. Deseaba casarse para tener una hija que trasladara sus bienes a algún gentilhombre pobre porque no le gustaba su estado de curandero y quería sacar a su familia de la situación donde la ponían los prejuicios de la época. Por lo demás, su carácter se acomodaba bien a la dicha y comida que le coronaban sus principales intervenciones. La costumbre de ser en todas partes el hombre más importante agregaba a su alegría constitutiva una dosis de seria vanidad. Sus impertinencias eran casi siempre bien recibidas en los momentos de crisis, donde disfrutaba operar con cierta lentitud magistral. Además, era curioso como un ruiseñor, goloso como un galgo y conversador como los diplomáticos que hablan sin traicionar ninguno de sus secretos. Con estas debilidades, desarrolladas por las múltiples aventuras a donde lo lanzaba su profesión, Antoine Beauvouloir pasaba por el hombre menos malo de Normandía. Aunque perteneció a un pequeño número de espíritus superiores de su tiempo, el buen sentido de campesino normando le había aconsejado esconder las ideas y verdades que descubría.

Al encontrarse frente a una mujer en trabajo de parto, el curandero recobró toda su presencia de espíritu. Tomó el pulso de la dama enmascarada, sin pensar en absoluto en ella, pero con ayuda de su porte doctoral reflexionó sobre su propia situación. Jamás, en ninguna de las intrigas vergonzosas y criminales donde la fuerza lo obligó a actuar como instrumento ciego, las precauciones se guardaron con tanta prudencia como en esta ocasión. Aunque muchas veces su muerte se ponía en juego para asegurar el éxito de las empresas en las que participaba a pesar de él, su vida nunca estuvo tan comprometida como en este momento. Por eso decidió reconocer a

aquellos que lo empleaban y así informarse de la magnitud del peligro para poder salvar su querida persona.

–¿De qué se trata? –preguntó el curandero en voz baja cuando la condesa se dispuso a recibir el auxilio de su experiencia.

–No le des al niño.

–Habla fuerte –dijo el conde de forma estruendosa, evitando que el maestro Beauvouloir escuchara la última palabra pronunciada por la víctima–. Si no, ve diciendo tu *In manus*⁴ –agregó con una voz cuidadosamente disfrazada.

–Quéjese en voz alta –dijo el curandero a la señora–. ¡Grite! ¡Maldición! Este hombre tiene un collar de diamantes que no combina conmigo. ¡Valor, mi estimada señora!

–¡Tiene la mano ligera! –gritó de nuevo el conde.

–El señor está celoso –respondió el cirujano con una pequeña voz chillona que, por suerte, fue cubierta por los gritos de la condesa.

Para la seguridad del maestro Beauvouloir, la naturaleza se mostró clemente. Esto fue más un aborto que un parto (tan enclenque era el niño que nació) y causó muy pocos dolores a su madre.

–¡Por el vientre de la Santa Virgen! –gritó el curioso doctor–. ¡Esto no es un aborto!

El conde hizo temblar el piso dando pisotones de rabia y la condesa pellizcó al maestro Beauvouloir.

–¡Ah! Ya entiendo, –se dijo–. Entonces, ¿debía ser un aborto? –le preguntó muy bajo a la condesa, quien le respondió con un gesto afirmativo, como si fuera el único lenguaje que podían expresar sus pensamientos–. Todo esto es muy confuso –pensó el curandero.

⁴ Oración católica para encomendar el alma a Dios. *Pater in manus tuas commendo spiritum meum* (Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu) (Lucas, 23: 46)

Como todas las personas hábiles en su arte, el partero reconocía con facilidad a una mujer en su primer alumbramiento. Aunque la púdica inexperiencia de algunos gestos le reveló la virginidad de la condesa, el malicioso curandero exclamó:

–¡La señora da a luz como si nunca hubiera hecho más que eso!

Entonces, el conde dijo con una calma más horrorosa que su cólera:

–Dame al niño.

–¡No se lo des, en nombre de Dios! –dijo la madre cuyo grito casi salvaje despertó en el corazón del pequeño hombre una bondad valerosa que lo unió, mucho más de lo que él mismo podía creer, a este noble niño renegado por su padre.

–El niño no ha llegado todavía. Pelean por algo que no puede ser para ninguno –respondió con frialdad escondiendo al engendro.

Asombrado por no escuchar gritos, el curandero miró al niño y lo creyó muerto. El conde se dio cuenta del engaño y se abalanzó sobre él de un salto.

–¡Maldita sea! ¡Me lo darás! –vociferó el señor arrancándole a la inocente víctima que lanzaba débiles gritos.

–Tenga cuidado, está contrahecho y casi sin consistencia –dijo el maestro Beauvouloir retirándolo del brazo del conde–. ¡Sin duda es un niño que nació de siete meses! –Después, con una fuerza superior otorgada por una especie de exaltación, detuvo los dedos del padre diciéndole al oído con una voz entrecortada–: Ahórrese el crimen, no sobrevivirá.

–¡Miserable! –replicó rápidamente al curandero que le había quitado al niño–, ¿quién te dijo que deseaba la muerte de mi hijo? ¿No ves que lo acaricio?

–Entonces espere a que tenga dieciocho años para acariciarlo así –respondió Beauvouloir recobrando su importancia, pero pensando en su propia seguridad, ya que acababa de reconocer al señor de Hérouville, quien, en su arrebato, olvidó disfrazar la voz. Y agregó–: Bautícelo pronto y no hable de mi decisión a la madre: de otra manera, la matará.

Esa frase se le ocurrió al curandero al notar la alegría secreta del conde, revelada por un gesto furtivo cuando le profetizó la muerte del engendro, y salvó al

niño. Beauvouloir se apresuró a llevarlo cerca de la madre desvanecida, señalada con un gesto irónico para asustar al padre por el estado en que la puso su pelea. La condesa había escuchado todo, no es raro que en las grandes crisis de la vida los órganos humanos adquieran una delicadeza increíble. Los gritos de su hijo colocado sobre la cama, la regresaron a la vida como por arte de magia, creyó escuchar la voz de dos ángeles cuando, con el favor del llanto del recién nacido, el curandero le dijo en voz baja, inclinándose a su oído:

–Cuídelo bien, vivirá cien años. Beauvouloir lo sabe.

Un suspiro celeste y un misterioso apretón de mano fueron la recompensa del médico. Antes de entregar a los abrazos y besos de la impaciente madre esta frágil criatura cuya piel ya tenía la impresión de los dedos del conde, se aseguró de que la caricia paterna no hubiera alterado su débil estructura. El movimiento de locura con el que la madre escondió a su hijo cerca de ella y la mirada amenazante que le lanzó al conde a través de los dos hoyos de la máscara hicieron temblar a Beauvouloir.

–Morirá si pierde demasiado rápido a su hijo –le dijo al conde.

Durante esta última parte de la escena, el señor de Hérouville parecía no haber visto ni oído nada. Inmóvil y como absorbido en una profunda meditación, había vuelto a tamborilear los dedos sobre los vitrales, pero después de la última frase que le dijo el médico, se volteó hacia él con un movimiento de violencia frenética y sacó su daga.

–¡Miserable *manant!* –gritó, dándole el sobrenombre con el que los Monárquicos ofendían a los miembros de la Liga–. ¡Imprudente granuja! La ciencia que te vale el honor de ser el cómplice de los gentileshombres necesitados de abrir o cerrar sucesiones me detiene de privar para siempre a Normandía de su brujo. –Para gran contento de Beauvouloir, el conde guardó violentamente su daga en la funda y dijo:

–¿Qué no sabes encontrarte una vez en tu vida en la honorable compañía de un señor y de su dama sin sospecharlos de malvados cálculos? ¿No piensas que los gentileshombres están autorizados por motivos verosímiles, no como la gentuza, para

reaccionar de ciertas maneras? ¿Qué tal que había en esta ocurrencia razones de estado para actuar como lo supones? ¡Matar a mi hijo! ¡Quitárselo a su madre! ¿De dónde sacaste ese cuento? ¿Estoy loco? ¿Por qué nos asustas sobre los días de este vigoroso niño? Bribón, comprende que haya desafiado tu pobre vanidad. Si hubieras sabido el nombre de la dama que ayudaste a dar a luz ¡presumirías haberla visto! ¡Dios de la Pascua! Tal vez habrías matado a la madre o al hijo. Pero, recuérdalo bien: ¡Tú miserable vida me responderá de tu discreción y de su buena salud!

El curandero estaba estupefacto por el cambio súbito en las intenciones del conde. Este acceso de ternura por el engendro lo asustaba más que la impaciente crueldad y la lúgubre indiferencia manifestadas primero. El acento del señor al pronunciar la última frase revelaba una combinación más sabia para lograr un propósito inflexible. El maestro Beauvouloir se explicó este desenlace imprevisto por la doble promesa que le había hecho a la madre y al padre: –¡Ya entiendo! –se dijo–. Este buen señor no quiere ser odiado por su mujer y se confiará a la providencia del boticario. Entonces, necesito prevenir a la madre para que vigile a su noble pequeño.

Al momento en que se dirigía hacia la cama, el conde que se había acercado a un armario, lo detuvo con una imperativa interjección. Con un gesto le tendió una bolsa, Beauvouloir se dispuso a recibir con una alegría inquieta, el oro arrojado con desprecio que brillaba a través de una red de seda roja.

–Aunque me hiciste parecer un villano, no me creo librado de pagarte como un señor. No te pido discreción. El hombre que está aquí –dijo señalando a Bertrand– debió explicarte que en todas partes donde haya robles y ríos, mis diamantes y collares saben encontrar a los *manants* que hablan de mí.

Al terminar estas palabras de clemencia, el gigante avanzó despacio hacia el sorprendido médico, le acercó ruidosamente una silla y lo invitó a sentarse, como él, cerca de la parturienta.

–Bueno, querida, al fin tenemos un hijo –dijo–. ¡Cuánta alegría para nosotros! ¿Sufrió mucho?

–No –murmuró la condesa.

El asombro de la madre, su malestar y las tardías demostraciones de alegría ficticia del padre convencieron al maestro Beauvouloir de que un incidente grave escapaba a su astucia habitual. Persistió en sus sospechas y apoyó su mano sobre la de la joven, no tanto para asegurarse de su estado, sino para darle algunos consejos.

–La piel está bien–dijo–. No tema, no hubo ningún accidente lamentable. Sin duda vendrá la fiebre de leche, pero no se espante, no será nada.

En ese punto, el astuto médico se detuvo y apretó la mano de la condesa para mantenerla atenta.

–Señora, si quiere estar tranquila sobre su hijo –prosiguió–, no debe separarse de él. Déjelo beber la leche que sus pequeños labios ya buscan durante mucho tiempo, aliméntelo usted misma y vigile las drogas del boticario. El pecho es el remedio para todas las enfermedades de los niños. He atendido muchos partos de siete meses, pero es raro ver un alumbramiento tan poco doloroso como el suyo. No es de sorprender, ¡el niño es tan delgado! ¡Cabría en un zueco! Estoy seguro de que no pesa ni quince onzas. ¡Leche! ¡Dele leche! Si se queda siempre sobre su seno, lo salvará.

Estas últimas palabras fueron acompañadas de un nuevo movimiento de dedos. A pesar de los dos rayos de fuego que lanzaban los ojos del conde por los hoyos de su máscara, Beauvouloir rápido explicó las etapas con la seriedad imperturbable de un hombre que quiere ganarse su dinero.

–¡Oye, curandero! Olvidas tu viejo sombrero negro –le dijo Bertrand cuando ambos salían de la recámara.

Los motivos de la clemencia del conde hacia su hijo fueron sacados de un etcétera de notario. Cuando Beauvouloir le detuvo las manos, surgieron la Avaricia y la Costumbre de Normandía. Estas dos fuerzas le entumecieron los dedos y callaron su odio. Una le gritó: “¡Los bienes de tu mujer sólo pueden pertenecer a la casa de Hérouville con un hijo varón que los traslade!” La otra le mostró a la condesa moribunda y los bienes reclamados por la rama colateral de los Saint-Savin. Las dos le aconsejaron dejar a la naturaleza la tarea de acabar con el engendro y esperar el nacimiento de un segundo hijo que fuera sano y vigoroso, para poder burlarse de la

vida de su mujer y de su primogénito. No vio más a un niño, vio los dominios. De inmediato su ternura se volvió tan fuerte como la ambición. En su deseo de satisfacer a la Costumbre, quería que su hijo nacido muerto tuviera las apariencias de una constitución robusta. La madre, que conocía bien el carácter del conde, estaba más sorprendida que el curandero y conservó sospechas instintivas que a veces manifestaba con audacia, porque en un instante el coraje de madre dobló su fuerza.

Durante algunos días, el conde permaneció con mucha constancia cerca de su mujer y la prodigó de cuidados a los cuales el interés imprimía una especie de ternura. Pronto, la condesa adivinó que sólo ella era el objeto de todas sus atenciones. El odio del padre por su hijo se mostraba hasta en los más mínimos detalles: siempre se abstenía de verlo o tocarlo, si escuchaba gritos se levantaba bruscamente y se iba a dar órdenes, en fin, parecía no perdonarle el vivir con la esperanza de verlo morir. Al conde le costaba disimular. Cuando se dio cuenta de que el ojo inteligente de la madre presentía sin comprender el peligro que amenazaba a su hijo, anunció que partiría un día después de la misa de *relevailles*,⁵ con el pretexto de conducir todas sus fuerzas al auxilio del rey.

Tales fueron las circunstancias que acompañaron y precedieron el nacimiento de Etienne de Hérouville. El conde deseaba incesantemente la muerte de este hijo rechazado y perseguía un ser al que ya había perjudicado. Si hubiera muerto no tendría la obligación (cruel para él) de fingir amor hacia un odioso engendro que creía hijo de Chaverny. Pero aunque no hubiera tenido otra razón para desear la muerte del pobre Etienne, de todos modos lo hubiera odiado. Para el conde, la desgracia de una consistencia raquítica y enfermiza, tal vez agravada por su caricia, era una ofensa siempre evidente a su amor propio. Abominaba a los hombres hermosos y más a los débiles, a quienes la fuerza de la inteligencia reemplazaba la fuerza del cuerpo. Para agradarlo, se necesitaba ser feo, grande, robusto e ignorante. Etienne encontró en su padre un enemigo sin generosidad porque su debilidad lo consagraba a las

⁵Antigua ceremonia católica celebrada 40 días después del nacimiento de un niño.

ocupaciones sedentarias de la ciencia. Su lucha con este coloso empezó desde la cuna. El único auxilio contra un antagonista tan peligroso era el corazón de su madre, cuyo amor aumentaba, por una ley de la naturaleza, ante todos los peligros que lo amenazaban.

De repente, sepultada en una profunda soledad por la brusca partida del conde, Jeanne de Saint-Savin tuvo en su hijo las únicas expresiones de alegría que podían consolar su vida. La condesa amó a este niño, desaprobado por culpa de Chaverny, como las mujeres aman al hijo de un amor ilícito. No padeció fatiga alguna al alimentarlo, no quería que sus mujeres le ayudaran de ninguna forma, lo vestía y desvestía sintiendo nuevos placeres en cada pequeño cuidado que le exigía. Estos trabajos incesantes, esta atención de todas las horas, la exactitud con la que debía despertarse en la noche para amamantar a su hijo, fueron alegrías infinitas. La felicidad irradiaba sobre su cara cuando cumplía las necesidades de este pequeño ser. Como Etienne había nacido de forma prematura, no había mucha ropa de su tamaño, así que decidió hacerla, y la hizo con una perfección... Ustedes lo saben, ustedes que en la sombra y el silencio ¡han trabajado por sus hijos adorados! Cada puntada era un recuerdo, un deseo, anhelos, miles de cosas que se bordaban sobre la tela como los hermosos dibujos que hacía. Le contaron todas estas extravagancias al conde de Hérouville y aumentaron la tormenta ya formada. Los días no tenían suficientes horas para las múltiples ocupaciones y se escapaban cargados de alegrías secretas.

Los consejos del curandero siempre se escribían delante de la condesa, el temor en los servicios de sus mujeres y en la mano de su gente era enorme, no dormía para asegurarse de que ninguna persona se acercara a Etienne durante el sueño, lo acostaba al lado de ella. En fin, sentó la desconfianza en esa cuna. Durante la ausencia del conde, se atrevió a traer al cirujano cuyo nombre recordaba bien. Tenía una inmensa deuda de gratitud que pagar a Beauvouloir, pero sobre todo, deseaba preguntarle miles de cosas relacionadas con su hijo. Si querían envenenar a Etienne, ¿cómo frustrar las tentativas? ¿Cómo controlar su frágil salud? ¿Era necesario amamantarlo mucho tiempo? Si ella moría, ¿velaría por la salud del pobre niño?

A estas preguntas, Beauvouloir respondió conmovido. Temía igual que ella un envenenamiento, pero en ese punto, la condesa no tenía nada de qué preocuparse mientras lo alimentara con su leche. En el futuro, le recomendó siempre probar la comida de Etienne.

—Si la señora condesa percibe algo extraño sobre la lengua, un sabor picante, amargo, fuerte, salado, todo eso que sorprende o extraña el gusto, rechace el alimento —agregó el curandero—. Que laven la ropa del niño delante de usted y guarde la llave del baúl donde la ponga. En fin, si algo llegara a pasarle, mándeme llamar, yo vendré.

Las enseñanzas del curandero se grabaron en el corazón de Jeanne, le pidió que contara con ella en lo que necesitara, entonces Beauvouloir le dijo que toda su alegría estaba en sus manos.

De manera breve, le contó cómo el señor de Hérouville, falto de bellas y nobles amigas que lo quisieran en la corte, amó en su juventud a una cortesana apodada la *Bella Romana*, quien previamente pertenecía al cardenal de Lorena. Pronto abandonada, la Bella Romana había venido a Ruan para solicitar que el conde reconociera a su hija, de quien no quería escuchar hablar porque era hermosa. A la muerte miserable de esta mujer, la pobre niña, llamada Gertrude, incluso más bella que su madre, fue recogida por las hermanas del convento de las Clarisas, donde la superiora era la señorita de Saint-Savin, tía de la condesa. Cuando lo llamaron para curar a Gertrude, se enamoró de ella hasta perder la cabeza. Si la señora condesa, dijo Beauvouloir, quería intervenir en este asunto, no sólo saldaría lo que cree que le debe, sino además él estaría en deuda con ella. Así, su venida al castillo, muy peligrosa a los ojos del conde, estaría justificada. Después, tarde o temprano, el conde se interesaría por una niña tan bonita y, tal vez, podría un día protegerla de forma indirecta haciéndolo su médico. La condesa, tan compasiva con los amores verdaderos, prometió ayudar al pobre médico. Persiguió tan encarecidamente este asunto, que durante su segundo parto, por la gracia que en esa época tenían las mujeres de pedir lo que quisieran a sus maridos cuando estaban dando a luz, obtuvo una dote para Gertrude, la bella bastarda que en lugar de ser religiosa, se casó con Beauvouloir.

Esta dote y los ahorros del curandero les alcanzaron para comprar Forcalier, un agradable dominio vecino al castillo de Hérouville que, en aquel entonces, vendían unos herederos.

Tranquilizada así por el curandero, la condesa sintió su vida llena de alegrías desconocidas para otras madres. Si bien es cierto que todas las mujeres son bellas cuando suspenden a sus hijos de su pecho para calmar sus gritos y conatos de dolor, era difícil ver (incluso en los cuadros italianos) una escena más conmovedora que la ofrecida por la condesa cuando sentía a Etienne llenándose de su leche y su vida se convertía de esta manera en la misma vida del pobre ser amenazado. Su cara resplandecía de amor, contemplaba este querido y pequeño ser, siempre con el temor de descubrir un rasgo de Chaverny, con quien tanto soñaba. Estos pensamientos, revueltos en su frente con la expresión de su placer, la mirada con la que mimaba a su hijo, el deseo de comunicarle la fuerza que sentía en el corazón, sus brillantes esperanzas, la gentileza de sus gestos, todo formaba un cuadro que cautivó a las mujeres que la rodeaban: la condesa venció al espionaje.

Pronto estos dos seres débiles se unieron por un mismo pensamiento y se comprendieron antes de que el lenguaje les sirviera para escucharse. Cuando Etienne ponía a prueba sus ojos con la avidez natural en los niños, su mirada se encontraba con las oscuras maderas que recubrían las paredes de la recámara de honor. Cuando su joven oreja se esforzaba por percibir los sonidos y reconocer sus diferencias, escuchaba el ruido monótono de las aguas de la mar que rompían sobre los peñascos con un movimiento tan regular como el péndulo de un reloj. Así, los lugares, los sonidos, las cosas, todo lo que perciben los sentidos, prepara el entendimiento y forma el carácter, lo volvió propenso a la melancolía. ¿Acaso su madre no vivía y moriría en nubes de melancolía? Desde su nacimiento, creyó que la condesa era la única criatura que existía sobre la tierra, veía el mundo como un desierto y se acostumbró a ese sentimiento de regresar sobre sí mismo que nos lleva a vivir solos, a buscar en nosotros la felicidad, desarrollando las inmensas fuentes del pensamiento. La condesa estaba condenada a permanecer sola en la vida y encontrar todo en su hijo, perseguido

como su amor. Parecido a todos los niños presas del sufrimiento, Etienne conservaba casi siempre la actitud pasiva que, dulce parecido, era la misma de su madre. La delicadez de sus órganos fue tan grande, que un ruido demasiado repentino o la compañía de una persona alborotada le ocasionaban una especie de fiebre. Usted pensaría que era como uno de esos pequeños insectos con los que Dios modera la violencia del viento y el calor del sol; incapaz de luchar contra el menor obstáculo, cedía igual que ellos sin resistencia ni queja ante todo lo que le parecía agresivo. Esta paciencia angelical inspiró en la condesa un sentimiento profundo que quitó cualquier fatiga generada por los cuidados minuciosos que reclamaba una salud tan frágil.

Agradeció a Dios por colocar a Etienne, como a una multitud de criaturas, en el seno de la esfera de paz y de silencio, la única donde podía levantarse felizmente. Muchas veces las manos maternas, para él dulces y fuertes a la vez, lo transportaban a la alta región de las ventanas ojivales. Ahí, sus ojos, azules como los de su madre, parecían estudiar las magnificencias del océano. Entonces los dos permanecían horas enteras contemplando la infinidad de esa vasta extensión por turnos oscuro y brillante, mudo y sonoro. Estas largas meditaciones fueron para Etienne un aprendizaje secreto del dolor. Casi siempre los ojos de su madre se llenaban de lágrimas y durante estos dolorosos sueños del alma, los jóvenes rasgos de Etienne se parecían a una ligera red jalada por una carga muy pesada. Pronto, su precoz entendimiento del infortunio le reveló el poder que sus ojos ejercían sobre la condesa; trató de divertirla con las mismas caricias con las que ella calmaba sus sufrimientos. Jamás sus pequeñas manos traviesas, sus palabras balbuceadas, sus risas inteligentes fallaron en disipar las fantasías de su madre. Si se fatigaba, su instintiva delicadeza le impedía quejarse.

—¡Pobre de mi pequeño tan sensible! —exclamaba la condesa, viéndolo dormir de cansancio después de un jugueteo con el que acababa de ahuyentar uno de sus recuerdos más dolorosos—. ¿Dónde podrás vivir? ¿Quién te comprenderá si tienes un alma tan tierna que la hiere una mirada demasiado severa? ¿Si, parecido a tu triste madre, estimas una dulce sonrisa como algo más precioso que todos los bienes de la tierra? Ángel adorado, ¿quién te amará en el mundo? ¿Quién adivinará los tesoros

escondidos bajo tu frágil envoltura? Nadie. Al igual que yo, estarás solo. Dios te guarde de concebir como yo, un amor favorecido por Dios ¡pero traspasado por los hombres!

Suspiró, lloró. La graciosa pose de su hijo que dormía sobre sus rodillas la hizo sonreír con melancolía: lo miró mucho tiempo saboreando uno de esos placeres que son un secreto entre las madres y Dios. Después de descubrir cuánto le gustaba al niño escuchar su voz unida a los acentos de la mandolina, le cantaba los romances más graciosos de esa época y creía ver, sobre sus pequeños labios embarrados de leche, la sonrisa con la que antes Georges de Chaverny le agradecía cuando tocaba su rabel. Se reprochaba estos regresos al pasado, pero siempre volvía allí. El hijo, cómplice de sus sueños, sonreía precisamente con las arias que más le gustaban a Chaverny.

A los dieciocho meses, la debilidad de Etienne todavía no permitía pasearlo afuera; pero los ligeros colores que matizaban el blanco de su piel, como si el más pálido de los pétalos de una rosa silvestre, llevado por el viento, hubiera acariciado su tez, demostraban ya la vida y la salud. Cuando empezó a creer en las predicciones del curandero y se aplaudía de rodear a su hijo de las precauciones más extremas para preservarlo de todo peligro, las cartas escritas por el secretario de su marido le anunciaron el próximo retorno. Una mañana, la condesa, entregada a la loca alegría que se apodera de todas las madres cuando ven por primera vez caminar a su primogénito, se divertía con Etienne en esos juegos tan indescriptibles como puede ser el encanto de los recuerdos. De repente, escucho crujir el piso bajo unos pasos pesados. Apenas se estaba levantando con un movimiento de sorpresa involuntario, cuando se encontró delante del conde. Lanzó un grito, pero trató de reparar su torpeza involuntaria avanzando hacia él y poniéndole su frente con sumisión para recibir un beso.

–¿Por qué no me previno de su llegada? –dijo.

–La recepción –respondió el conde interrumpiéndola– pudo ser más cordial, pero menos franca.

Se acercó al niño, el estado de salud en que lo encontró le arrancó un gesto de sorpresa lleno de furia, pero reprimió su cólera y sonrió.

–Le traigo buenas noticias –dijo–. Tengo el gobierno de Champagne y la promesa del rey: seré duque y par. Además, heredamos de un familiar: ese maldito hugonote de Chaverny está muerto.

La condesa palideció y cayó sobre un sillón. Adivinó el secreto de la siniestra alegría manifestada en la figura de su marido que parecía aumentar al ver a Etienne.

–Mi señor –contestó con una voz conmovida–, no ignora que hace mucho tiempo estuve enamorada de mi primo de Chaverny, pues bien, usted responderá a Dios del dolor que me causa.

Ante estas palabras la mirada del conde brilló, sus labios temblaron sin poder decir una palabra, tanto estaba invadido por la rabia, y lanzó su daga sobre la mesa con tanta violencia que sonó como un trueno.

–¡Escúcheme y recuerde mis palabras! –gritó con su gran voz–. No quiero volver a escuchar o ver al pequeño monstruo que tiene en los brazos porque es su hijo y no mío. ¿Acaso tiene uno sólo de mis rasgos? ¡Maldita sea! Escóndalo bien o si no...

–¡Cielo santo! ¡Protégenos! –gritó la condesa.

–¡Silencio! –respondió el coloso–. Si no quiere que lo dañe, haga todo lo necesario para que nunca lo encuentre en mi camino.

–Pero entonces –prosiguió la condesa, sintiendo el valor de luchar contra su tirano–, júreme que, si no lo vuelve a encontrar, no atentará contra sus días. ¿Me da su palabra de gentilhomme?

–¿Qué quiere decir eso? –contestó el conde

– ¡Si no, mátenos a los dos ahora mismo! –gritó arrojándose a las rodillas y abrazando a su hijo.

–¡Levántese señora! Comprometo mi fe de gentilhomme de no tocar la vida de ese maldito embrión, siempre y cuando habite sobre los peñascos que bordean el

océano, abajo del castillo. Le doy la casa del pescador por habitación y la playa por dominio, pero ¡pobre de él si lo encuentro alguna vez fuera de esos límites!

La condesa se puso a llorar amargamente.

–Véalo –dijo–. Es su hijo.

–¡Señora!

Ante esta palabra, la madre asustada tomó a su hijo, cuyo corazón palpitaba como el de una curruca en el nido sorprendida por un pastor. Tal vez, la inocencia tiene un encanto al que no saben sustraerse ni los hombres más duros o, quizá, el conde se reprochó la violencia y sospechó sumergir en una gran desesperanza a una criatura necesaria tanto para sus placeres como para sus propósitos... No importa la razón, cuando regresó su mujer, su voz se había vuelto lo más suave que podía ser.

–Jeanne, querida –le dijo–, no sea rencorosa y deme la mano. No sabe comportarse como otras mujeres. Le traigo nuevos honores y riquezas ¡Y me recibe como un soldado protestante en un grupo de *manants*! Mi nuevo gobierno me obligará a largas ausencias hasta que lo haya cambiado por el de Normandía, así que por lo menos, cuando esté aquí póngame una buena cara.

La condesa entendió el sentido de estas palabras cuya fingida suavidad no podían engañarla más.

–Conozco mis deberes –respondió con un tono de melancolía que su marido pensó que era ternura.

Esta tímida criatura, como algunas mujeres hábiles, tenía tanta pureza, tanta grandeza que podía gobernar al conde calculando su actitud, especie de prostitución por la que las bellas almas se sienten manchadas. Se alejó silenciosa para consolar su desesperación paseando a Etienne.

–¡Maldita sea! ¡Así que nunca me amarás! –gritó el conde al descubrir una lágrima en los ojos de su mujer justo cuando salía.

La amenaza constante convirtió la maternidad en una pasión que tomó la violencia que las mujeres llevan en sus sentimientos culpables. Por una especie de hechizo que se encuentra en el corazón de todas las madres, y que tenía más fuerza

entre la condesa y su hijo, logró que entendiera el peligro que lo amenazaba sin cesar y le enseñó a tener miedo de la cercanía de su padre. La terrible escena que atestiguó Etienne se grabó en su memoria de tal manera que le producía una especie de enfermedad. Llegó a sentir la presencia del conde con tanta certeza que, cuando una sonrisa (cuyos signos imperceptibles estallan a los ojos de una madre) animaba su figura y de repente sus órganos imperfectos, ya formados por el miedo, le anunciaban la lejana caminata de su padre, sus rasgos se contraían y la oreja de la madre no estaba más alerta que el instinto del hijo. Con la edad, esta facultad creada por el terror se desarrolló tan bien, que Etienne sabía distinguir los pasos de su padre, escuchar su voz a distancias remotas y predecir su llegada, era como los Salvajes de América. Cuando la condesa notó lo rápido que su hijo compartió el sentimiento de terror que su marido le inspiraba, el niño se volvió todavía más precioso para ella. Su unión se fortaleció tanto que, como dos flores atadas al mismo ramo, se inclinaban bajo el mismo viento, se levantaban por la misma esperanza. Ésta fue una misma vida.

A la partida del conde, Jeanne comenzó un segundo embarazo. Esta vez dio a luz en los términos deseados por los prejuicios. Con unos dolores inimaginables, trajo al mundo un niño gordo que meses más tarde ofreció un parecido tan perfecto con su padre... que el odio por el primogénito se incrementó aún más. Con tal de salvar a su hijo querido, la condesa aceptó todos los proyectos de su marido para la felicidad y fortuna de su segundo hijo. Etienne, prometido al cardenalato, debía convertirse en sacerdote para dejar a Maximilien los bienes y títulos de la casa de Hérouville. Éste fue el precio que la pobre madre pagó para asegurar la tranquilidad del hijo maldito.

Nunca hubo dos hermanos tan diferentes como Etienne y Maximilien. Desde que nació, el menor tuvo el gusto por el ruido, los ejercicios violentos y la guerra. El conde sentía tanto amor por él, como la condesa por Etienne. Por una especie de pacto natural y tácito, cada uno de los esposos se encargó de su hijo predilecto. El duque (por esas épocas Enrique IV recompensó los distinguidos servicios del señor de Hérouville) dijo no querer fatigar a su mujer y le puso a Maximilien una nodriza gorda de Bayeux, escogida por Beauvouloir. Para gran alegría de Jeanne de Saint-Savin, no

sólo desconfió de la leche materna sino también de su inteligencia, así que decidió formar al hijo a su gusto. Educó a Maximilien con un horror de libros y de cartas, le inculcó los conocimientos mecánicos del arte militar, desde pequeño lo hizo montar a caballo, disparar el arquebús y aprender a pelear con la daga. Cuando creció, lo llevó de cacería para que adquiriera la brutalidad del lenguaje, rudeza de maneras, fuerza de cuerpo, virilidad en la mirada y en la voz que lo convertían, a sus ojos, en un hombre completo. El pequeño gentilhomme fue a los doce años un cachorro de león muy mal lamido, tan temible como el padre porque tenía el permiso de tiranizar todos los alrededores y lo hacía.

Etienne habitó la casa situada a la orilla del océano que le había dado su padre. La duquesa la dispuso de manera que encontrara allí algunos disfrutes a los que tenía derecho. La mujer pasaba ahí la mayor parte del día. La madre y el hijo recorrían juntos los peñascos y la playa, le indicaba a Etienne los límites de su pequeño dominio de arena, conchas, musgos y piedras; el terror profundo que la invadía al verlo dejar el recinto concedido, lo hacían comprender que la muerte lo esperaba más allá. Etienne tembló de miedo por su madre antes de temblar de miedo por él mismo. Dentro de poco, el simple nombre de duque de Hérouville le generaba una consternación que le quitaba energía y lo sometía a la debilidad que hace caer a una joven de rodillas delante de un tigre. Si percibía de lejos a este gigante siniestro o si escuchaba su voz, la impresión dolorosa que sintió en el momento en que fue maldecido le helaba el corazón. También, como un lapón que muere más allá de sus nieves, construyó una deliciosa patria en su cabaña y sus peñascos; al pasar la frontera, experimentaba un malestar inexplicable. Previendo que su pobre hijo no encontraría más felicidad que en una humilde esfera silenciosa, la duquesa lamentó menos el destino que se le había impuesto; autorizó la forzada vocación para prepararle una bella vida remplazando su soledad por las nobles ocupaciones de la ciencia. Trajo al castillo a Pierre de Sebonde para servir de tutor al futuro cardinal de Hérouville. A pesar de la tonsura destinada a su hijo, Jeanne de Saint-Savin no quiso que esta educación oliera a sacerdocio y la secularizó con su intervención. Beauvouloir fue

encargado de iniciar a Etienne en los misterios de las ciencias naturales. La duquesa, que supervisaba los estudios con el fin de ajustarlos a la fuerza de su hijo, lo distraía enseñándole italiano y le reveló de manera imperceptible las riquezas poéticas de esta lengua. Mientras el duque conducía a Maximilien frente a los jabalíes con el riesgo de verlo herido, Jeanne se metía con Etienne en la vía láctea de los sonetos de Petrarca o en el gigantesco laberinto de la *Divina Comedia*. Para compensarlo de sus debilidades, la naturaleza le dio una voz tan melodiosa, que era difícil resistirse al placer de escucharlo. Su madre le enseñó música. Unos cantos tiernos y melancólicos, apoyados por las notas de una mandolina, eran la recreación favorita prometida por la madre en recompensa de algún trabajo pedido por el padre de Sebonde. Etienne escuchaba a su madre con una admiración apasionada que sólo había visto en los ojos de Chaverny. La primera vez que la pobre mujer encontró sus recuerdos de joven en la larga mirada de su hijo, lo cubrió de besos intensos. Se ruborizó cuando Etienne le preguntó por qué parecía amarlo más en ese momento, le respondió que lo amaba más a cada hora. Pronto encontró, en los cuidados que exigía la educación del alma y el espíritu, los mismos placeres que había saboreado al alimentarlo y criar su cuerpo físico. Aunque las madres no siempre crecen con sus hijos, la duquesa era una de aquellas que portaban en la maternidad las humildes adoraciones del amor. Podía acariciar y juzgar; dejaba su amor propio para volver a Etienne superior a ella en todas las cosas y no controlarlo; tal vez se sabía tan grande por su cariño inagotable, que no temía ninguna disminución. Son los corazones sin ternura los que aman la dominación, pero los sentimientos verdaderos valoran la abnegación, esta virtud de la fuerza. Cuando Etienne no comprendía desde el principio alguna demostración, un texto o un teorema, la pobre madre, que asistía a las lecciones, parecía querer infundirle el conocimiento, como en el pasado, cuando al menor grito, le daba raudales de leche. Pero también ¡qué brillo de alegría llenaba la mirada de la duquesa cuando Etienne entendía el sentido de las cosas y se lo apropiaba! Pierre de Sebonde decía que la madre era un ser doble en el que las sensaciones abrazaban siempre dos existencias.

Con las caricias de un amor resucitado, la duquesa aumentaba el sentimiento natural que une al hijo con su madre. La delicadeza de Etienne provocó que durante muchos años continuaran los cuidados dados en la infancia: ella lo vestía, lo acostaba, y cepillaba, alisaba, rizaba y perfumaba la cabellera de su hijo. Este aseo era una caricia continua, daba a esta querida cabeza tantos besos que tenía que pasar otra vez el peine. Igual que a las mujeres les gusta hacerse casi madres para sus amantes dándoles ciertos cuidados domésticos, de la misma manera la madre se hacía un simulacro de amante para el hijo. Le encontraba un vago parecido con el primo amado más allá de la tumba. Etienne era como el fantasma de Georges, vislumbrado en la lejanía de un espejo mágico, era más gentilhomme que eclesiástico.

–Si alguna mujer tan amorosa como yo te infundiera la vida del amor ¡serías muy feliz! –pensaba seguido.

Pero los terribles intereses que exigían la tonsura sobre la cabeza de Etienne le volvían a aparecer en la memoria y besaba los cabellos que las tijeras de la Iglesia debían cortar, dejando ahí unas lágrimas. A pesar del injusto convenio hecho con el duque, no veía a Etienne ni sacerdote ni cardenal por los huecos que su ojo de madre hacía a través de las espesas tinieblas del futuro. El profundo olvido del padre le permitía no comprometer a su pobre hijo en las Órdenes.

–¡Siempre será buena hora! –se decía.

Después, sin confesar el sentimiento oculto en su corazón, lo educaba en los bellos modales de los cortesanos, lo quería dulce y gentil como Georges de Chaverny. El duque administraba los bienes de su casa, pero su ambición hacía que todos los ingresos se usaran para su expansión o su tren de vida. Reducida a un pequeño presupuesto, la condesa adoptó el atuendo más simple y no gastaba nada para poder dar a su hijo botas con forma de embudo y forradas con encaje, capas de terciopelo y jubones de telas finas. Sus privaciones personales la hacían sentir las mismas alegrías que provocan los sacrificios que tanto nos gusta ocultar a las personas amadas. Cuando bordaba un cuello, se hacía fiestas secretas pensando en el día que ese cuello adornaría el de su hijo. Cuidaba la vestimenta, la ropa blanca, los perfumes y el aseo

de Etienne, sólo se engalanaba porque le encantaba verse hermosa para él. Tantas atenciones acompañadas de un sentimiento que penetró la carne de su hijo y lo fortalecieron, tuvieron su recompensa. Un día, Beauvouloir, este hombre divino al que el hijo maldito quería por sus lecciones y servicios; este médico cuya mirada inquieta hacía temblar a la duquesa cuando examinaba al frágil ídolo, declaró que, si ningún sentimiento violento agitaba de manera brusca ese cuerpo tan delicado, Etienne podía vivir muchos días. Tenía entonces dieciséis años.

A esta edad, la estatura de Etienne había alcanzado los cinco pies, medida que no superaría, pero Georges de Chaverny era de talla mediana. Su piel, transparente y satinada como la de una niña, dejaba ver ligeros racimos de venas azules. Su blancura era como la porcelana. Sus ojos, azul claro impreso de un dulzor inexpressable, rogaban la protección de hombres y mujeres; las convincentes suavidades de su plegaria se escapaban de su mirada y seducían antes de que la melodía de su voz finalizara el encanto. En todos sus rasgos se revelaba la modestia más verdadera. Largos cabellos castaños, lacios y sujetos, se partían en dos bandos sobre su frente y hacían bucles en sus extremidades. Sus mejillas pálidas y hundidas, su frente pura, marcada por algunas arrugas, expresaban un sufrimiento nativo que lastimaba al verlo. Su boca, graciosa y adornada de dientes muy blancos, conservaba esa especie de sonrisa que se fija sobre los labios de los moribundos. Sus manos blancas como las de una mujer, tenían una forma admirablemente bella. Parecido a una planta marchita, sus largas meditaciones lo habían acostumbrado a inclinar la cabeza, esta actitud favorecía a su persona: era como el toque final que pone el artista en un cuadro para resaltar el pensamiento. Seguro usted creería ver una cabeza de joven enfermo colocada sobre un cuerpo de hombre débil y contrahecho.

La estudiosa poesía cuyas ricas meditaciones en botánica nos hacen recorrer los extensos campos del pensamiento, la fecunda comparación de las ideas humanas, la exaltación que nos brinda la perfecta inteligencia de las obras del genio, todo se convertía en las inagotables y tranquilas alegrías de su vida soñadora y solitaria. Amaba las flores, creaciones encantadoras con un destino tan parecido al suyo. Así

como un pez dorado no puede sostener una mirada del sol sobre la arena, Etienne no resistiría el rudo contacto de la vida social. Feliz de ver a su hijo con unas pasiones inocentes que lo protegían de ese contacto, la condesa alentó sus gustos llevándole *romanceros* españoles, *motets* italianos, libros, sonetos y poesías. La biblioteca del cardenal de Hérouville era la herencia de Etienne, la lectura llenaba su vida. Cada mañana el niño encontraba su soledad poblada de hermosas plantas de ricos colores y suaves perfumes. Sus lecturas (a las que su débil salud no le permitía entregarse mucho tiempo) y sus ejercicios en medio de los peñascos, se interrumpían por ingenuas meditaciones que lo dejaban horas enteras sentado delante de sus alegres flores, sus dulces compañeras, o agazapado en el hueco de alguna piedra en presencia de un alga, un musgo o una hierba marina estudiando sus misterios. Buscaba la rima en el interior de las corolas aromáticas como la abeja que ahí liba su miel. Muchas veces, sin objetivo ni intención de explicarse la razón, admiraba los delicados hilos de colores oscuros impresos sobre los pétalos, la delicadeza de las ricas túnicas de oro o de azur, verdes o violáceas, los perfiles tan profusamente bellos de sus cálices o de las hojas, su tejido mate o aterciopelado que se desgarraba al menor esfuerzo, como su alma. Más tarde, tanto pensador como poeta, percibió la razón de estas innumerables diferencias de una misma naturaleza, descubriendo ahí el indicio de facultades preciosas, ya que, día con día, progresó en la interpretación del Verbo divino escrito sobre todas las cosas de la tierra. Estas búsquedas obstinadas y secretas, hechas en el mundo oculto, daban a su vida la aparente somnolencia de los genios meditabundos. Etienne permanecía durante largas jornadas acostado sobre la arena, feliz, poeta a sus espaldas. La interrupción repentina de un insecto dorado, los reflejos del sol en el océano, los temblores del vasto y limpio espejo de sus ojos, una concha, un cangrejo araña, todo se transformaba en acontecimiento y placer para esta alma ingenua. Ver venir a su madre, oír de lejos el roce de su vestido, esperarla, besarla, hablarle, escucharla, le provocaba sensaciones tan vivas, que muchas veces un retraso o la más ligera incertidumbre le causaba una agitación insaciable. Sólo había un alma en él y para que el cuerpo frágil y siempre débil no fuera destruido por las intensas emociones

de esta alma, Etienne necesitaba el silencio, las caricias, la paz en el paisaje y el amor de una mujer. Por el momento su madre le prodigaba el amor y las caricias; los peñascos eran silenciosos; las flores y los libros cautivaban su soledad; en fin, su pequeño reino de arena y conchas, de algas y verdor, le parecía un mundo siempre fresco y nuevo.

Etienne tuvo todos los beneficios de una vida física profundamente inocente y de una vida moral poéticamente desarrollada. Niño por la forma, hombre por el espíritu, era igual de angelical en los dos aspectos. Por la voluntad de su madre, sus estudios transportaron sus emociones a la región de las ideas. La acción de su vida se llevaba a cabo en el mundo moral, lejos del mundo social que podía matarlo o hacerlo sufrir. Vivió por el alma y por la inteligencia. Después de entender los pensamientos humanos con la lectura, se elevó hasta los que mueven la materia, los sintió en el aire, los leyó escritos en el cielo. En fin, pronto ascendió a la cima etérea donde se encontraba el alimento delicado propio para su alma, alimento embriagante, pero que predestinaba a la desgracia el día en que estos tesoros acumulados se unieran a las riquezas que una pasión pone de repente en el corazón. Cuando Jeanne de Saint-Savin temía este contratiempo, se consolaba con el pensamiento que le inspiraba el triste destino de su hijo; porque esta pobre madre no encontraba otro remedio para la desgracia, que una desgracia menor, ¡cada uno de sus goces estaba lleno de amargura!

—Será cardenal —pensaba—. Vivirá para las artes y se hará su protector. Amará el arte, en vez de una mujer, y éste jamás lo traicionará.

Los placeres de esta amorosa maternidad siempre eran alterados por sombríos pensamientos que nacían de la singular situación en la que se encontraba Etienne al interior de la familia. Los dos hermanos ya habían pasado, uno y otro, la edad de la adolescencia sin conocerse, sin verse, sin suponer su existencia rival. Durante mucho tiempo la duquesa esperó, en una ausencia de su marido, unir a los dos jóvenes por alguna escena solemne donde los envolvería con su alma. Fomentaría el interés de Maximilien por Etienne, diciéndole lo mucho que debía proteger y amar al sufrido primogénito regresándole las renunciadas a las que había sido sometido y a las que era

fiel, aunque obligado. Esta esperanza, tanto tiempo alimentada se estaba desvaneciendo. Lejos de querer que se conocieran los dos hermanos, ahora temía más un encuentro entre Etienne y Maximilien que entre Etienne y su padre. Maximilien sólo creía en el mal. Seguro odiaría el día en que su hermano volviera a pedir sus derechos ignorados y lo arrojaría al mar poniéndole una piedra en el cuello. Jamás un hijo fue tan irrespetuoso con su madre. En cuanto tuvo conciencia, se dio cuenta de la poca estima que el duque tenía por su mujer. Si el viejo gobernador conservaba algunas apariencias en sus modales con la duquesa, Maximilien, poco controlado por su padre, causaba mil penas a su madre. También Bertrand velaba de manera incesante para que Maximilien jamás viera a Etienne, cuyo nacimiento además fue escondido con cuidado. Todas las personas del castillo odiaban con el corazón al marqués de Saint-Sever, nombre que distinguía a Maximilien. Los que sabían de la existencia del primogénito lo veían como un vengador que Dios tenía reservado. Por lo tanto, el destino de Etienne era dudoso ¿tal vez sería perseguido por su hermano! La pobre duquesa no tenía parientes a los cuales pudiera confiar la vida ni los intereses de su querido hijo. ¿Etienne acusaría a su madre, cuando, bajo la púrpura romana, quisiera ser padre de familia? Estos pensamientos y su vida melancólica y llena de dolores secretos eran como una larga enfermedad atenuada por un dulce régimen. Su corazón exigía los miramientos más hábiles, pero los que lo rodeaban eran inexpertos en cariños. ¿Qué corazón de madre no sufriría al ver al primogénito, hombre de cabeza y de corazón en quien se revelaba un hermoso genio, despojado de sus derechos, mientras que el menor, rufián sin ningún talento ni siquiera militar, era encargado de portar la corona ducal y perpetuar la familia? La casa de Hérouville renegaba de su gloria. Incapaz de maldecir, la dulce Jeanne de Saint-Savin sólo bendecía y lloraba, pero muchas veces levantaba los ojos al cielo como pidiendo cuentas de esta extraña decisión. Sus ojos se llenaban de lágrimas al pensar que a su muerte el hijo quedaría completamente huérfano y sería el blanco de las brutalidades de un hermano sin fe ni ley. Tantas sensaciones reprimidas, un primer amor inolvidable, los dolores incomprensibles (porque callaba sus más vivos sufrimientos a su querido hijo), sus

alegrías siempre turbias, sus penas incesantes, todo había debilitado los principios de la vida y desarrollado en ella una enfermedad de languidez que, lejos de irse atenuando, cada día tomó una nueva fuerza. En fin, un último impacto activó la tuberculosis de la duquesa: trató de hablar con el duque sobre la educación de Maximilien y fue rechazada, no pudo poner ningún remedio a las detestables semillas que germinaban en el alma de este niño. Entró en un periodo de decadencia tan visible, que Beauvouloir fue promovido como médico de la casa de Hérouville y del gobernador de Normandía. Así, el antiguo curandero tuvo que vivir en castillo. En esa época, estos puestos pertenecían a eruditos que ahí encontraban el tiempo y las oportunidades necesarias para la realización sus trabajos y los honorarios indispensables para su vida estudiosa. Beauvouloir deseaba desde hace algún tiempo esta posición, porque su saber y su fortuna le habían valido numerosos y feroces enemigos. A pesar de la protección de una gran familia a la cual daba servicio, recientemente había sido implicado en un proceso criminal. La duquesa pidió al gobernador de Normandía que interviniera y detuviera las persecuciones. El duque no se arrepintió de la brillante protección que le concedió al antiguo curandero: Beauvouloir salvó al marqués de Saint-Sever de una enfermedad tan peligrosa que nadie había podido curarla, los otros médicos habían fracasado. Pero la herida de la duquesa estaba demasiado lejos de ser sanada. Sobre todo cuando ya no pudo salir de su habitación. Cuando los sufrimientos dejaron entrever un fin cercano a este ángel, la muerte transportó las sombrías predicciones del futuro.

“¿Qué será de mi pobre hijo sin mí?” Pensaba cada hora como un faro a la orilla del mar.

En fin, cuando tuvo que quedarse en cama, la duquesa se inclinó hacia la tumba porque fue privada de su hijo, a quien la cabecera de su madre estaba prohibida por el pacto al que debía la vida. El dolor de Etienne fue igual de grande. Inspirado por el genio particular de los sentimientos reprimidos, creó el más místico de los lenguajes para poder entretenerse con la duquesa. Estudió los recursos de su voz como la más hábil de las cantantes de ópera y, cuando Beauvouloir le indicaba con alguna señal

que estaba sola, venía a cantarle con una voz melancólica bajo la ventana. En otro tiempo, de pequeño, consoló a su madre con sonrisas inteligentes, ahora, convertido en poeta, la acariciaba con las más suaves melodías.

–¡Esos cantos me hacen vivir! –decía la duquesa a Beauvouloir aspirando el aire animado por la voz de Etienne.

Finalmente llegó el momento en que empezó un gran duelo para el hijo maldito. Ya muchas veces había encontrado misteriosas correspondencias entre sus emociones y los movimientos del océano. La adivinación de los pensamientos de la materia oculta que le había dado su ciencia, volvía este fenómeno más elocuente para él que para cualquier otro. En la fatal noche donde vio a su madre por última vez, el océano se agitó con movimientos extraordinarios. Las aguas mostraban una mar que trabajaba de forma intestinal, se hinchaba con grandes olas que venían a expirar con ruidos lúgubres, parecidos a los aullidos de angustia de los perros. Etienne se sorprendió y exclamó:

–¿Qué me querrá decir? ¡Se estremece y se queja como una criatura viva! Mi madre muchas veces me contó que el océano era presa de horribles convulsiones durante la noche en que nació. ¿Qué me irá a pasar?

Este pensamiento le hizo permanecer de pie en la ventana de su cabaña, los ojos a veces sobre la ventana de su madre donde titilaba una luz, a veces sobre el océano que seguía gimiendo. De repente Beauvouloir golpeó con suavidad, abrió y mostró sobre su figura ensombrecida el reflejo de una desgracia.

–Mi señor, dijo, madame la duquesa se encuentra en un estado tan triste que quiere verlo. Ya tomamos todas las precauciones para que no le ocurra ningún mal en el castillo, pero es necesaria mucha prudencia, pasaremos por la recámara de Mi señor, ahí donde usted nació.

Estas palabras hicieron brotar lágrimas de los ojos de Etienne y gritó:

–¡El océano me habló!

De forma mecánica, se dejó conducir hasta la puerta de la torre por donde subió Bertrand la noche en que la duquesa dio a luz al hijo maldito. El escudero se

encontraba allí con una linterna en la mano. Llegaron a la gran biblioteca del cardenal de Hérouville, Etienne permaneció con Beauvouloir mientras que Bertrand abría las puertas y se cercioraba de que el hijo maldito pudiera pasar sin peligro. El duque no se despertó. Avanzando con pasos ligeros, Etienne y Beauvouloir sólo escuchaban en este inmenso castillo el débil lamento de la moribunda. Así, las circunstancias que acompañaron el nacimiento de Etienne se volvían a presentar en la muerte de su madre. Misma tormenta, mismas angustias, mismo miedo de despertar al gigante sin piedad, que esta vez dormía. Para evitar una desgracia, el escudero tomó a Etienne del brazo y atravesó la recámara de su temible amo, decidido a darle cualquier pretexto sacado del estado en que se encontraba la condesa, si era sorprendido. Etienne tenía el corazón horriblemente oprimido por el miedo que cobraba vida en estos dos fieles sirvientes; pero la emoción lo preparó para el espectáculo que se ofrecía a su mirada en esta recámara señorial, a la que regresaba por primera vez después del día que lo desterró la maldición paterna. Sobre esta gran cama a la que nunca se acercó la alegría, buscó a su bien amada y la encontró con gran pesar, estaba tan consumida. Blanca como sus encajes, sólo con un último suspiro que exhalar, juntó sus fuerzas para tomar las manos de Etienne y quiso darle toda su alma en una larga mirada, como antaño Chaverny le había legado toda su vida en un adiós. Beauvouloir y Bertrand, el hijo y la madre, el duque dormido, se encontraban reunidos otra vez. Mismo lugar, misma escena, mismos actores, pero dolor fúnebre en lugar de alegrías de maternidad, la noche de la muerte en vez del día de la vida. En este momento, el huracán anunciado desde la puesta del sol por los lúgubres aullidos del mar, se soltó de repente.

—Querida flor de mi vida —dijo Jeanne de Saint-Savin besando a su hijo en la frente—, fuiste arrancado de mi seno en medio de una tormenta y es por una tormenta que me separo de ti. Entre estas dos tempestades todo fue borrasca, salvo las horas que te vi. Hasta mi última alegría se combina con mi último dolor. Adiós mi único amor, adiós bella imagen de dos almas reunidas, adiós mi sola alegría, mi alegría pura, ¡adiós mi amor!

–Déjame seguirte –dijo Etienne que se había acostado sobre la cama de su madre.

–¡Sería tan maravilloso, un mejor destino! –exclamó. Dos lágrimas corrieron sobre sus mejillas lívidas porque, como en otro tiempo, su mirada parecía leer el futuro–. ¿Nadie lo vio? –preguntó a sus dos sirvientes. En ese momento el duque se movió en su cama y todos se estremecieron–. ¡Hasta en mi última alegría mezcla su existencia! –dijo la condesa–. ¡Llévenselo! ¡Llévenselo!

–Madre mía, ¡prefiero verte más tiempo y morir! –dijo el pobre hijo desvaneciéndose sobre la cama.

A una señal de la duquesa, Bertrand tomó a Etienne entre sus brazos, lo dejó ver por última vez a la madre que lo besó con una última mirada, y se dispuso el deber de transportarlo, esperando una nueva orden de la moribunda.

–Quiéranlo bien –dijo al escudero y al curandero– porque no le veo otros protectores que ustedes y el cielo.

Advertida por un instinto inequívoco en las madres, había notado la profunda piedad que tenía el escudero por el primogénito de la casa poderosa a la que veneraba como los judíos a la Ciudad Santa. En cuanto a Beauvoulour, el pacto entre la duquesa y él se había firmado desde hace mucho tiempo. Estos dos sirvientes, conmovidos de ver a su ama forzada a legarles este noble niño, prometieron con un gesto sagrado ser la providencia de su joven amo y la madre tuvo fe en este compromiso.

La duquesa murió en la mañana, horas después, algunos sirvientes la lloraron y por todo discurso sobre su tumba dijeron era una *amable mujer caída del paraíso*.

Etienne fue presa del más intenso, el más duradero de los dolores, silencioso además. Ya no corrió a través de los peñascos, ya no sintió fuerzas para leer ni cantar. Permaneció días enteros agazapado en el hueco de una roca, indiferente a las inclemencias del aire, inmóvil, pegado al granito, parecido a uno de los musgos que ahí crecían. Lloraba pocas veces, más bien estaba perdido en un sólo pensamiento, inmenso, infinito como el océano, que tomaba mil formas, se volvía terrible, tormentoso, calmado. Esto fue más que un dolor, fue una vida nueva, una irrevocable

y destinada vida hecha para que esta bella criatura no volviera a sonreír. Era una pena parecida a la sangre arrojada en el agua corriente que tiñe por un momento el oleaje. La ola, al renovarse, restaura la pureza de su superficie, pero en el caso de Etienne, la fuente misma fue adulterada y cada ola de tiempo le traía una dosis de amargura.

En sus viejos días, Bertrand había conservado la intendencia de las caballerizas para no perder el hábito de ser una autoridad en la casa. Su hogar se encontraba cerca de la cabaña donde se aislaba Etienne, de manera que podía cuidarlo con la persistencia del cariño y la astuta simplicidad que caracterizan a los viejos soldados. Se despojaba de toda su rudeza para hablar con el pobre niño. En los tiempos de lluvia, lo sacaba de su ensueño con dulzura para llevarlo a casa. Puso su propio amor para reemplazar a la duquesa de manera que el niño encontrara, si no el mismo amor, por lo menos las mismas atenciones. Esta piedad se parecía a la ternura. Etienne aceptó sin queja ni resistencia los cuidados del sirviente; pero había demasiados vínculos rotos entre el hijo maldito y las otras criaturas, como para que el afecto pudiera renacer en su corazón. Se dejó proteger de manera automática porque se volvió una especie de criatura intermedia entre el hombre y la planta, o tal vez entre el hombre y Dios. Con qué comparar a un ser que desconocía las leyes sociales, los falsos sentimientos del mundo y que conservaba una inocencia fascinante y sólo obedecía al impulso de su corazón. A pesar de su sombría melancolía, pronto sintió la necesidad de amar, de tener otra madre, otra alma con él; pero separado de la civilización por una barrera de hierro, era difícil que encontrara un ser que se hubiera convertido en flor como él. A fuerza de buscar otro ser al que le pudiera confiar sus pensamientos y su vida pudiera volverse la suya, terminó por entenderse con el océano. La mar se convirtió para él en un ser animado, pensante. Siempre en presencia de esta inmensa creación cuyas maravillas escondidas contrastaban enormemente con las de la tierra, descubrió ahí la razón de múltiples misterios. Familiarizado desde la cuna con el infinito de estos húmedos campos, la mar y el cielo le decían admirables poesías. Para él todo era variedad en este gran cuadro tan monótono en apariencia. Como todos los hombres en donde el alma domina el cuerpo, tenía una vista aguda y podía vislumbrar a

enormes distancias, con una admirable facilidad y sin fatiga, los matices más fugitivos de la luz, los temblores más efímeros del agua. Con una calma perfecta, encontraba múltiples tonos en la mar que, parecida a una cara de mujer, tenía entonces fisonomía, sonrisas, ideas, caprichos; allá verde y sombría, aquí riendo en su azur, a veces uniendo sus líneas brillantes con los resplandores indecisos del horizonte, otras balanceándose con un aire dulce bajo las nubes anaranjadas. Se encontraba con unas fiestas magníficas suntuosamente celebradas al ponerse el sol, cuando el astro vertía sus colores rojos sobre el oleaje como un manto púrpura. Para él, la mar estaba alegre, de buen humor, viva, espiritual en medio del día, cuando temblaba repitiendo el brillo de la luz con sus mil matices brillantes. Cuando calmada y triste, reflejaba un cielo gris cargado de nubes, le revelaba asombrosas melancolías que lo hacían llorar. Había entendido los lenguajes mudos de esta inmensa creación. El flujo y reflujo era como una respiración melodiosa donde cada suspiro le peinaba un sentimiento y él comprendía el íntimo significado. Ningún marino, ningún sabio habría podido predecir mejor que él la menor cólera del océano, el más ligero cambio de su cara. Por la forma en que el oleaje venía a morir sobre la costa adivinaba las marejadas, las tormentas, los chaparrones, la fuerza de las mareas. Cuando la noche extendía su velo sobre el cielo, todavía veía a la mar bajo los fulgores crepusculares y conversaba con ella, participaba de su fecunda vida, sentía en su alma una verdadera tempestad cuando se enojaba, respiraba su cólera en sus agudos silbidos, corría con las enormes olas que se rompían en mil franjas líquidas sobre los peñascos, se sentía intrépido y terrible como ella, y saltaba con unas vueltas prodigiosas, vigilaba sus silencios tristes, imitaba sus clemencias repentinas. En fin, se había casado con la mar, era su confidente y su amiga. En la mañana, cuando caminaba sobre los peñascos o recorría las arenas finas y brillantes de la playa, reconocía su espíritu por una simple mirada; veía los paisajes y planeaba sobre la gran cara de las aguas, como un ángel venido del cielo. Si los vapores blancos, felices, traviesos, le arrojaban una red fina, como el velo en el rostro de una novia, él seguía las ondulaciones y los caprichos con una alegría de amante, encantado de encontrarla en la mañana coqueta como una mujer que se

levanta todavía toda dormida, como un marido que vuelve a ver la belleza en su joven esposa y le causa placer. Su pensamiento, casado con esta gran razón divina, lo consolaba en su soledad, y los mil chorros de su alma habían poblado su estrecho páramo de sublimes fantasías. En fin, terminó por adivinar en todos los movimientos de la mar su relación íntima con los engranajes celestes y entreveía la naturaleza en su armonioso conjunto, desde la brizna de hierba hasta los astros errantes que intentaban, como semillas transportadas por el viento, plantarse en el firmamento. Puro como un ángel, virgen de las ideas que degradan a los hombres, ingenuo como un niño, vivía como una gaviota, como una flor, sólo abundante de tesoros otorgados por una imaginación poética, por una ciencia divina de la que sólo contemplaba la fecunda superficie. ¡Increíble mezcla de dos creaciones! A veces se elevaba hasta Dios con la oración, a veces bajaba humilde y resignado hasta la pacífica alegría de la bestia. Para él, las estrellas eran las flores de la noche, el sol un padre, los pájaros sus amigos. En todo ponía el alma de su madre; muchas veces la veía en las nubes, le hablaba y en verdad se comunicaban por visiones celestes; ciertos días escuchaba su voz, admiraba su sonrisa, en fin, ¡había días en los que no la había perdido! Dios parecía haberle dado el poder de los ancianos solitarios, dotarlo de una sensibilidad interior perfeccionada que penetraba el espíritu de las cosas. Fuerzas morales inauditas le permitían ir más adelante que los otros hombres en los secretos de obras inmortales. Sus añoranzas y dolor eran como vínculos que lo unían al mundo de los espíritus; allí iba armado de su amor para buscar a su madre, realizando así, con los sublimes acordes del éxtasis, la simbólica empresa de Orfeo. Se lanzaba al futuro o al cielo, como cuando desde su peñasco volaba sobre el océano de una línea del horizonte hasta la otra. También, muchas veces, cuando estaba agazapado al fondo de un hoyo profundo, redondeado de forma caprichosa en un fragmento de granito y cuya entrada tenía la estrechez de una madriguera, cuando, dulcemente iluminado por los rayos calientes del sol que pasaba por las fisuras y le mostraban los hermosos musgos marinos que decoraban este refugio, verdadero nido de algún pájaro de mar, ahí, seguido, un sueño involuntario se apoderaba de él. El sol, su soberano, le decía el

tiempo que había dormido midiendo los paisajes de agua, las arenas doradas y las conchas que habían desaparecido. Por medio de una luz brillante como la del cielo, admiraba las ciudades inmensas de las que hablaban sus libros, miraba con asombro, pero sin envidia, las avenidas, reyes, batallas, hombres, monumentos. Este sueño en pleno día siempre le hacía más queridas sus dulces flores, sus nubes, su sol, sus bellos peñascos de granito. Para unirlo más a su vida solitaria, un ángel parecía revelarle los abismos del mundo moral y los choques terribles de las civilizaciones. Sentía que su alma, pronto rasgada a través de esos océanos de hombres moriría destrozada como una perla que, a la entrada real de una princesa, cae desde lo alto de su peinado hasta el lodo de una calle cualquiera.

La muerte del hijo

En 1617, veintitantos años después de la horrible noche en la que llegó Etienne al mundo, el duque de Hérouville, entonces de setenta y seis años, viejo, decrepito, casi muerto, estaba sentado en un inmenso sillón a la puesta del sol, delante de la ventana ojival de su recámara, lugar donde antaño la condesa pidió en vano, con sonidos perdidos en los aires, el auxilio de los hombres y del cielo. Usted diría que se trataba de una verdadera ruina humana cercana a la tumba. Su figura enérgica, despojada de su aspecto siniestro por el sufrimiento y la edad, tenía un color pálido como sus largos mechones de cabello blanco que caían alrededor de la cabeza calva, cuyo cráneo parecía frágil. La guerra y el fanatismo todavía brillaban en sus ojos amarillos, aunque suavizados por un sentimiento religioso. La devoción arrojaba un color monástico sobre este rostro, antaño tan duro y marcado ahora de tintes que endulzaban la expresión. Los reflejos de la puesta del sol coloreaban con un dulce y rojo resplandor esta cabeza todavía vigorosa. El cuerpo debilitado envuelto en ropa café, la posición pesada, la privación de todo movimiento, terminaban de representar la existencia monótona, el descanso terrible de este hombre que en otra época fuera tan emprendedor, tan odioso, tan activo.

—¡Suficiente! —dijo a su capellán.

De pie, un venerable anciano leía el Evangelio delante del amo en una actitud respetuosa. El duque, parecido a esos viejos leones de colección que llegan a una decrepitud todavía llena de majestad, se volteó hacia otro hombre de cabello blanco, y le tendió un brazo raquítico, cubierto de pelos escasos, todavía nervioso, pero sin vigor.

—¡Usted, curandero! —gritó—. Vea cómo me encuentro hoy.

—Todo bien, mi señor, ya se detuvo la fiebre. Todavía vivirá muchos años.

—Quisiera ver a Maximilien aquí —prosiguió el duque dejando escapar una sonrisa de placer—. ¡Ese valiente hijo mío! Ahora dirige una compañía de arcabuceros

para el rey. El mariscal de Ancre ha tenido cuidado de mi muchacho, y nuestra graciosa reina Maria piensa emparentarlo de manera adecuada ahora que es duque de Nivron. Entonces, mi apellido será continuado con dignidad. El chico ha hecho prodigios de valor en el ataque...

En ese momento llegó Bertrand, con una carta en la mano.

–¿Qué es eso? –dijo con rapidez el viejo señor.

–Un comunicado traído por un emisario que le envía el rey –respondió el escudero.

–¡El rey y no la reina madre! –gritó el duque–. ¿Qué pasará? ¡Seguro los Hugonotes retomaron las armas! ¡Maldita sea! –prosiguió el duque levantándose y arrojando una mirada resplandeciente sobre los tres ancianos–. Armaré de nuevo a mis soldados y con Maximilien a mi lado, Normandía...

–Siéntese, mi buen señor –dijo el curandero inquieto de ver al duque exponerse a una fanfarronería peligrosa para un convaleciente.

–Lea maestro Corbineau –dijo el anciano tendiendo el comunicado a su confesor.

Estas cuatro personas formaban un cuadro lleno de enseñanzas para la vida humana. El escudero, el sacerdote y el médico, encanecidos por los años, los tres de pie delante de su amo sentado en su sillón, se lanzaban uno al otro miradas pálidas, traduciendo las ideas que terminarían por apoderarse del hombre al borde de la tumba. Fuertemente iluminados por un último rayo de sol poniente, estos hombres silenciosos componían un cuadro sublime de melancolía y fértil en contrastes. La recámara sombría y solemne, donde nada había cambiado desde hacía veinticinco años, enmarcaba bien esta página poética, llena de pasiones extintas, entristecida por la muerte, ocupada con la religión.

–Por orden del rey asesinaron al mariscal de Ancre sobre el puente de Louvre... y además ¡oh! ¡Dios mío!

–¡Termina! –gritó el señor.

–Mi señor el duque de Nivron...

–¿Qué? ¿Qué?

–¡Está muerto!

El duque agachó la cabeza sobre su pecho, suspiró profundamente y permaneció mudo. En ese momento, con ese suspiro, los tres ancianos se miraron. Les pareció que la ilustre y opulenta casa de Hérouville desaparecía delante de ellos como un barco al naufragar.

–El amo de las alturas –prosiguió el duque lanzando una terrible mirada hacia el cielo– es muy ingrato conmigo. ¡No recuerda las hazañas que hice por su santa causa!

–Más bien se está vengando –dijo el padre con voz grave.

–¡Encierren a ese hombre en el calabozo! –gritó el señor.

–Puede callarme, pero no podrá tranquilizar a su conciencia.

El duque de Hérouville seguía pensativo.

–¡Mi casa desaparecerá! ¡Mi nombre se apagará! ¡Quiero casarme, tener un hijo! –dijo después de una pausa larga.

Por más aterradora que fuera la expresión de desesperación pintada sobre el rostro del duque de Hérouville, el curandero no pudo ocultar una sonrisa. En ese momento, un canto fresco como el aire de la tarde, tan puro como el cielo, simple como el color del océano, dominó el murmullo de la mar y se elevó para cautivar la naturaleza. La melancolía de esta voz, la melodía de sus letras se propagaba en el alma como un perfume. La armonía subía por las nubes, llenaba los aires, derramando un alivio sobre todos los dolores, o más bien, los consolaba al expresarlos. La voz se unía al ruido de las aguas con una perfección tan rara que parecía salir del interior del oleaje. Este canto fue más dulce para los ancianos que la más tierna palabra de amor para una joven, traía tantas religiosas esperanzas que resonó en sus corazones como una voz salida del cielo.

–¿Qué es eso? –preguntó el duque.

–El pequeño “ruiseñor” que canta –dijo Bertrand–, no todo está perdido, ni para él ni para nosotros.

–¿A quién le dicen “ruiseñor”?

–Es el nombre que le dimos al primogénito de mi señor –respondió Bertrand.

–¡Mi hijo! –exclamó el anciano–. Así que tengo un hijo, algo que lleva mi nombre y puede perpetuarlo.

Se irguió sobre sus pies y caminó en su recámara con un paso alternativamente lento y rápido. Después, con una señal de autoridad hizo salir a sus sirvientes, excepto al padre.

A la mañana siguiente, el duque apoyado sobre su viejo escudero iba a lo largo de la playa, a través de los peñascos buscando al hijo que antaño había maldecido. Lo vio de lejos, agazapado en una grieta de granito, tendido al sol sin preocupaciones, con la cabeza sobre una mata de hierbas finas y los pies recogidos bajo el cuerpo. Etienne parecía una golondrina en reposo. En cuanto el gran anciano se mostró en la orilla de la mar y el ruido de sus pasos amortiguados por la arena resonaron débilmente mezclándose con la voz del oleaje, el joven volteó la cabeza, lanzó un grito de pájaro sorprendido y desapareció en el mismo granito, como cuando un ratón se esconde de forma tan ágil en su madriguera que uno termina por dudar si en verdad lo vio.

–¡Maldita sea! ¿Dónde se metió? –exclamó el señor llegando a la roca sobre la que estaba su hijo.

–Ahí –dijo Bertrand mostrando una fisura estrecha cuyos bordes habían sido erosionados por la repetida embestida de las mareas altas.

–Etienne ¡mi hijo bien amado! –exclamó el anciano.

El hijo maldito no respondió. Durante la mañana el viejo duque suplicó, amenazó, rugió, imploró de manera sucesiva sin obtener respuesta. A veces se quedaba callado, pegaba la oreja a la grieta, y su débil oído sólo le permitía escuchar el sordo latido del corazón de Etienne, cuyas pulsaciones precipitadas resonaban sobre la bóveda sonora.

–Al menos está vivo –dijo el anciano con un tono de voz doloroso.

Al mediodía, el padre en su desesperación recurrió a los ruegos.

–Etienne –le decía–, mi querido Etienne, ¡Dios me castigó por haberte desconocido! ¡Me quitó a tu hermano! Hoy tú eres mi único hijo. Te amo más de lo que me amo a mi mismo. Reconozco mi error, sé que en tus venas en verdad corre mi sangre y la de tu madre, cuya desgracia fue mi culpa. Ven, me esforzaré por hacerte olvidar mis errores, amándote por todo lo que he perdido. Etienne, ya eres duque de Nivron y después de mí, serás duque de Hérouville, par de Francia, caballero de las Órdenes y de la Toisón de Oro,⁶ capitán de cientos de hombres de armas, gran bailío de Bessin, gobernador de Normandía para el rey, señor de veintisiete dominios donde se cuentan sesenta y nueve pueblos, marqués de Saint-Sever. Tendrás por mujer a la hija de un príncipe, serás el jefe de la casa de Hérouville. ¿Quieres matarme de tristeza? ¡Ven, ven por favor! O seguiré arrodillado aquí, delante de tu retiro, hasta que te vea. Tu viejo padre te ruega y se humilla delante de su hijo como si fuera Dios mismo.

El hijo maldito no prestó atención a ese lenguaje lleno de ideas sociales, de vanidades que no comprendía y volvió a encontrar en su alma invisibles impresiones de terror. Permaneció mudo, entregado a angustias horribles. Ya para la tarde, el viejo señor, después de haber agotado todas las fórmulas del lenguaje, todos los recursos del ruego y los acentos del arrepentimiento, fue golpeado por una especie de contrición religiosa. Se arrodilló sobre la arena e hizo esta promesa:

–Juro construir una capilla a San Juan y a San Etienne, patronos de mi mujer y mi hijo, oficiar cien misas en honor a la Virgen, si Dios y los santos me dan el afecto de Mi señor duque de Nivron, ¡mi hijo aquí presente!

Permaneció en una humildad profunda, con las manos juntas, arrodillado... y rezó. Pero al no aparecer su hijo, la esperanza de su nombre, gruesas lágrimas salieron de sus ojos tanto tiempo secos y rodaron a lo largo de sus mejillas marchitas. En ese momento, Etienne que ya no escuchaba nada, salió de su grieta como una joven

⁶ Una de las órdenes de caballería más importantes y antiguas de Europa.

serpiente hambrienta de sol, vio las lágrimas de ese anciano abatido, reconoció el lenguaje del dolor, tomó la mano de su padre y la besó diciendo con una voz de ángel:

–Oh, madre mía, ¡perdona!

En la fiebre de la alegría, el gobernador de Normandía cargó en sus brazos a su enfermizo heredero que temblaba como una niña secuestrada. Sintiéndolo palpitar, se esforzó por tranquilizarlo besándolo con las precauciones que tomaría para manipular una flor, encontró las dulces palabras que jamás supo pronunciar.

–¡Verdadero Dios, te pareces a mi pobre Jeanne, querido hijo! –le decía. Enséñame todo lo que te gusta, te daré todo lo que desees. ¡Serás fuerte! ¡Pórtate bien! Te enseñaré a montar a caballo sobre una yegua dulce y gentil porque eres dulce y gentil. Nada te contrariará. ¡Maldita sea! A tu alrededor todo se doblará como juncos bajo el viento. Te daré un poder sin límites. Yo mismo te obedeceré como al Dios de la familia.

Pronto, el padre entró con su hijo a la recámara señorial donde había transcurrido la triste vida de la madre. De repente, Etienne se apoyó cerca de la ventana donde había comenzado a vivir, desde donde su madre le hacía señales para anunciarle la partida del perseguidor que ahora, sin que todavía supiera la razón, se convertía en su esclavo. Parecía una de esas gigantescas criaturas que el poder de un hada ponía a las órdenes de un joven príncipe. Esta hada era el Feudalismo. Al volver a ver la recámara melancólica con unos ojos acostumbrados a mirar el océano, brotaron las lágrimas. Los recuerdos de su gran desgracia mezclados a las melodiosas memorias de los placeres que disfrutó con el único amor que le fue permitido, el materno, se abalanzaron al mismo tiempo sobre su corazón y desarrollaron una especie de poema delicioso y terrible a la vez. Las emociones de este joven acostumbrado a vivir en las contemplaciones del éxtasis, así como otros se dedican a las agitaciones del mundo, no se parecían a ninguna de las emociones habituales en los hombres.

–¿Vivirá? –se preguntó el anciano asombrado por la debilidad de su heredero, sorprendido por contener su respiración sobre él.

–Sólo podré vivir aquí –respondió Etienne que lo había escuchado.

–Pues no se hable más, ésta será tu recámara.

–¿Qué pasa? –dijo el joven de Hérouville escuchando a unos comensales en el castillo. El duque, sin dudar de su éxito, había convocado a todos para presentarles a su hijo en la sala de guardias.

–Ven, le respondió su padre tomándolo de la mano y llevándolo al gran salón.

En esta época, un duque y par posicionado como el duque de Hérouville, teniendo cargos y gobiernos, llevaba el tren de vida de un príncipe. Los cadetes de familia eran felices de servirlo, tenía una casa y unos oficiales; el primer teniente de su compañía de ordenanza era para él lo que ahora son los ayudantes de campo de un mariscal. Años más tarde, el cardenal de Richelieu tuvo escoltas. Muchos príncipes aliados a la casa real, los Guise, los Condé, los Nevers, los Vendôme habían tomado escuderos entre los hijos de las mejores casas, última tradición de la caballería extinta. Su fortuna y la antigüedad de su raza normanda indicada por su nombre (*herus villa* casa del líder) permitieron que el duque de Hérouville imitara la magnificencia de la gente que le era inferior como los de Epernon, los Luynes, los Balagny, los de O, los Zamet, percibidos en esa época como los advenedizos, pero que de todos modos vivían como príncipes. Por lo tanto, para el pobre Etienne, ver la congregación de gente unida al servicio de su padre fue un espectáculo imponente. El duque se subió a un solio romano colocado bajo un palio de madera tallada que tenían una plataforma elevada con unos escalones. Desde ahí, en algunas provincias, algunos señores todavía emitían fallos con sus derechos feudales (*châtellenies*), raros vestigios del feudalismo que desaparecieron bajo el reinado de Richelieu. Estas especies de tronos, parecidas a las cátedras o a las bancas de obra de las iglesias, se volvieron objetos de curiosidad. Cuando Etienne se encontró ahí, cerca de su viejo padre, se estremeció al sentirse el centro de atención de todos los ojos.

–No tiembles –le dijo el duque bajando la cabeza calva hasta la oreja de su hijo–, porque todos ellos son nuestra gente.

A través de la penumbra producida por la puesta del sol, cuyos rayos teñían de rojo las ventanas de este salón, Etienne veía al bailío, los capitanes y los tenientes de armas acompañados de algunos soldados, los escuderos, el capellán, los secretarios, el médico, el mayordomo, los alguaciles, el intendente, los capataces, los guardas de caza, toda la librea y los sirvientes. Aunque este mundo se mantenía en una actitud respetuosa controlada por el terror que inspiraba el viejo, incluso a la gente más notable que vivía bajo su mandato y en su provincia, se escuchaba un ruido sordo producido por una curiosa expectativa. Este ruido oprimió el corazón de Etienne, quien, por primera vez, experimentaba la influencia de la pesada atmósfera de un salón donde respiraba una congregación numerosa; sus sentidos, acostumbrados al aire puro y sano del mar, se afectaron con una rapidez que indicaba la delicadeza de sus órganos. Por algún defecto en la estructura de su corazón, una horrible palpitación lo agitó cuando su padre, obligado a mostrarse como un viejo león majestuoso, pronunció el siguiente discurso con una voz solemne: “Mis amigos, he aquí mi hijo Etienne, mi primogénito, mi presunto heredero, el duque de Nivron, a quien el rey confirmará sin duda los cargos de su difunto hermano. Se los presento para que lo reconozcan y lo obedezcan como a mí mismo. Les advierto que si uno de ustedes o alguien en la provincia que gobiernan, molesta al joven duque o lo lastima en lo que sea, más le valdría nunca haber salido del vientre de su madre. ¿Está claro? Regresen todos a su trabajo y que Dios los bendiga. El funeral de Maximilien de Hérouville se hará aquí, cuando traigan su cuerpo. La casa tomará el duelo durante ocho días. Después festejaremos la llegada al poder de mi hijo Etienne.”

—¡Viva mi señor! ¡Vivan los de Hérouville! —gritaban todos de manera que hacían mugir el castillo.

Los sirvientes llevaron antorchas para iluminar el salón. Estas aclamaciones, la luz y las sensaciones generadas por el discurso de su padre, unidas a las que ya había padecido, le causaron un desmayo completo, cayó sobre el sillón dejando su mano de mujer en la gran mano de su padre. Cuando el duque, que le había hecho una seña al teniente de su compañía para que se aproximara, dijo: “Bueno, barón de Artagnon,

estoy feliz de poder reparar mi pérdida ¡mire a mi hijo!” Sintió una mano fría, volteó a ver al duque de Nivron, lo creyó muerto y lanzó un grito de terror que asustó a la congregación.

Beauvouloir subió a la plataforma, tomó al joven entre sus brazos y se lo llevó diciendo a su amo:

–Usted lo mató por no prepararlo para esta ceremonia.

–Entonces, ¿no podrá tener hijos? –gritó el duque que seguía a Beauvouloir a la recámara señorial, donde el médico fue a acostar al joven heredero.

–¿Y bien, maestro? –preguntó el padre con ansiedad.

–No será nada –respondió el viejo sirviente, mostrando que Etienne se reanimaba con las gotas de un tónico que había servido sobre un terrón de azúcar, nueva y preciosa sustancia que los boticarios vendían a precio de oro.

–Toma, viejo pícaro –dijo el gran señor, tendiéndole su bolsa a Beauvouloir– y cuídalo como al hijo de un rey. Si muere por tu culpa, yo mismo te quemaré sobre una parrilla.

–Si usted continúa mostrándose violento, el duque de Nivron morirá por sus hechos –dijo brutalmente el médico a su amo–. Déjelo que duerma.

–Buenas noches mi amor –dijo el anciano, besando a su hijo en la frente.

–Buenas noches padre mío –contestó el joven cuya voz hizo estremecer al duque que por primera vez escuchaba de Etienne la palabra “padre.”

El duque tomó a Beauvouloir por el brazo, lo llevó a la sala vecina y lo empujó contra el vano de una ventana diciéndole:

–¡Esto, viejo pícaro, queda entre nosotros dos!

Esta palabra, que era la manera favorita del duque para dirigirse a alguien de forma amable, hizo sonreír al médico, que desde hacía mucho tiempo había dejado de ser curandero.

–Tú sabes que te aprecio –continuó el duque–. Dos veces asististe en el parto a mi pobre Jeanne, curaste a mi hijo Maximilien de una enfermedad, en fin, eres parte de mi casa. ¡Pobre muchacho! Lo vengaré, ¡me encargaré de aquel que me lo mató!

Todo el futuro de la casa de Hérouville está entonces en tus manos. Quiero casar a este niño sin tardar. Sólo tú puedes saber si hay oportunidad de encontrar en este engendro madera para hacer unos de Hérouville. Me entiendes. ¿Tú qué crees?

–Su vida a la orilla de la mar fue tan casta y pura que su naturaleza es más fuerte de lo que habría sido si viviera en este mundo. Pero un cuerpo tan delicado es el más humilde servidor del alma. Mi señor Etienne debe escoger por sí mismo a su mujer, ya que todo será obra de la naturaleza y no de sus deseos de tener un nieto. Amará ingenuamente y hará por su corazón lo que usted quiere que haga por su nombre. Dele a su hijo una gran dama, una yegua fácil de montar y se esconderá de nuevo en sus peñascos. ¡O peor! Si un terror intenso lo mata de un golpe seguro, yo creo que una felicidad demasiado súbita también lo fulminará. Para evitar esta desgracia, mi opinión es dejar que Etienne se comprometa solo, a su gusto, con comodidad, en el camino del amor. Escuche mi señor, aunque usted sea un gran y poderoso príncipe, no entiende nada de este tipo de cosas. Bríndeme su confianza entera, sin límites y tendrá un nieto.

–Si obtengo un nieto por el sortilegio que sea, te haré noble. Sí, aunque sea difícil, de viejo pícaro te convertirás en un hombre galante, serás Beauvouloir barón de Forcalier. Utiliza lo verde y lo seco, la magia blanca y negra, las novenas de la Iglesia y los encuentros del Sabbat, para que tenga un descendiente varón... y todo estará bien.

–Sólo hay un hechizo capaz de estropear todo –dijo Beauvouloir–: usted mismo mi señor. Lo conozco. Hoy quiere una descendencia a cualquier costo, mañana deseará poner las condiciones en las que debe venir este linaje y atormentará a su hijo.

–¡Dios me libre!

–Bueno, entonces vaya a la corte, donde las muertes y la emancipación del rey han puesto todo de cabeza, vengue a su hijo y consiga el bastón de mariscal que le prometieron. Permítame dirigir a mi señor Etienne. Pero deme su palabra de gentilhombre de aprobar lo que sea que haga.

El duque estrecho la mano del anciano en señal de una entera aprobación y se retiró al salón.

Cuando los días de un señor poderoso están contados, el médico es un personaje importante. No es de sorprender ver al anciano curandero tan familiar con el duque de Hérouville. Aparte de los vínculos ilegítimos con los que su matrimonio lo relacionaba a esta gran casa, el duque había puesto a prueba tantas veces la sensatez del sabio, que era uno de sus consejeros favoritos. Beauvouloir era el Coyctier de este Luis XI. Pero, sin importar lo valiosa que fuera su ciencia, el médico no tenía tanta influencia como la feudalidad sobre el gobernador de Normandía, quien siempre respiraba la ferocidad de las guerras religiosas. Además, el sirviente adivinó que los prejuicios del noble perjudicaban los deseos del padre. Como el gran médico que era, Beauvouloir comprendía que, en un ser delicadamente estructurado como Etienne, el matrimonio debía ser una lenta y dulce inspiración que le transmitiría nuevas fuerzas animándolo con el fuego del amor. Como lo había dicho, imponerle una mujer era matarlo. Se debía evitar sobre todo que este joven solitario se asustara del matrimonio (del cual no sabía nada) y que conociera el objetivo que preocupaba a su padre. Este poeta desconocido no reconocía más que la noble y bella pasión de Petrarca por Laura, de Dante por Beatriz. Como su madre, era todo amor puro y toda alma, había que darle la oportunidad de amar, esperar el acontecimiento y no exigirlo: en él, una orden secaría las fuentes de la vida.

El maestro Antoine Beauvouloir era padre, tenía una hija educada bajo unas condiciones que la hacían la mujer perfecta para Etienne. Los sucesos que volvieron presunto heredero de casa de Hérouville a un hijo destinado al cardenalato, fueron tan increíbles que Beauvouloir jamás notó la semejanza de destinos entre Etienne y Gabrielle. Fue una idea súbita inspirada por su dedicación a estos dos seres más que por su ambición. A pesar de sus conocimientos, su mujer murió al dar a luz una niña de salud tan frágil, que pensó que la madre había legado a su fruto las semillas de la muerte. Beauvouloir amó a su Gabrielle como todos los ancianos aman a su único hijo. Su ciencia y sus cuidados constantes dieron una vida artificial a esta débil

criatura, que cultivó como un florista cultiva una planta extraña. La apartó de todas las miradas en su dominio de Forcalier, donde la protegió contra los infortunios del tiempo gracias a la benevolencia general unida a un hombre al que todos debían un cirio y cuyo poder científico inspiraba una especie de terror respetuoso. Dedicándose a la casa de Hérouville, aumentó las inmunidades de las que disfrutaba en la provincia, y frustró las persecuciones de sus enemigos por su formidable posición al lado del gobernador. Pero cuando se vino a vivir al castillo, evitó traer a la flor que mantenía oculta en Forcalier, dominio más importante por las tierras que dependían de él que por la habitación, y con el que pensaba encontrarle a su hija un establecimiento conforme a sus perspectivas. Al prometer una descendencia al viejo duque y pedirle su palabra de aprobar su conducta, de repente pensó en Gabrielle, en esta dulce niña cuya madre había sido olvidada por el duque, como había olvidado a su hijo Etienne. Esperó la partida de su amo antes de poner su plan en marcha, previniendo que si el duque se enteraba, las enormes dificultades que se eliminarían con un resultado favorable, serían insuperables desde el principio.

La casa del maestro Beauvouloir estaba en medio de una de esas dulces colinas que rodeaban los valles de Normandía. Un bosque denso la envolvía al norte, unos muros elevados y unas barreras normandas de fosas profundas la hacían un recinto impenetrable. El jardín bajaba en una pendiente suave, hasta el río que regaba las hierbas del valle, ahí el alto talud formaba una plataforma natural. En esta barrera había un camino secreto, dibujado por las sinuosidades de las aguas, donde los sauces, hayas y robles se volvían frondosos como un sendero de bosque. Desde la casa hasta esta muralla natural, se extendían la vegetación particular de este rico país, hermosa capa sombreada por un lindero de árboles escasos, cuyos matices formaban un tapiz divinamente coloreado: allá, los tonos plateados de un pino se destacaban del verde oscuro de unos alisos; aquí, delante de un grupo de viejos robles, un esbelto álamo levantaba su palma, siempre agitada; más lejos, unos sauces llorones inclinaban sus hojas pálidas entre gruesos nogales de punta redonda. Este lindero permitía, sin sospechas a los rayos del sol, bajar a cualquier hora de la casa hacia la muralla. La

fachada delante de la cual se extendía la cinta amarilla de una explanada de arena, estaba sombreada por una línea de árboles en los que se enredaban las plantas trepadoras que echaban sus flores hasta las ventanas del primer piso en el mes de mayo. Sin ser vasto, este jardín parecía inmenso por la manera en que estaba dispuesto y sus puntos de observación, colocados con habilidad en las alturas del terreno, se combinaban con los del valle donde el ojo se paseaba libremente. Según los instintos de su pensamiento, Gabrielle podía entrar en la soledad de un estrecho espacio sin percibir otra cosa que un espeso césped y el azul del cielo entre las copas de los árboles, o planear sobre las más ricas perspectivas siguiendo los matices de líneas verdes, desde sus primeros planos tan brillantes hasta el fondo puro del horizonte, donde a veces se perdían en el océano azul del aire y otras, en las montañas de nubes que ahí ondulaban.

Cuidada por su abuela, atendida por su nana, Gabrielle Beauvouloir no salía de esta modesta casa más que para ir a la parroquia, cuyo campanario se veía en la cima de la colina, y donde la acompañaban siempre su abuela, su nana y el sirviente de su padre. Por lo tanto, había llegado a la edad de diecisiete años en la dulce ignorancia que la escasez de libros permitía a una niña, sin que pareciera extraordinaria en una época en que las mujeres instruidas eran raros fenómenos. Esta casa era como un convento, más la libertad, pero sin la obligación de los rezos. Ahí vivía bajo los ojos de una vieja mujer piadosa y la protección de su padre, el único hombre que había visto en su vida. Beauvouloir mantuvo con cuidado esta soledad profunda, exigida desde su nacimiento por la debilidad aparente de su constitución. A medida que Gabrielle crecía, los cuidados que le dieron y la influencia de un aire puro de verdad, fortalecieron su frágil juventud. Pero el sabio médico no se equivocaba al ver cómo los tonos nacarados que rodeaban los ojos de su hija se aclaraban, oscurecían o inflamaban dependiendo de sus emociones. La debilidad del cuerpo y la fuerza del alma se caracterizaban por indicios que su larga práctica le permitía reconocer. Además, la celestial belleza de Gabrielle le hacía temer las empresas tan comunes en una época de violencia y sedición. Mil razones aconsejaron a este buen padre para

intensificar la sombra y agrandar la soledad alrededor de su hija, cuya excesiva sensibilidad lo asustaba, una pasión, un rapto, un asalto cualquiera... la habrían matado. Aunque la niña se exponía raramente a los reproches, una palabra de reprimenda la conmocionaba, llegaba al fondo de su corazón y engendraba una melancolía meditativa que la hacía llorar por mucho tiempo. La educación moral de Gabrielle requirió tantos cuidados como la educación física. El viejo médico renunció a contarle las historias que encantan a los niños porque le dejaban impresiones muy fuertes. El hombre al que su larga práctica le había dado tanta sabiduría, puso atención en el desarrollo del cuerpo de su hija para suavizar los golpes que generaba un alma tan vigorosa. Como Gabrielle era toda su vida, su amor, su única heredera, jamás dudó en procurarle las cosas cuya participación debía llevar al resultado deseado. Excluía con cuidado los libros, cuadros, música y todas las creaciones del arte que podían despertar el pensamiento. Ayudado por su madre, interesó a Gabrielle por las obras manuales. La tapicería, la costura, los encajes, la cultura de las flores, los cuidados del hogar, la recolección de frutas, en fin, alimentaban el espíritu de esta encantadora niña con las ocupaciones más materiales de la vida. Beauvouloir le traía bellas ruelas para hilar, baúles bien trabajados, ricos tapices, cerámica de Bernard Palissy, cuadros, reclinatorios, sillas talladas y decoradas con telas preciosas, ropa blanca bordada, joyas. Con el instinto de la paternidad, el anciano siempre escogía sus regalos con adornos del caprichoso género llamado arabesco, que no habla a los sentidos ni al alma, sino que se dirige sólo al espíritu con las creaciones de la fantasía pura. Así, ¡cosa extraña! la vida que el odio de un padre ordenó a Etienne de Hérouville, el amor paternal de Beauvouloir la impuso a Gabrielle. En uno y otro de estos dos niños, el alma mataría al cuerpo. Sin una profunda soledad, ordenada por el azar en uno, querido por la ciencia en el otro, los dos podían sucumbir, éste con el terror, aquella con una fuerte emoción de amor. ¡Pero qué desgracia! En lugar de nacer en un país de aulagares y brezales, en el seno de una naturaleza seca de formas paradas y duras, que todos los grandes pintores han dado como fondo a sus vírgenes, Gabrielle vivía en un fecundo y exuberante valle. Beauvouloir no pudo destruir la armoniosa disposición

de la arboleda natural, el gracioso arreglo de las canastas de flores, la fresca suavidad de la alfombra verde, el amor expresado por el entrelazamiento de las plantas trepadoras. Estas poesías vivas tenían su lenguaje, más escuchado que comprendido por Gabrielle. Se dejaba ir en confusas ensoñaciones bajo las sombras, a través de las vagas ideas que surgían de sus admiraciones bajo un cielo azul y sus largos estudios de este paisaje observado en todos los aspectos que ahí imprimían las estaciones y las variaciones de una atmósfera marina, donde venía a morir la bruma de Inglaterra, donde comenzaba la claridad de Francia. En su espíritu se elevaba una lejana luz, una aurora que atravesaba las tinieblas en las que la mantenía su padre.

Beauvouloir no apartó a Gabrielle de la influencia del amor divino, así que añadía la adoración del Creador a la admiración de la naturaleza. Se lanzó en el primer camino abierto a los sentimientos femeninos: amaba a Dios, a Jesús, a la Virgen y a los santos, amaba la Iglesia y sus ceremonias, era católica a la manera de Santa Teresa, es decir, veía en Jesús un perfecto esposo, un matrimonio continuo. Pero Gabrielle se entregaba a esta pasión de las almas fuertes con una simplicidad tan conmovedora, que desarmaba la seducción más brutal con la infantil ingenuidad de su lenguaje.

¿A dónde conducía esta vida de inocencia? ¿Cómo instruir una inteligencia tan pura como el agua de un lago tranquilo que todavía no reflejaba más que el azul del cielo? ¿Qué imágenes dibujar sobre este lienzo en blanco? ¿Alrededor de cual árbol poner las campanillas de nieve floreciendo sobre esta enredadera? Jamás el padre se había hecho estas preguntas sin experimentar un escalofrío. En este momento, el buen sabio andaba muy lento sobre su mula, como si quisiera hacer eterna la ruta que llevaba del castillo de Hérouville a Ourscamp, nombre del pueblo cercano a su dominio de Forcalier. ¡El infinito amor que sentía por su hija lo hizo concebir un proyecto tan audaz! Sólo un hombre en el mundo podía hacerla feliz... Etienne. El hijo angelical de Jeanne de Saint-Savin y la cándida hija de Gertrude Marana eran dos creaciones gemelas. Cualquier otra mujer asustaría y mataría al presunto heredero de la casa de Hérouville, al igual que Gabrielle moriría con cualquier hombre cuyos sentimientos y formas exteriores no tuvieran la delicadeza virginal de Etienne. Si bien

es cierto que el pobre médico jamás imaginó esto, la casualidad se complacía y ordenaba este acercamiento. Pero bajo el reinado de Luis XIII, ¿atreverse a llevar al duque de Hérouville a casar a su único heredero con la hija de un curandero normando! Y sin embargo, sólo de este matrimonio podía resultar la descendencia que quería imperiosamente el viejo duque. La naturaleza había destinado a estos dos hermosos seres uno para el otro, Dios los había acercado por una increíble disposición de acontecimientos, mientras que las ideas humanas y las leyes ponían entre ellos abismos infranqueables. Aunque el anciano creía ver en esto el dedo de Dios, y a pesar de que el duque le dio su palabra, se angustiaba tanto pensando en las violencias de este carácter indómito, que regresó sobre sus pasos cuando llegó a la cima de la colina opuesta a la de Ourscamp y vio a lo lejos el humo que se elevaba de su techo por entre los árboles de su cercado. Se decidió por su ilegítimo parentesco, consideración que podía influir sobre el espíritu de su amo. Y además, una vez decidido, Beauvouloir tuvo confianza en los azares de la vida, tal vez el duque moriría antes del matrimonio. Además, tenía algunos ejemplos: una campesina de Dauphiné, Françoise Mignot, acababa de casarse con el mariscal del Hôpital; el hijo del condestable Anne de Montmorency se había casado con Diane (hija de Enrique II y de una dama piamontesa llamada Philippe Duc).

Mientras el amor paternal deliberaba, consideraba todas las probabilidades, discutía las buenas y las malas circunstancias y se esforzaba por vislumbrar el futuro sopesando los elementos, Gabrielle se paseaba en el jardín escogiendo flores para adornar los floreros de un ilustre alfarero que hizo con el esmalte lo que Benvenuto Cellini había hecho con los metales. Gabrielle había colocado este jarrón, decorado con animales en relieve, sobre una mesa en medio de la sala y lo llenó de flores para alegrar a su abuela, y tal vez también para dar una forma a sus propios pensamientos. El gran florero de cerámica de Limoges, estaba lleno, terminado, puesto sobre el rico tapiz de la mesa y Gabrielle le decía a su abuela: “¡Mire!” cuando entró Beauvouloir. La niña corrió a arrojarle a los brazos del padre. Luego de las primeras muestras de

cariño, Gabrielle quiso que el anciano admirara el ramo, pero después de verlo Beauvouloir le clavó una profunda mirada que la hizo sonrojarse.

–Es tiempo –se dijo al comprender el lenguaje de estas flores, donde sin duda, cada una fue tan estudiada en su forma y color que estaba bien puesta en su lugar, lo que producía un efecto mágico en el ramillete.

Gabrielle permaneció de pie, sin pensar en la flor comenzada sobre su telar. Al ver el aspecto de su hija, una lágrima rodó en los ojos de Beauvouloir, surcó sus mejillas que contraían con dificultad una seria expresión, y cayó sobre su camisa que (por la moda de la época con el jubón abierto sobre el vientre) se dejaba ver por encima de sus gregüescos. Arrojó su sombrero de fieltro adornado con una vieja pluma roja y acarició su cabeza calva. Contemplando de nuevo a su hija que preparaba la gran chimenea e iluminaba la dulce costura que era para él, bajo las vigas café de esta sala tapizada de cuero, decorada con muebles de ébano y doseles con gruesas telas de seda, el pobre hombre sintió las lágrimas en sus ojos y las secó. Un padre que ama a su hijo quisiera conservarlo siempre pequeño. Aquel que sin profundo dolor, ve pasar a su hija bajo la dominación de otro hombre, no sube a los mundos superiores, más bien baja a las especies ínfimas.

–¿Qué tiene, hijo mío? –dijo la vieja madre quitándose los lentes y buscando en la actitud, por lo general alegre, del buen hombre la razón del silencio que la sorprendía.

El viejo médico señaló con el dedo a su hija, la abuela asintió la cabeza con una señal de satisfacción, como para decir: ¡Es tan bonita!

Quién no hubiera experimentado la emoción de Beauvouloir al ver cómo la forma de vestir de la época dibujaba a la joven en este día fresco de Normandía. Gabrielle traía el corsé en pico por delante y cuadrado por detrás que casi todos los pintores italianos ponen en sus santas y madonas. Este elegante corselete de terciopelo azul cielo, tan hermoso como el de una mujer de agua, envolvía el cuerpo y la blusa de cuello alto, comprimiéndolos de manera que modelaba finamente las formas que parecía aplastar. Ceñía los hombros, la espalda y el talle con la precisión de un dibujo

hecho por el más hábil artista, y se terminaba alrededor del cuello en una abertura alargada adornada con un ligero bordado en seda color carmelita que dejaba la desnudez necesaria para mostrar la belleza de la mujer, pero no la suficiente para despertar el deseo. Un vestido café, que continuaba el trazo de las líneas prominentes por el cuerpo, caía hasta los pies formando delgados y aplanados pliegues. El talle era tan fino, que Gabrielle parecía más grande. Su brazo pequeño caía con la inercia que imprime en la actitud un pensamiento profundo. Así parada, presentaba el modelo vivo de las ingenuas obras maestras de arte estatuario cuyo gusto existía entonces, y que se recomienda admirar por la suavidad de las líneas rectas sin rigidez y por la exactitud de una figura que no excluye la vida. Jamás perfil de golondrina ofreció, al pasar rozando una ventana en la tarde, unas formas más elegantes. El rostro de Gabrielle era delgado sin ser plano. Sobre su cuello y frente corrían hilos azulados que dibujaban matices parecidos a los del ágata, mostrando la delicadeza de una tez tan transparente, que uno creería ver la sangre correr por sus venas. Esta blancura excesiva era débilmente teñida de rosa en las mejillas. Escondidos bajo un pequeño gorro de terciopelo azul bordado con perlas, sus cabellos rubios se desbordaban como dos ruseñores de oro a lo largo de sus sienes, y hacían bucles sobre los hombros que no alcanzaban a cubrir. El cálido color de esta cabellera de seda animaba la blancura resplandeciente del cuello y purificaba con su reflejo los contornos del rostro ya tan puro. Los ojos, grandes y como prensados entre unos párpados carnosos, estaban en armonía con la fineza del cuerpo y de la cabeza; el gris de perla tenía ahí brillantez sin intensidad, la pureza envolvía a la pasión. La línea de la nariz hubiera parecido fría como una lámina de acero, si no fuera por dos fosas aterciopeladas y rosas cuyos movimientos parecían en desacuerdo con la castidad de una frente soñadora, a menudo asombrada, a veces alegre y siempre con una augusta serenidad. En fin, una pequeña oreja alerta atraía la mirada al mostrar bajo el gorro, entre dos mechones de cabello, la gota de un rubí cuyo color contrastaba muy fuerte con la leche del cuello. Esta no era ni la belleza normanda donde abunda la carne; ni la belleza meridional donde la pasión agranda la materia; ni la belleza francesa, toda fugitiva como sus expresiones;

ni la belleza del Norte, melancólica y fría... Era la seráfica y profunda belleza de la Iglesia católica, a la vez flexible y rígida, severa y tierna.

–¿Dónde se encuentra una duquesa más bonita? –se preguntó Beauvouloir que disfrutaba ver a Gabrielle ligeramente inclinada y alargando el cuello para seguir el vuelo de un pájaro. Esta imagen sólo podía compararse con una gacela detenida para escuchar el murmullo del agua donde se va a refrescar.

–Ven a sentarte –dijo Beauvouloir dándose palmadas el muslo y haciendo a Gabrielle una señal que anunciaba una confidencia.

Gabrielle comprendió y fue. Se sentó sobre su padre con la ligereza de la gacela y pasó su brazo alrededor del cuello de Beauvouloir arrugándole la ropa.

–¿En qué piensas al recolectar estas flores? Nunca las habías arreglado con tanto amor.

–En muchas cosas –dijo ella–. Al admirar estas flores, que parecen hechas por los humanos, me pregunto ¿quién nos hizo a nosotros? ¿Cuáles son los seres que nos miran? Usted es mi padre, puedo decirle lo que pasa en mí, es hábil, me explicará todo. Siento en mí como una fuerza que quiere manifestarse, lucho contra algo. Cuando el cielo está gris, estoy medio contenta, triste, pero tranquila. Cuando el día está bonito, cuando las flores huelen bien y estoy en mi banca, bajo las madreselvas y los jardines, se levanta sobre mí algo parecido a olas que se estrellan contra mi quietud. Aparecen ideas que me golpean el espíritu y se escapan como los pájaros en la tarde por nuestras ventanas, sin que pueda detenerlos. Entonces, al hacer un ramo donde los colores se matizan como en un tapiz, donde el rojo invade al blanco, el verde y el café se cruzan, cuando ahí todo abunda, el aire juega, las flores chocan y se encuentran, cuando hay una mezcla de perfumes y de cálices, me siento feliz al reconocer que eso pasa en mí también. En la iglesia, cuando el órgano toca y el clero responde, cuando hay dos cantos distintos que se hablan, las voces humanas y la música, ¡ah! Estoy contenta, esa armonía me resuena en el pecho y rezo con un placer que me anima la sangre...

Escuchando a su hija, Beauvouloir la examinaba con el ojo de la astucia: su mirada parecía estúpida por la fuerza de sus pensamientos, igual que el agua de una cascada parece inmóvil. Levantaba el velo de carne que le escondía el juego secreto por el que el alma reacciona sobre el cuerpo, estudiaba los diversos síntomas que su larga experiencia había detectado en todas las personas confiadas a sus cuidados, y los comparaba con los de este cuerpo frágil cuyos huesos lo asustaban por su delicadeza, cuya tez de leche le asustaba por su poca consistencia. Se esforzaba por relacionar las enseñanzas de su ciencia con el destino de esta angélica niña y sentía vértigo de equivocarse, como si estuviera sobre un abismo. La voz tan vibrante y el pecho encantador de Gabrielle le preocupaban y se interrogaba después de haberla cuestionado.

—¡Sufres aquí! —exclamó al fin, impulsado por un último pensamiento en el que resumió su meditación. Ella inclinó la cabeza sin entusiasmo.

—¡Por la gracia de Dios! —dijo el anciano lanzando un suspiro. Te llevaré al castillo de Hérouville, ahí podrás darte unos baños en la mar que te fortalecerán.

—¿Es verdad padre mío? No se burle de su Gabrielle. Tengo tantos deseos de ver el castillo, los hombres de armas, los capitanes y a mi señor.

—Sí, hija mía. Tu nana y Jean te acompañarán.

—¿Será pronto?

—Mañana —dijo el anciano que se precipitó al jardín para ocultar su agitación.

—Dios es mi testigo —exclamó—. No actúo por ningún pensamiento ambicioso. Quiero salvar a mi hija y hacer feliz al pobre Etienne. ¡Ésos son mis únicos motivos!

Si se examinaba, en el fondo de su conciencia sentía una inextinguible satisfacción al saber que, con el éxito de su proyecto, un día Gabrielle sería la duquesa de Hérouville. Siempre hay un hombre en un padre. Se paseó largo tiempo, regresó para cenar, y disfrutó toda la noche mirar a su hija en el interior de la dulce y crepuscular poesía a la que estaba acostumbrada.

Antes de acostarse, cuando la abuela, la nana, el médico y Gabrielle se arrodillaron para hacer su oración común, dijo: “Dios, todos te suplicamos que bendigas mi empresa.”

La abuela, que conocía el propósito de su hijo, tenía los ojos húmedos por lo que le quedaba de lágrimas. La curiosa Gabrielle tenía el rostro rojo de felicidad. El padre temblaba, tanto miedo tenía de una catástrofe.

—Después de todo, ¡no te preocupes, Antoine! —le dijo su madre—. El duque no matará a su nieta.

—No —respondió—, pero puede obligarla a casarse con algún barón bruto que nos la lastime.

Al día siguiente, Gabrielle, montada sobre un burro, seguida de su nana a pie, su padre a horcajadas sobre su mula, y acompañada del sirviente que conducía dos caballos cargados de equipaje, se puso en camino hacia el castillo de Hérouville, donde la caravana llegaría a la caída del día. Con el fin de poder mantener este viaje en secreto, se dirigió por los caminos indirectos, partió de madrugada y llevó las provisiones para comer en el trayecto. Beauvouloir entró en la noche, sin ser visto por la gente del castillo, en la habitación que el hijo maldito había ocupado tanto tiempo. Ahí lo esperaba Bertrand, la única persona en la que confiaba. El viejo escudero ayudó al médico, a la nana y al sirviente a descargar los caballos, transportar el equipaje y establecer a la hija de Beauvouloir en la residencia de Etienne. Cuando Bertrand vio a Gabrielle, se quedó sorprendido.

—¡Creo ver a Mi señora! —exclamó—. Es delgada y endeble como ella, tiene sus pálidos colores y su cabello rubio. El viejo duque la amará.

—¡Dios lo quiera! —dijo Beauvouloir—. ¿Pero reconocerá su sangre a través de la mía?

—No puede negarlo, dijo Bertrand. Muchas veces fui a buscarlo a la puerta de la Bella Romana que vivía en la calle Culture-Sainte-Catherine. El cardenal de Lorena la dejó forzosamente a mi señor porque fue maltratado saliendo de su casa. Mi señor,

que en esa época le pisaba los talones a los veinte años, debe recordar aquella trampa, fue muy valiente. Ahora puedo decirlo ¡dirige los enfrentamientos!

–Casi nunca piensa en todo eso –dijo Beauvouloir–. Sabe que mi mujer está muerta ¡pero apenas y sabe que tengo una hija!

–Dos viejos *reiters* como nosotros guiaremos la barca a buen puerto. Después de todo, si el duque se enoja y arremete contra nosotros, ya estamos viejos y hemos cumplido nuestro plazo.

Antes de partir, el duque de Hérouville prohibió a toda la gente del castillo, con los castigos más graves, ir a la playa donde Etienne había pasado su vida hasta entonces, a menos que el duque de Nivron llevara a alguien. Esta orden, sugerida por Beauvouloir, argumentando la necesidad de dejarlo que conservara sus costumbres, garantizó a Gabrielle y a su nana la inviolabilidad del territorio donde las puso el médico y les pidió jamás salir sin su permiso.

Durante estos dos días, Etienne permaneció en la recámara señorial, donde le retenía el hechizo de sus dolorosos recuerdos. La cama había sido de su madre, ahí sufrió la terrible escena del parto donde Beauvouloir salvó dos existencias, le confió sus pensamientos y secretos a este mueble, la utilizaba, muchas veces sus ojos vagaron sobre estas maderas que recubrían las paredes, cuántas veces vino a esta ventana para llamar con un grito, con una señal, a su pobre hijo rechazado, ahora amo soberano del castillo. Solo en esta recámara, donde traído a hurtadillas por Beauvouloir le dio un último beso a su madre moribunda, la hacía revivir, le hablaba, la escuchaba, bebía de esta fuente que no se secaba jamás y de donde fluían tantos cantos parecidos a *Super flumina Babylonis*.⁷ Al día siguiente de su regreso, Beauvouloir vino a ver a su amo y lo regañó dulcemente por quedarse en su recámara sin salir, diciéndole que no era necesario sustituir su vida al aire libre, por la vida de un prisionero.

–Con esto me basta –respondió Etienne–. Aquí está el alma de mi madre.

⁷ Salmo 137: Junto a los ríos de Babilonia...

Por la dulce influencia del afecto, el médico logró que Etienne aceptara pasearse todos los días por la orilla de la mar o en los campos que le eran desconocidos. Pero al día siguiente, siempre presa de sus recuerdos, permaneció hasta la noche en su ventana, ocupado en observar la mar. Le ofrecía una apariencia tan variada que creía nunca haberla visto tan bella. Entremezcló sus contemplaciones con la lectura de Petrarca, uno de sus autores favoritos, cuya poesía llegaba a su corazón por la constancia y la unidad de su amor. Etienne no tenía madera para muchas pasiones, sólo podía amar de una manera, una sola vez. Si este amor debía ser profundo, como todo, debía ser tranquilo en sus expresiones, suave y puro como los sonetos del poeta italiano. Al ponerse el sol, el hijo de la soledad, cantó con esta voz maravillosa que produjo una esperanza en los oídos más sordos a la música: los de su padre. Experimentó su melancolía variando una misma aria que decía muchas veces a la manera del ruiseñor. Esta aria, atribuida al difunto rey Enrique IV, no era la de *Gabrielle*, sino una muy superior en ejecución, melodía, expresión de ternura y en la que los admiradores de los viejos tiempos reconocerían la letra también compuesta por el gran rey, sin duda tomada de los refranes que arrullaban su infancia en las montañas de Bearne.

Ven aurora
Se te implora
Fui feliz cuando te vi,
La pastora
Que me adora
Es bermeja igual a ti,
El rocío
Humedecido,
Rosa con menos frescor,
Un armiño
Menos fino,

Lirio con menos bláncor.

Después de expresar el pensamiento de su corazón con estos cantos, Etienne contempló la mar diciendo:

–¡He ahí mi novia y único amor!

Después cantó este otro pasaje de la cancioncilla:

Ella es rubia

¡Cual ninguna!

Y la repitió expresando la poesía que abundaba sobremanera en un tímido joven, atrevido cuando estaba solo. Había sueños en este canto ondulado, tomado, retomado, interrumpido, recommenzado, perdido en una última modulación cuyos tonos bajaban como las vibraciones de una campana. En ese momento, escuchó una voz de mujer y pensó que era una sirena salida de la mar. La voz repitió el aria que acababa de cantar, pero con todos los titubeos que tiene una persona a la que por primera vez se le revela la música, Etienne reconoció el tartamudeo de un corazón que nacía a la poesía de los acordes. Los extensos estudios sobre su propia voz le enseñaron el lenguaje de los sonidos, donde el alma encuentra tantos recursos como la palabra para expresar sus pensamientos. Etienne podía adivinar todo eso que sus intentos delataban con tímida sorpresa. ¿Con qué religiosa y sutil admiración lo había escuchado? La calma del aria le permitía oír todo y vibró con el murmullo de los pliegues flotantes de un vestido. Se asombró de sentir la misma sensación balsámica (porque las emociones producidas por el terror lo empujaban siempre a dos dedos de la muerte) antaño causada por la llegada de su madre.

–Vamos Gabrielle –dijo Beauvouloir–, tienes prohibido permanecer después de la puesta de sol sobre estas playas. Regresa, mi niña.

–¡Gabrielle! –repitió Etienne–. ¡Qué hermoso nombre!

Beauvouloir apareció pronto. Despertó a su amo de una de esas meditaciones que se parecen a los sueños. Era de noche, la luna se elevaba.

–Mi señor –dijo el médico–, hoy todavía no ha salido, eso no es bueno.

–Y yo –respondió Etienne–, ¿puedo ir a la playa después de la puesta de sol?

El sobreentendido de esta frase que acusaba la dulce malicia de un primer deseo hizo sonreír al anciano.

–¿Tienes una hija?

–Sí, mi señor, la hija de mi vejez, mi niño querido. Mi señor el duque, su ilustre padre, me encargó tanto velar sus preciados días que ya no podré ir a Forcalier, así que la traje muy a mi pesar. Con el fin de apartarla de todas las miradas, la puse en la casa donde usted se alojaba antes. Es tan delicada que todo me preocupa, incluso un sentimiento demasiado vivo, por eso no la he dejado aprender nada, se habría muerto.

–¡No sabe nada! –dijo Etienne sorprendido.

–Tiene todos los talentos de una buena ama de casa, pero ha vivido como una planta. La ignorancia mi señor, es una cosa tan santa como la ciencia. La ciencia y la ignorancia son para las criaturas dos formas de ser: una y otra conservan el alma como en un sudario, a usted la ciencia lo hizo vivir, a mi hija la ignorancia la salvará. Las perlas bien escondidas escapan al buzo y viven felices. Puedo comparar a mi Gabrielle con una perla, su tez con el oriente, su alma con la claridad y hasta ahora mi dominio de Forcalier como su caparazón.

–Ven conmigo –dijo Etienne envolviéndose con una capa–, quiero ir a la orilla del mar, el tiempo está tranquilo.

Beauvouloir y su amo caminaron en silencio hasta que una luz partida salida de entre los postigos de la casa del pescador cruzó la mar como un ruiñeñor de oro.

–No sabría expresar –exclamo el tímido heredero dirigiéndose al médico– las sensaciones que me causa ver una luz proyectada sobre el mar. ¡Contemplé tantas veces la ventana de esa recámara hasta que su luz se apagó! –agregó señalando el cuarto de su madre.

–Aunque Gabrielle sea muy delicada –respondió Beauvouloir con alegría–, puede venir a pasearse con nosotros, la noche es cálida y el aire no contiene ningún vapor. Iré a buscarla, pero pórtese bien mi señor.

Etienne era demasiado tímido para proponer a Beauvouloir acompañarlo a la casa del pescador. Además, se encontraba en el estado de torpeza donde nos hunde la afluencia de ideas y de sensaciones que engendran el aura de la pasión. Más libre, solo, volteó hacia la mar iluminada por la luna y gritó:

–¡El océano entró en mi alma!

El aspecto de la hermosa estatua animada que venía hacia él y que la luna plateaba envolvía con su luz, intensificó las palpitaciones en el corazón de Etienne, pero sin hacerlo sufrir.

–Mi hija –presentó Beauvouloir–. Mi señor.

En ese momento, el pobre Etienne deseó la estatura colosal de su padre, quería mostrarse fuerte y no enfermizo. Todas las vanidades del amor y del hombre se metieron al mismo tiempo en su corazón como flechas; permaneció en un triste silencio evaluando por primera vez la extensión de sus imperfecciones. Avergonzado por el saludo de la joven, lo devolvió torpemente y permaneció cerca de Beauvouloir con quien platicó mientras paseaban por la orilla del mar, pero la actitud tímida y respetuosa de Gabrielle lo animó y se atrevió a dirigirle la palabra. La circunstancia del canto fue casualidad, el médico no quiso preparar nada, pensaba que entre dos seres a quienes la soledad les dejó el corazón puro, el amor se produciría en toda su simplicidad. Por eso, el ensayo del aria fue un tema de conversación muy sorprendente. Durante este paseo, Etienne sintió la ligereza corporal que todos los hombres experimentan cuando el primer amor transporta el principio de su vida a otra criatura. Le ofreció a Gabrielle enseñarla a cantar. El pobre niño estaba tan feliz de poder mostrarse a los ojos de esta joven investido de una superioridad cualquiera, que tembló de gusto cuando ella aceptó. En ese momento, la luz dio por completo sobre Gabrielle y permitió que Etienne reconociera los puntos de vago parecido que tenía con la difunta duquesa. Como Jeanne de Saint-Savin, la hija de Beauvouloir era

delgada y delicada, al igual que en la duquesa, el sufrimiento y la melancolía producían una gracia misteriosa. Tenía la nobleza particular de las almas que no han sido alteradas por las formas del mundo. En ella todo era hermoso porque todo era natural. Pero además Gabrielle llevaba la sangre de la Bella Romana que había repercutido en dos generaciones, y que hizo en esta niña un corazón de cortesana violenta en un alma pura, de ahí procedía una exaltación que le enrojeció la mirada, que le santificó la frente, que le hizo exhalar como un resplandor y comunicó el crepitar de una flama en movimiento. Beauvouloir se estremeció cuando se dio cuenta de este fenómeno que hoy podríamos llamar la fosforescencia del pensamiento, pero que ese momento el médico observó como una promesa de muerte. Etienne sorprendió a la joven alargando el cuello con un movimiento de pájaro tímido que observa alrededor de su nido. Oculta por su padre, Gabrielle quería ver a Etienne a su gusto y su mirada expresaba tanta curiosidad como placer, tanta benevolencia como ingenuo atrevimiento. Para ella, Etienne no era débil, sino delicado, lo encontraba tan parecido a ella, que nada la asustaba de este señor feudal: la tez sufriente, bellas manos, sonrisa enferma, cabellos partidos en dos bandos y extendidos en bucles sobre el encaje de su cuello plegado, una frente noble surcada de jóvenes arrugas, en fin, esas oposiciones de lujo y miseria, de poder y pequeñez le gustaban; ¿no favorecían los deseos de protección maternal que germinan en el amor? ¿No estimulan la necesidad de toda mujer de encontrar las distinciones del que quiere amar? En los dos, las nuevas ideas y sensaciones surgían con una fuerza, con una abundancia que les ampliaba el alma; uno y otro permanecían asombrados y silenciosos, ya que la expresión de los sentimientos es menos demostrativa cuando son más profundos. Todo el amor eterno comienza por meditaciones soñadoras. Tal vez era apropiado para estos dos seres verse por primera vez bajo la luz suavizada de la luna, para no ser deslumbrados de repente por los esplendores del amor. Debían encontrarse a la orilla del océano que les ofrecía la imagen de inmensidad de sus sentimientos. Se despidieron llenos del otro, temiendo, los dos, no haberse gustado.

Desde su ventana Etienne miró la luz de la casa donde estaba Gabrielle. Durante esta hora de espera mezclada con temores, el joven poeta encontró nuevos significados a los sonetos de Petrarca. Había vislumbrado a Laura, una fina y deliciosa figura, pura y dorada como un rayo de sol, inteligente como un ángel, débil como la mujer. Sus veinte años de estudios se vincularon, comprendió la mística alianza de todas las bellezas, reconoció cuánto había de la mujer en las poesías que adoraba. Por fin amaba después de tanto tiempo sin saberlo, ahora todo su pasado se confundía en las emociones de esta bella noche. El parecido de Gabrielle con su madre le parecía una orden indicada de manera divina. No traicionaba su dolor al amar, el amor le continuaba la maternidad. Contemplaba en la noche a la niña acostada en esa cabaña, con los mismos sentimientos que experimentaba su madre cuando él estaba ahí. Esta otra similitud le volvía a relacionar el presente con el pasado. Bajo las nubes de sus recuerdos, la figura entristecida de Jeanne de Saint-Savin se le apareció, la volvió a ver con su sonrisa débil, escuchó su palabra dulce, ella inclinó la cabeza y lloró. La luz de la casa se apagó. Etienne cantó la linda cancioncilla de Enrique IV con una nueva expresión. De lejos, los ensayos de Gabrielle le respondieron. La joven también hacía su primer viaje a los países encantados del éxtasis amoroso. Esta respuesta llenó de alegría el corazón de Etienne. Corriendo por sus venas, la sangre retomó una fuerza que jamás había sentido, el amor lo volvía poderoso. Los seres débiles pueden conocer el placer de esta nueva creación en medio de la vida. Los pobres, los que sufren, los maltratados tienen alegrías extrañas, el universo es poca cosa para ellos. Etienne tenía mil uniones con el desafortunado pueblo de la Ciudad doliente.⁸ Su reciente grandeza sólo le causaba terror, el amor le dio el bálsamo creador de la fuerza: amaba el amor.

Al día siguiente, Etienne se levantó a buena hora para correr a su antigua casa donde Gabrielle, animada por la curiosidad, apresurada por una impaciencia que no admitía, temprano se había rizado el cabello y puesto un vestido encantador. Los dos estaban llenos de deseo de volverse a ver, pero temían los efectos de esta entrevista.

⁸ Referencia al canto tercero del Infierno de *La divina comedia* de Dante Alighieri.

En cuanto a él, imagínelo escogiendo sus encajes más finos, la capa mejor adornada, sus gregüescos de terciopelo morado, en fin, tomó la bella vestimenta que aconseja a todas las memorias la pálida imagen de Luis XIII, figura oprimida en el seno de la grandeza como Etienne hasta ese entonces. La ropa no era el único punto en común que existía entre el amo y el rey. Mil sensibilidades se encontraban tanto en Etienne como en Luis XIII: la castidad, la melancolía, los sufrimientos indefinidos pero verdaderos, la timidez caballerosa, el miedo de no poder expresar los sentimientos en su pureza, el temor a ser llevado demasiado rápido a una felicidad que las grandes almas gustan de retrasar, el peso del poder, éste camino a la obediencia que no se encuentra en las personalidades indiferentes a los intereses, sino en las que están llenas de amor para lo que el genio religioso llamó el *astral*.

Aunque muy inexperta del mundo, Gabrielle reflexionó que la hija de un curandero, la humilde habitante de Forcalier se encontraba a una distancia demasiado grande de su señor Etienne, duque de Nivron, heredero de la casa de Hérouville, para que fueran iguales, no adivinaba el ennoblecimiento del amor. La ingenua criatura no vio el tema de ambicionar un lugar que cualquier otra joven hubiera estado celosa de tener, sólo vio obstáculos. Ya amaba, pero no sabía lo que era amar, se encontraba lejos de su placer y quería acercarse, como un niño desea un racimo dorado situado muy alto. Para una joven que se conmovía por el aspecto de una flor y entreveía el amor en los cantos de la liturgia, cuán dulces y fuertes fueron los sentimientos experimentados la noche anterior hacia esa debilidad señorial que tranquilizaba la suya. Pero Etienne creció durante esta noche, ella le puso una esperanza y un poder: lo colocó tan alto que se desesperaba por llegar hasta él.

–¿Me permitiría venir algunas veces a estar cerca de usted? –preguntó el duque bajando los ojos.

Viendo a Etienne tan temeroso, tan humilde, porque también había idolatrado a la hija de Beauvouloir, Gabrielle se avergonzó con el cetro que le entregaba, pero se emocionó y la halagó esta sumisión. Las mujeres saben que el respeto que les tiene

un amo engendra seducciones. Pero tuvo miedo de equivocarse y, curiosa como la primera mujer, quiso saber.

–¿No prometió enseñarme a cantar? –le respondió, esperando que la música fuera un pretexto para encontrarse con ella.

Si la pobre niña supiera la vida de Etienne, no expresaría esa duda. Para él, la palabra era una consecuencia del alma y esta frase le causó el más profundo dolor. Llegaba con el corazón pleno, temiendo una oscuridad en su luz, y se encontraba con una duda. Su alegría se apagó, se volvió a sumergir en su desierto y ya no encontró las flores que había embellecido. Iluminada por el ángel que adivina los dolores y se encarga de aliviarlos (sin duda, la caridad del cielo), Gabrielle intuyó la pena que acababa de causar. Su falta la golpeó con tal fuerza que deseó el poder de Dios para presentarle su corazón a Etienne porque había resentido la cruel emoción que causaba un reproche, una mirada severa. Le enseñó con ingenuidad los nubarrones que se estaban levantando en su alma y lo que hacían en el alba de su amor. Una lágrima de Gabrielle cambió el dolor de Etienne en placer y entonces se acusó de tiranía. Fue una suerte que al principio conocieran así el diapasón de sus corazones, esto les evitó mil impresiones que los lastimarían. De repente, Etienne, impaciente por refugiarse detrás de una ocupación, condujo a Gabrielle a la mesa delante de la pequeña ventana donde sufrió y donde a partir de ahora admiraría una flor más bella que todas las que había estudiado. Después abrió un libro, inclinaron sus cabezas sobre él y sus cabellos se mezclaron.

Estos dos seres tan fuertes de corazón, tan enfermizos de cuerpo, pero embellecidos por las gracias del sufrimiento, formaban un cuadro enternecedor. Gabrielle ignoraba la coquetería: una mirada era concedida en cuanto se le solicitaba y los dulces rayos de sus ojos no cesaban de entremezclarse más que por pudor. Tuvo la dicha de decirle a Etienne lo mucho que le gustaba escuchar su voz, olvidaba el significado de las palabras cuando le explicaba la posición de las notas o su valor, lo escuchaba, dejando la melodía por el instrumento, la idea por la forma; ingeniosa adulación, la primera que encontró el amor verdadero. Gabrielle encontraba a Etienne

hermoso, quería tocar el terciopelo de su capa, el encaje de su cuello. En cuanto a él, se transformaba bajo la mirada creadora de esos ojos finos, le infundían una savia fecunda que resplandecía en sus pupilas, brillaba en su frente, le fortalecía interiormente y no sufría este juego nuevo de sus capacidades, al contrario, se reforzaban. La felicidad era como la leche nutritiva de su nueva vida.

Como nada podía distraerlos de ellos mismos, permanecieron juntos no sólo ese día, sino todos los demás porque se pertenecieron desde el primer momento, se pasaban uno al otro el cetro y jugaban como el niño juega con la vida. Sentados y felices sobre esta arena dorada, cada uno le contaba al otro su pasado: doloroso en él, pero lleno de fantasías; soñador en ella, pero lleno de sufridos placeres.

–Yo no tuve madre –dijo Gabrielle, –pero mi padre ha sido bueno como Dios.

–Yo no tuve padre –respondió el hijo maldito–, pero mi madre era todo un cielo.

Etienne narró su juventud, el amor por su madre, su gusto por las flores. Gabrielle exclamó ante estas palabras. Cuestionada, se ruborizó, se rehusó a responder; luego, cuando pasó una sombra sobre su frente y pareció que la muerte rozaba con su ala el alma visible donde las menores emociones de Etienne aparecieron, contestó:

–Yo también amo las flores.

Esto no era una declaración de esas que saben hacer las doncellas para creerse ligadas hasta en el pasado por una similitud de gustos. El amor siempre busca anticuarse, es la coquetería de los niños.

Etienne llevó flores al día siguiente. Ordenó que buscaran las poco comunes, como antes su madre mandaba buscarlas para él. Se sabe la profundidad a la cual llegan las raíces de un sentimiento en un ser solitario que retomaba así las tradiciones de la maternidad, ¡prodigar a una mujer los cuidados cariñosos con los que su madre cautivó su vida! Para él ¡qué grandeza en estas pequeñeces donde se confundían sus dos únicos afectos! Las flores y la música se transformaron en el lenguaje de su amor. Gabrielle respondió con unos ramos a los envíos de Etienne. Cualquiera de estos ramilletes haría que el viejo curandero adivinara que su ignorante hija ya sabía mucho.

La ignorancia material de los dos amantes formaba como un fondo negro sobre el cual los menores rasgos de su intimidad, toda espiritual, se liberaban con una gracia exquisita, como los perfiles rojos y tan puros de las figuras etruscas. Sus mínimas palabras traían raudales de ideas porque eran el fruto de sus meditaciones. Incapaces de inventar el atrevimiento, para ellos todo comienzo parecía un fin. Aunque siempre libres, estaban presos en una ingenuidad, que sería desesperante si uno de los dos hubiera podido entender sus confundidos deseos. Eran a la vez los poetas y la poesía. La música, la más sensual de todas las artes para las almas enamoradas, fue el medio de expresión de sus ideas, y encontraron placer en repetir una misma frase dando rienda suelta a la pasión en estas bellas capas de sonido donde sus almas vibraban sin obstáculo.

Muchos amores surgen de la oposición: de peleas y reconciliaciones, del vulgar combate del Espíritu y la Materia. Pero el primer aletazo de amor verdadero los aleja de estas luchas, no distingue dos naturalezas ahí donde todo es la misma esencia; parecido al genio en su más alta expresión, sabe permanecer en la luz más fuerte, la sostiene, la engrandece y no necesita una contraparte para obtener su originalidad. Gabrielle, porque era mujer, Etienne, porque había sufrido y meditado mucho, los dos recorrieron muy rápido el espacio donde se apoderan las pasiones vulgares, y pronto fueron más allá. Como todas las naturalezas débiles, la Fe los invadió más rápido, esta púrpura celeste que dobla la fuerza al duplicar el alma. Para ellos, el sol siempre estaba a medio día. Pronto tuvieron esta divina creencia en ellos mismos que no sufre celos, ni torturas; la abnegación siempre estaba lista, la admiración constante. En estas condiciones, el amor no dolía. Iguales en su debilidad, fuertes por su unión, si el noble tenía algunas superioridades de ciencia o alguna importancia por convenio, la hija del médico las borraba con su belleza, con la altura de sus sentimientos, con la delicadeza que imprimía a sus placeres. Así, de repente, estas dos blancas palomas volaban con las mismas alas bajo un cielo puro: Etienne ama, es amado, el presente es sereno, el futuro está despejado, es soberano, el castillo es suyo, la mar es de los dos, ninguna inquietud perturba el armonioso concierto de su doble salmo. La pureza de sentidos y

de espíritu les amplió el mundo, sus pensamientos se dedujeron sin esfuerzos; el deseo, cuyas satisfacciones marchitan tantas cosas, el deseo, este error del amor terrestre, todavía no los afectaba. Como dos céfiros sentados sobre la misma rama de un sauce, son felices al contemplar su imagen en el espejo de un agua límpida; la inmensidad les basta, admiran el océano sin imaginar en deslizarse ahí sobre la barca de blancas velas, de cordajes floridos que conduce la Esperanza.

Etienne vive el amor en un momento donde se basta a sí mismo, donde es feliz de ser. Durante esta primavera en que todo está en brote, el amante se esconde a veces de la mujer amada para disfrutarla mejor, para verla mejor; pero Etienne y Gabrielle se sumergieron juntos en las delicias de esta época inocente: a veces eran dos hermanas por la gracia de sus confidencias, a veces dos hermanos por la audacia de sus investigaciones. Por lo general, el amor quiere un esclavo y un dios, pero ellos hicieron realidad el delicioso sueño de Platón, no había más que un sólo ser glorificado. Se protegían por turnos. Las caricias vinieron, lentamente, una a una, pero castas como los juegos traviosos, alegres y coquetos de los animales jóvenes que prueban la vida. El sentimiento que los llevaba a transportar su alma en un canto apasionado los conducía al amor por las mil transformaciones de un mismo éxtasis. Sus alegrías no les causaban ni delirio ni insomnio. Ésta fue la infancia de un placer creciente que no conoce las bellas flores rojas que coronarán su tallo. Se entregaban uno al otro sin suponer peligro, se perdían en una palabra como en una mirada, en un beso como en la fuerte presión de sus manos entrelazadas. Se alababan sus bellezas uno al otro ingenuamente y se dedicaban en sus secretos idilios a los tesoros de la lengua, adivinando las más dulces exageraciones, los diminutivos más violentos encontrados por la musa antigua de Tíbulo y reiterada por la poesía italiana. Sobre sus labios y en sus corazones estaba el constante regreso de las franjas líquidas de la mar sobre la arena fina de la playa, todas parecidas, todas diferentes. ¡Feliz y eterna fidelidad!

Si había que contar los días, este tiempo duró cinco meses. Si era necesario contar las sensaciones inenabables, los pensamientos, los sueños, las miradas, las

flores abiertas, las esperanzas realizadas, las alegrías sin fin, una cabellera desamarrada y dispersa con cuidado, después arreglada otra vez y adornada de flores, los discursos interrumpidos, retomados, abandonados, las risas joviales, los pies mojados en la mar, las cacerías infantiles de conchas escondidas en los peñascos, los besos, las sorpresas, los abrazos, entonces otorgue toda una vida, la muerte se encargará de justificar la palabra. Había unas existencias siempre sombrías bajo un cielo gris, pero suponga usted que un hermoso día el sol inflama un aire azul, así fue el mayo de su cariño. Etienne suspendió todos sus dolores pasados en el corazón de Gabrielle y ella relacionó sus alegrías futuras con las de su señor. Etienne sólo tuvo un dolor en su vida: la muerte de su madre, y sólo tendría un amor: Gabrielle.

La burda rivalidad de un ambicioso precipitó el curso de esta vida de miel. El duque de Hérouville, viejo guerrero, experto en artimañas, político temible pero hábil, escuchó la voz de la desconfianza después de darle su palabra al médico. En política, el barón de Artagnon, teniente de su compañía de ordenanza, tenía toda su confianza. El barón era un hombre como los que le gustaban al duque de Hérouville, una especie de carnicero, hecho para la fuerza, grande, de cara varonil, displicente, frío, valiente al servicio del trono, brusco en sus modales, con una voluntad de bronce en la ejecución y flexible bajo la mano; además, noble, ambicioso con la integridad de un soldado y la astucia de un político. Tenía la mano que suponía su figura: grande y velluda de condotiero⁹. Sus modales eran bruscos, su palabra breve y concisa. Pues bien, el gobernador encargó a su teniente supervisar la conducta del médico junto al nuevo presunto heredero. A pesar del secreto que rodeaba a Gabrielle, era difícil engañar al teniente de una compañía de ordenanza: escuchó el canto de dos voces, vio la luz de noche en la casa a la orilla del mar; adivinó que todos los cuidados de Etienne, las flores pedidas y sus órdenes multiplicadas concernían a una mujer; después sorprendió a la nana de Gabrielle por los caminos yendo a buscar algunas composturas a Forcalier, llevando ropa blanca, regresando un telar o muebles de mujer. El bárbaro

⁹ Mercenario italiano (de finales de la Edad Media al siglo XVI).

quiso ver a la hija del curandero, pero cuando lo hizo, se enamoró. Beauvouloir era rico. El duque estaría furioso por la audacia del médico. El barón de Artagnon construiría su fortuna con base en estos acontecimientos. El duque, enterándose de que su hijo estaba enamorado, desearía darle una mujer de gran casa, heredera de algunos dominios; y para separar a Etienne de su amor, bastaría con volver a Gabrielle infiel casándola con un noble cuyas tierras serían comprometidas a algún Lombardo. El barón no tenía tierras. Estas circunstancias habrían sido excelentes con los personajes que se producen de ordinario en el mundo, pero fracasarían con Etienne y Gabrielle. Sin embargo, el azar ya había favorecido al barón de Artagnon.

Durante su estancia en París, el duque vengó la muerte de Maximilien matando al adversario de su hijo y decidió para Etienne una alianza inesperada con la heredera de los dominios de una rama de la casa de Grandlieu, una señorita grande, bella y despectiva, pero halagada con la esperanza de portar un día el título de duquesa de Hérouville. Al enterarse de que Etienne amaba a la hija de un miserable médico, el duque quiso casarlo con la señorita de Grandlieu. Este cambio no tenía ninguna duda. ¡Ya sabrá usted que este hombre de política cruel entendía el amor brutalmente! Dejó morir cerca de él a la madre de Etienne, sin haber comprendido uno sólo de sus suspiros. Jamás en su vida experimentó una cólera más violenta que cuando el último comunicado del barón le informó lo rápido que avanzaban los propósitos de Beauvouloir, a quien el capitán acusó de la más audaz ambición. El duque ordenó sus equipajes y viajó de París a Ruan, llevando a su castillo a la condesa de Grandlieu, su hermana la marquesa de Noirmoutier y a la señorita de Grandlieu, bajo el pretexto de mostrarles la provincia de Normandía. Algunos días antes de su llegada, sin que se supiera cómo, se esparció el rumor por el país: desde Hérouville hasta Ruan todo el mundo sabía de la pasión del joven duque de Nivron por Gabrielle Beauvouloir, la hija del famoso curandero. Las personas de Ruan hablaron de eso al duque en medio del festín que le ofrecieron (los comensales estaban encantados de irritar al tirano de Normandía). Esta circunstancia aumentó la cólera del gobernador hasta el último

nivel. Le escribió al barón para mantener en fuerte secreto su llegada a Hérouville, dándole órdenes para preparar lo que veía como una desgracia.

En estas circunstancias Etienne y Gabrielle habían desenrollado todo el hilo de su pequeño ovillo en el inmenso laberinto del amor y los dos, sin inquietud por salir de él, querían vivir ahí. Un día, estaban descansando junto a la ventana donde se realizaron tantas cosas. Las primeras horas llenas de dulces conversaciones, llevaron a unos silencios meditativos. Empezaban a sentir los débiles deseos de una posesión completa: querían confiarse el uno al otro sus ideas confusas, reflejos de una bella imagen en dos almas puras. Durante estas horas todavía serenas, a veces los ojos de Etienne se llenaban de lágrimas mientras que tenía la mano de Gabrielle pegada a sus labios. Como su madre, pero más feliz en su amor de lo que ella había sido, el hijo maldito contemplaba la mar, entonces coloreada de oro sobre la playa, negra en el horizonte, cortada aquí y allá por esas cuchillas de plata que anunciaban una tormenta. Gabrielle acostumbrada a la actitud de su amigo, miraba este espectáculo y se quedaba callada. Una sola mirada, una de esas por las cuales las almas se apoyan una sobre la otra, les bastaba para comunicar sus pensamientos. La última confidencia no era para Gabrielle un sacrificio, ni para Etienne una exigencia. Cada uno amaba este amor tan divinamente parecido a sí mismo en todos los instantes de su eternidad, que ignoraba el sacrificio y que no tenía miedo a las decepciones ni a los retrasos. Etienne y Gabrielle estaban en una ignorancia absoluta de satisfacción donde el deseo despertaba su alma. Cuando los débiles tintes del crepúsculo tendieron un manto en la mar, cuando el silencio sólo era interrumpido por la respiración del flujo y reflujo en la playa, Etienne se levantó, Gabrielle imitó este movimiento por una vaga incertidumbre, porque había quitado su mano. Etienne tomó a Gabrielle de uno de sus brazos y la apretó contra él con un movimiento de cariñosa cohesión. Comprendiendo su deseo, ella le hizo sentir el peso de su cuerpo lo suficiente para darle la certeza de que era suya, pero no tanto como para fatigarlo. El amante puso su cabeza sobre el hombro de su amiga, su boca se apoyó sobre el pecho agitado, sus cabellos abundaron sobre la espalda blanca y acariciaron el cuello de Gabrielle. La joven amorosa inclinó

la cabeza para darle más lugar a Etienne quien pasó el brazo alrededor de su cuello para hacerse un punto de apoyo. Permanecieron así, sin decirse una palabra hasta que llegó la noche. Entonces los grillos cantaron en sus agujeros y los dos amantes escucharon esta música como para ocupar todos sus sentidos en uno solo. En verdad, sólo podían compararse con un ángel que, con los pies puestos sobre el mundo, espera la hora de volver al cielo. Hicieron realidad el hermoso sueño del genio místico de Platón y de todos aquellos que buscan un sentido a la humanidad: eran una sola alma, eran la perla misteriosa destinada a adornar la frente de algún astro desconocido, ¡la esperanza de todos nosotros!

–¿Me acompañarás? –preguntó Gabrielle saliendo primero de esta calma deliciosa.

–¿Y por qué dejarnos? –Respondió Etienne.

–Deberíamos estar juntos siempre –dijo ella.

–Quédate.

–Sí.

Se escucharon los fuertes pasos del viejo Beauvouloir en la sala de al lado. El médico encontró a los dos niños separados, pero los había visto entrelazados por la ventana. Aún el amor más puro ama el misterio.

–Esto no está bien, hija mía –dijo a Gabrielle–. Permanecer tan tarde, aquí, sin luz.

–¿Por qué? –respondió ella–. Usted bien sabe que nos amamos y que él es el amo del castillo.

–Mis niños –prosiguió–, si ustedes se aman, su felicidad exige que se casen para pasar su vida juntos, pero su matrimonio está sometido a la voluntad de mi señor el duque...

–Mi padre prometió satisfacer todos mis deseos –exclamó rápidamente Etienne interrumpiendo a Beauvouloir.

–Entonces, mi señor, escríbale –respondió el médico–. Exprésele su deseo, y deme su carta para que la adjunte con la que acabo de redactar. Bertrand partirá en el

acto para entregar él mismo estos comunicados a mi señor. Acabo de enterarme que está en Ruan, trae a la heredera de la casa de Grandlieu y no creo que sea para él... Si escuchara mis presentimientos, me llevaría a Gabrielle esta misma noche...

–¡Separarnos! –gritó Etienne y desfalleció de dolor apoyándose sobre su amiga.

–¡Padre!

–Gabrielle –dijo el médico dándole un frasco que tomó de una mesa para que lo respirara Etienne–. Gabrielle, mi ciencia me ha dicho que la naturaleza los ha destinado uno para el otro... Pero quería preparar con calma a mi señor el duque para este matrimonio que ofende todas sus ideas... y el demonio lo ha prevenido contra nosotros. Él es mi señor el duque de Nivron y tú eres la hija de un pobre médico.

–Mi padre juró no contrariarme en nada –dijo Etienne con calma.

–También a mí me prometió que consentiría lo que yo hiciera para buscarte una mujer –respondió el médico–, pero ¿acaso es fiel a su palabra?

Etienne se sentó como fulminado.

–La mar estaba sombría esta tarde –dijo después de un momento de silencio.

–Si mi señor supiera montar a caballo –dijo el médico–, le diría que se escapara con Gabrielle esta misma noche: los conozco y sé que cualquier otra unión les será funesta. El duque, al enterarse de esta huida, me encerraría en un calabozo y me dejaría ahí por el resto de mis días, pero moriría feliz, si eso asegurara su felicidad. Por desgracia, montar a caballo, sería arriesgar su vida y la de Gabrielle. Hay que afrontar aquí la cólera del gobernador.

–Aquí –repitió el pobre Etienne.

–Hemos sido traicionados por alguien del castillo que enojó a su padre –prosiguió Beauvouloir.

–Vamos a arrojarnos juntos a la mar –le dijo Etienne a Gabrielle inclinándose al oído de la joven que se había puesto de rodillas al lado de su amante.

Ella bajó la cabeza sonriendo. Beauvouloir adivinó todo.

–Mi señor –prosiguió–, su conocimiento tanto como su espíritu lo ha hecho elocuente, el amor debe volverlo irresistible. Declare su amor a mi señor el duque,

confirmará mi carta que es bastante concluyente. Yo creo que no todo está perdido. Amo tanto a mi hija como usted y quiero defenderla.

Etienne asintió con la cabeza.

–La mar estaba muy sombría esta tarde –dijo.

–Era como una lámina de oro a nuestros pies –respondió Gabrielle con una voz melodiosa.

Etienne pidió luz y se puso en la mesa para escribir a su padre. De un lado de su silla estaba Gabrielle arrodillada, silenciosa, mirando la escritura sin leerla, leía todo en la frente de Etienne. Del otro, tenía al viejo Beauvouloir cuya figura jovial era profundamente triste, triste como esta recámara donde murió la madre de Etienne. Una voz secreta le gritó al médico: “¡Tendrá el destino de su madre!”

Terminada la carta, Etienne la tendió al anciano, que se apresuró a dársela a Bertrand. El caballo del viejo escudero estaba ensillado, el hombre listo: partió y encontró al duque a cuatro leguas de Hérouville.

–Llévame hasta la puerta de la torre –dijo Gabrielle a su amigo cuando estuvieron solos.

Los dos pasaron por la biblioteca del cardenal y bajaron por la torre donde se encontraba la puerta cuya llave había sido dada a Gabrielle por Etienne. Aturdido por el entendimiento de la desgracia, el pobre dejó en la torre la antorcha que le servía para iluminar a su bien amada y acompañarla a su casa. A pocos pasos del pequeño jardín que tenía un patio de flores en esta humilde habitación, los dos amantes se detuvieron. Incentivados por la ola de miedo que los agitaba, se dieron (en la sombra y el silencio) ese primer beso donde los sentidos y el alma se reúnen para causar un placer revelador. Etienne comprendió el amor en su doble expresión y Gabrielle se salvó del miedo de ser adiestrada por el placer, ¿pero qué? ¿Cómo?... Ella no sabía nada.

Al momento en que el duque de Nivron subía los peldaños de la escalera, después de haber cerrado la puerta de la torre, un grito de terror soltado por Gabrielle retumbó en su oído con la fuerza de un relámpago que quema los ojos. Etienne

atravesó las salas del castillo, descendió por la gran escalera, llegó hasta la playa y corrió hacia la casa iluminada.

Cuando Gabrielle llegó al pequeño jardín, la luz tenue de la antorcha alumbraba la rueca de su nana, pero vio sobre la silla a un hombre en el lugar de esta buena mujer. Al ruido de los pasos, avanzó hacia ella y la asustó. El aspecto del barón de Artagnon justificaba el miedo que inspiraba a Gabrielle.

–Usted es la hija de Beauvouloir, el médico de mi señor –le dijo el teniente de la compañía de ordenanza cuando Gabrielle fue repuesta de su miedo.

–Sí, señor.

–Tengo cosas de la más alta importancia que confiarle. Soy el barón de Artagnon, el teniente de la compañía de ordenanza que comanda mi señor, el duque de Hérouville.

En las circunstancias en que se encontraban los dos amantes, Gabrielle fue golpeada por estas palabras y el tono de franqueza con las que el soldado las pronunció.

–Su nana está ahí y puede escucharnos, venga –dijo el barón.

Salió, Gabrielle lo siguió. Los dos fueron hacia la playa que estaba detrás de la casa.

–No tenga miedo –le dijo el barón.

Estas palabras espantarían a una persona que no fuera ignorante, pero una joven simple y que ama no se cree jamás en peligro.

–Querida niña –dijo el barón, esforzándose por dar un tono meloso a su voz–, usted y su padre están al borde de un abismo en el que caerán mañana, no podría verlo sin advertirles. Mi señor está furioso contra su padre y contra usted, los culpa de seducir a su hijo y prefiere verlo muerto que casado con usted. En cuanto a su padre, he aquí la resolución que ha tomado mi señor. Hace nueve años, el médico fue implicado en un asunto criminal, el secuestro de un niño noble al momento del parto, mismo que su padre atendió. Mi señor, sabiendo su inocencia, lo protegió de la persecución del parlamento, pero ahora lo atraparé y entregará a la justicia pidiendo

que se proceda contra él. Su padre será ejecutado en la rueda, pero en favor de los servicios que le ha dado a su amo, puede que sólo sea colgado. Ignoro lo que ha decidido mi señor respecto a usted, pero sé que puede salvar a mi señor de Nivron de la cólera de su padre, salvar a Beauvouloir del horrible suplicio que le espera y salvarse a sí misma.

–¿Qué hay que hacer? –dijo Gabrielle.

–Arrójese a los pies de mi señor, confíesele que su hijo la ama a pesar de usted y dígame que no lo ama. En prueba de esto, le ofreceré desposar al hombre que él quiera designarle por marido. Es generoso, la establecerá ricamente.

–Puedo hacer todo, menos negar mi amor.

–Pero ¿si es necesario para salvar a su padre, a usted y a mi señor de Nivron?

–Etienne morirá con eso –dijo– ¡y yo también!

–Mi señor de Nivron estará triste de perderla, pero vivirá para el honor de su casa. Usted se resignará a no ser más que la mujer de un barón, en lugar de ser duquesa, y su padre vivirá –respondió el hombre optimista.

En ese momento llegó Etienne a la casa, no vio a Gabrielle y lanzó un grito penetrante.

–Aquí está –exclamó la joven–, déjeme ir a tranquilizarlo.

–Vendré mañana en la mañana para saber su respuesta –dijo el barón.

–Consultaré a mi padre –respondió ella.

–Ya no lo verá, recibí la orden de detenerlo y enviarlo a Ruan, bajo escolta y encadenado –dijo y dejó a Gabrielle impresionada por el terror.

La joven se precipitó a la casa y ahí encontró a Etienne aterrorizado por el silencio con que la nana respondió a la pregunta:

–¿Dónde está?

–Aquí estoy –gritó la joven con una voz helada, sus colores habían desaparecido y su andar era pesado.

–¿De dónde vienes? –dijo–. Gritaste.

–Sí, me pegué contra...

–No, mi amor –respondió Etienne interrumpiéndola–, escuché los pasos de un hombre.

–Etienne, sin duda hemos ofendido a Dios, pongámonos de rodillas y oremos. Te diré todo después.

Etienne y Gabrielle se arrodillaron en el reclinatorio, la nana rezó su rosario.

–Dios mío –dijo la joven con un impulso que la hizo superar los espacios terrestres–, si no hemos pecado contra sus santos mandamientos, si no hemos ofendido ni a la Iglesia ni al rey, nosotros que no formamos más que una sola y misma persona en quien el amor reluce como la claridad que ha puesto en una perla del mar, ¡concedáanos la gracia de no separarnos en este mundo ni en el otro!

–Querida madre –agregó Etienne–, tú que estás en los cielos, obtén la intercesión de la Virgen para que, si no podemos ser felices, al menos muramos juntos sin sufrir. Llámanos, ¡iremos a ti!

Después de recitar sus oraciones de la noche, Gabrielle le contó su conversación con el barón de Artagnon.

–Gabrielle –dijo el joven sacando valor de su desesperación amorosa– resistiré a mi padre.

La besó en la frente y no en los labios. Regresó al castillo, decidido a enfrentar a este terrible hombre que abrumaba tanto su vida. No sabía que la casa de Gabrielle sería custodiada por soldados en cuanto la hubiera dejado.

Al día siguiente, el dolor agobió a Etienne cuando fue a ver a Gabrielle y la encontró prisionera. Ella envió a su nana para decirle que moriría antes que traicionarlo, que había encontrado el medio de evadir la vigilancia de los guardias y se escondería en la biblioteca del cardenal, pero ignoraba cuándo podría lograr su objetivo. Etienne permaneció en su recámara, donde las fuerzas de su corazón disminuyeron por una insoportable espera.

A las tres de la tarde, los equipajes del duque y su séquito entraron al castillo donde cenaría con su compañía. A la caída del día, la señora condesa de Grandlieu (tomada del brazo por su hija), el duque y la marquesa de Noirmoutier subieron la

gran escalera en un profundo silencio porque la frente severa del amo espantó a todos los sirvientes. Aunque el barón de Artagnon fue informado de la evasión de Gabrielle, afirmó que estaba encerrada, pero temblaba de comprometer el éxito de su plan particular si el propósito del duque se afectaba por esta escapatoria. Las dos terribles figuras tenían una expresión feroz mal disimulada con la apariencia agradable que les imponía la caballerosidad. El duque había ordenado que su hijo estuviera en el salón. Cuando entraron, el barón de Artagnon reconoció en la fisonomía abatida de Etienne que todavía no sabía que Gabrielle se había escapado.

–He aquí mi hijo –dijo el viejo duque tomando de la mano a Etienne y presentándolo a las damas.

Etienne las saludó sin decir una palabra. La condesa y la señorita de Grandlieu intercambiaron una mirada que no escapó al anciano.

–Su hija será mal correspondida –dijo en voz baja–, ¿no lo cree?

–Pienso todo lo contrario, mi querido duque –respondió la madre sonriendo.

La marquesa de Noirmoutier, que acompañaba a su hermana, se rió finamente. Esta risa traspasó el corazón de Etienne, aterrorizado por la vista de la gran señorita.

–¿Entonces? Mi señor –le dijo su padre en voz baja y con un aire jovial– ¿qué le parece? ¿No le encontré una hermosa concha? ¿Qué dice usted de esta joven estupenda, mi querubín?

El viejo duque no ponía en duda la obediencia de su hijo, Etienne era el hijo de su madre, la misma pasta dócil y sumisa.

–¡Que tenga un hijo y que se muera! –pensaba el anciano–. Poco me importa.

–Padre mío –dijo con una voz dulce–, no le entiendo...

–Venga, tengo dos palabras que decirle –dijo el duque pasando a la recámara de honor.

Etienne siguió a su padre. Las tres señoras, movidas por la curiosidad que compartió el barón de Artagnon, se pasearon en el gran salón hasta que se agruparon en la puerta de la recámara de honor (que el duque había dejado entreabierta).

–Querido Benjamín –dijo el anciano suavizando su voz–, te escogí por mujer a esta grande y bella señorita, es la heredera de los dominios de una rama menor de la casa de Grandlieu, buena y antigua nobleza del ducado de Bretaña. Así que, sé un compañero gentil y acuérdate de las cosas más bonitas de tus libros para decirle unas galanterías antes de hacerlas.

–Padre mío, ¿qué no el primer deber de un gentilhombre es cumplir su palabra?

–¡Sí!

–Bueno, cuando le perdoné la muerte de mi madre, enterrada aquí por haberse casado con usted, ¿no me prometió jamás contrariar mis deseos? *Yo mismo te obedeceré como al Dios de la familia*, dijo. No quiero nada de usted, sólo el libre albedrío en un asunto que se va de mi vida y me deja solo: mi matrimonio.

–Esperaba que no te opusieras a la continuación de nuestra noble raza –dijo el anciano que sentía como toda la sangre se le subía al rostro.

–Usted no me puso condiciones –dijo Etienne–. No sé qué tienen en común el amor y la raza; pero sé que amo a la hija de su viejo amigo Beauvouloir y nieta de su amiga *La Bella Romana*.

–Pero ella está muerta –respondió el viejo gigante con un aire a la vez sombrío y burlón que anunciaba la intención de hacerla desaparecer.

Hubo un momento de profundo silencio.

El anciano percibió a las tres damas y al barón de Artagnon. En ese instante supremo, Etienne, cuyo sentido del oído era muy delicado, escuchó en la biblioteca a la pobre Gabrielle avisándole que se había escondido ahí, cantando estas palabras:

Un armiño

Menos fino,

Lirio con menos blancor.

El hijo maldito, sumido en los abismos de la muerte por la horrible frase de su padre, regresó a la superficie de la vida sobre las alas de esta poesía. Aunque ese

movimiento de terror, borrado tan rápidamente, ya le había roto el corazón, juntó fuerzas, levantó la cabeza, miró a su padre a la cara por primera vez en su vida, intercambió desprecio por desprecio y le dijo con el acento del odio:

–¡Un gentilhombre no debe mentir!

De un salto salió por la puerta opuesta a la del salón y gritó:

–¡Gabrielle!

De repente, la suave criatura apareció en las sombras, como un lirio en la hojarasca, y se estremeció delante de ese grupo de mujeres burlonas, enteradas de los amores de Etienne. Como las nubes que traen el rayo, el viejo duque llegó a un nivel de cólera que no se podía describir, se separaba del frente brillante que producían las ricas vestimentas de estas tres damas de la corte. Entre la prolongación de su raza y un mal casamiento, cualquier otro hombre habría dudado, pero en este viejo indomable encontró la ferocidad que hasta entonces había decidido todas las dificultades humanas. Sacó la espada con todo propósito, como el único remedio que conocía para cortar los nudos gordianos de la vida. En esta circunstancia donde el trastorno estaba en lo más alto, lo natural debía triunfar. Dos veces atrapado en flagrante delito de mentira por un ser humano aborrecido, por su hijo mil veces maldito y más que nunca maldito en el momento que su debilidad menospreciada triunfaba sobre una omnipotencia infalible hasta entonces. Ya no hubo más hombre ni padre: el tigre salió de la guarida donde se escondía. El anciano, que la venganza volvía joven, lanzó una mirada llena de odio asesino sobre la más encantadora pareja de ángeles que hubiera aceptado poner los pies en la tierra.

–Entonces ¡muéranse! ¡Tú! ¡Maldito engendro! ¡La prueba de mi deshonra! ¡Y tú! –le gritó a Gabrielle– ¡Miserable ramera con lengua de serpiente que envenenó mi casa!

Estas palabras pusieron en el corazón de los dos jóvenes el terror con que estaban cargadas. Cuando Etienne vio la gran mano de su padre armada con una espada y levantada sobre Gabrielle, murió. Gabrielle cayó muerta al querer sostenerlo.

El anciano cerró la puerta con rabia y le dijo a la señorita de Grandlieu: ¡Te casarás conmigo!

–Y usted es lo suficientemente activo a pesar de su edad para tener una hermosa descendencia –dijo la condesa al oído de este anciano que había servido a siete reyes de Francia.

París, 1831 - 1836.